

JAIME FRANK-PAGANACCI

(Miembro de la Academia de Artes y Ciencias
y del Ateneo de Puerto Rico)

EVOCACIONES
Y SEMBLANZAS



EDITORIAL EDIL, INC.
RIO PIEDRAS

1976



Jaime Frank Paganacci

Dedicatoria:

*A mi querida esposa Gloria, que las
inspiró con su dedicación y su entusiasmo.*

ACERCA DEL AUTOR

El autor nació en Lajas, Puerto Rico, antesala del Valle del mismo nombre. Cursó los estudios primarios en su pueblo natal y en la vecina San Germán.

Cuando llegó el momento de la definición profesional, se trasladó a Washington, D. C., donde se recibió de abogado. Tempranamente ingresó en la judicatura. Por varios años, hasta su retiro en 1973, se desempeñó como Juez Superior.

Al margen de los días judiciales cultivó esa dilecta afición que es la literatura, quizá como refrescante alivio a la absorbente tarea de impartir justicia. Producto, en parte, de esa sensible vinculación son las evocaciones y semblanzas que en este libro se recogen. En ellas se destacan el paisaje y la gente de Puerto Rico.

Página tras página los lugares, las personas y las impresiones van dibujando el perfil de una época que ya sucumbe bajo el impacto del tosco impersonalismo y de una banal predilección por las cosas que desvirtúan la gracia de la cultura. Por eso, ese perfil así dibujado es una invitación a mantener los recuerdos iluminados por el suave resplandor de la evocación.

De su prosa ha dicho el alto poeta puertorriqueño don Obdulio Bauzá que «es alada, sencilla y emotiva. Por sus escritos penetra en ese mundo del espíritu que yo amo tanto, porque logra alejarme del pedernal de la vida y vivir en lumbres de poesía. Prosa ya de maestro si es que se entiende por maestría lo de po-

der despertar en el que lee el amor a lo descrito. Siempre he creído que la prosa bien escrita, no es otra cosa que una forma de poesía».

Como ya hemos insinuado, la unidad y el tono de este libro que hoy complacidamente damos a la estampa nacen de su reiterada preocupación por la estimativa de los valores del país que deben ser literariamente realzados. Unidad y tono que aún perviven en las foráneas crónicas, como si la diversidad paisajista no ocasionara terruñeros olvidos. No hay desgana en estas páginas. Fueron escritas con clara alegría, con espontáneo deleite, es decir: con el alma en acecho. Estamos seguros que será bien acogido por el público lector, especialmente por la docencia, tan empeñada en ensanchar el cauce del tema de lo puertorriqueño en su expresión telúrica y humana.

EDITORIAL EDIL

LAS EVOCACIONES

EL SACERDOTE CIEGO

Promediaba enero y en el viejo San Juan ya no quedaban huellas de la jornada navideña. Hasta los Reyes Magos, que durante los días anteriores a la alborozada Epifanía evocaban el venturoso nacimiento desde una de las elevaciones cercanas al fuerte de San Cristóbal, habían desaparecido. Ahora reyes y camellos dormían empolvado sueño en un almacén municipal. La ciudad capital sumergíase nuevamente en febriles afanes, y el chato diarismo, como puerta que se cierra bruscamente, había dejado a la intemperie los símbolos de la vida y la resurrección.

Así reflexionaba mientras caminaba al azar por las adoquinadas calles. Como me gustan las iglesias desiertas en las horas tempranas, pensé en la de San José. Al pasar frente a la catedral, por el azul espacio de la arbolada Caleta, se me apareció el mar, verde visión en marco de historia. Recorrido el ascensional tramo llegué a la plazoleta donde se levanta la estatua de Ponce de León, adelantado conocedor de nuestro dibujo histórico. Nuestro Llorens lo captó en su lente poético:

*Genio en las locas artes de la guerra
y resuelto a morir o conquistar,
con Cristóbal Colón vino a las Indias,
sojuzgó tierras y fundó a San Juan:
la ciudad que en el paño del Caribe
es salero de sabrosa sal,
y ala no bien abierta todavía
y hamaca aún colgada en el palmar.*

Saludé reverentemente al bravo guerrero y, al fijarme en su mirada de piedra, me pareció que todavía buscaba en la ribera floridana la juventud que enciende la vida con un beso de pasión. ¡Pobre capitán ansioso que malograste tu genio conquistador por perpetuar el latido de tu carne vehemente! Antes de entrar al centenario templo, me atrajo el paisaje marino. De lejos venía una gigante ola blanca como nube descendida que navegara sobre las crestas. Al llegar a la rocosa playa, se estrelló contra la muralla del cementerio. El estrépito se convirtió en poderosa voz que quería despertar de su sueño a José de Diego, paladín de patria y verso. Sobre San Juan la mañana balbuceaba indecisiones de luz, porque un sol somnoliento se había quedado en la posada del Yunque.

De primera impresión creí que la iglesia estaba desierta. Ocupé un asiento en el fondo. No estaba desierta. Unas viejecitas casi incorpóreas —evanescentes figuras que la negra mantilla concretaba— empezaron a caminar de altar en altar. Cada pausa era un beso depositado en los albos paños sagrados. En el espacio, entre las naves y las columnas, se encontraban y, sin detenerse, se sonreían levemente. Era la sonrisa de las viejas amigas que coincidían una vez más en la misa mañanera. Desde la penumbrosa distancia me recordaron a las abnegadas mujeres de los tiempos de Jesús. Imperceptiblemente, con virtuosa pisada, ocuparon asiento en los bancos delanteros. Desde allí, las imágenes miran con perdonadora dulzura, y momentos hay en que la plegaria se convierte en diálogo.

No estaba seguro si la misa había pasado o iba a comenzar. En grata introspección serena disfrutaba del extraterreno instante. De pronto oí rezos que llegaban a mí como un apagado rumor uniforme. Era la misa que empezaba a celebrarse en la capilla lateral de la virgen de Belén. En el altar mayor oficiaban la sombra y el silencio. Una silla vacía destacábase en las gradas. Del fondo izquierdo apareció una persona vestida de negro. Su andar era tardo, vacilante, y sus manos, tímidamente extendidas, bus-

caban orientador apoyo. Llegó hasta la silla y sentóse con un comedido ademán de cansancio. Al fin me percaté que era un sacerdote anciano. No venía a intervenir en el excelso oficio: venía a cumplir su obligación de oír misa. Su vida, desde la distante juventud, había sido ofrendada a las misericordias de la religión, y ahora, llegada la niebla que precede a la tiniebla, las temblorosas manos piadosas no podían sostener el dorado cáliz representativo de las ardidas consagraciones. En medio de ese íntimo, hierático silencio, que la luz tamizada por los vitrales decora, observé al frágil sacerdote solitario. Los ritos litúrgicos me llegaban como una expresión desvaída. ¡Qué grandeza en su figura silenciada! ¡Qué impresionante su pureza de hombre desvalido! De sus ojos sin luz ví surgir luz de evangelios, y en su cuerpo casi inmóvil no había más vida que sus labios rezadores. Cuando terminó la ceremonia, se levantó trabajosamente, lanzó una última mirada al Cristo y se perdió por la aromada sombra de la sacristía.

Aquella mañana, en la iglesia de San José, había visto cómo un cirio se consumía ante la gracia de Dios.

AÑO NUEVO EN EL MAR

La recia cordillera que atraviesa la isla, de este a oeste, se convierte en hilera de ondulantes colinas cuando desciende hacia las playas comarcanas con la Punta del Higüero. La Punta del Higüero fue la mano que Puerto Rico extendió para saludar a don Cristóbal Colón en ocasión de su romería descubridora. Estas colinas, orladas de neblinosos violetas, no recuerdan los escarpados picos ni las abruptas estribaciones; ellas, más bien, me impresionan como mozas que al adentrarse en el mar recogieran sus faldas para librarlas de las salpicaduras del agua. Muy cerca. El Desecheo parece una colina que hubiera caminado sobre las aguas dejando atrás a sus renuentes compañeras. A través de mi ventana, y por encima del estuario mayagüezano, las contemplo en este atardecer postrero de diciembre. Por sus verdecidas laderas se despeña el Año Viejo como una decrepita visión. Sobre el horizonte marino —desvaído celaje— las nubes se incendian en arrebatada fiesta de suntuosos colores y el confín adquiere prestigiosos perfiles de misteriosa tierra. Avanza la crepuscular hora, y la fiesta de colores —en esta ocasión cromático anticipo— tórnanse en declinante luz mortecina que, al proyectarse sobre las desapacibles olas, diríase piadosa mano instauradora de sosiegos.

En el litoral una menuda lluvia aletarga los gigantesos almendros. En Guanajibo los almendros forman el comité de recepción que recibe al mar en sus ocasionales salidas. Cuando no realizan esta extraordinaria función, constituyen el gran toldo

municipal creador de amable sombra. Del Cerro de las Mesas, tranquila elevación de contornos verdes, me llega, colado por entre mangos y quenepos, un frío airecillo portador de motivos navideños. Una música llena de alborozados compases suena en la distancia. Por los alrededores la gente se mueve en trajín de compras y recados. En mi casa el silencio va realizando actos de dominio. La paz, como una ancha lámina, se adhiere a las paredes. En estas últimas horas la tarde anda en puntillas. Convocados por la nostalgia se dan cita en mi espíritu los recuerdos. De mi ensimismamiento me saca el paso del gato, gran señor de dulces molicies. Da un brinco y se acomoda en un tiesto otrora destinado a cultivar una perfumada flor. Allí dormirá la prima este sibarita de sombreados rincones.

Inesperadamente distrae mi vista un mercante que perezosamente enfila el canal del puerto mar afuera. El reposo del paisaje, casi solemne, y los inciertos matices del momento le imprimen majestad a la navegación del barco. Al pasar por detrás de casa enciende sus luces, y en los ánimos se encienden los regocijos de la gran víspera.

He pensado en el capitán y en la marinería. Al capitán lo he imaginado solo en su cámara haciendo unos apuntes en la bitácora y con la vieja pipa curtida al alcance de su encallecida mano. De las paredes cuelgan cuadros de hazañosos buques. Sobre una mesa circular figuran, en inconcebible proximidad, una biblia y una botella de ginebra. Mecánicamente echa una mirada a su reloj de muñeca, se sienta y prende la aromosa pipa. Mientras fuma, su pensamiento se extravía por los sinuosos caminos de las volutas. Abajo, en la entraña de la nave, las máquinas aportan adormecedoras letanías. La marinería, terminadas las duras faenas, forma grupos. Su charla es un recuento de mundanas experiencias, y sus risas, fuertes como un brisote, se caen por las bordas en regocijados ecos. Un marinero, casi un niño, permanece rezagado, ajeno a la cordial expansión. Su silencio es fruto de dolientes recuerdos. La madre, quizá la novia, vienen esta noche a hacer

guardias en el recinto acongojado de su corazón. El recogimiento genera esta tristeza del adolescente pensativo. Las charlas amainan. Avanza la noche sembrando estrellas en los surcos del mar. Ráfagas heladas recorren las desiertas cubiertas. En el ventarrón oceánico se pierde la levedad metálica de la campanilla. Desde el puente, una móvil sombra avizora lontananzas. Ya el barco cabecea de sueño. Los marinos se guarecen en los calientes camarotes que remedan flotantes hogares. No hay jolgorios de despedida de año. El jolgorio es una añoranza de los buenos días portuarios. Y mientras rumian venturosas remembranzas, la quietud se va instalando en las literas. Todos están conscientes de la inminencia de la hora decisiva. La calma que exhiben se parece mucho a la que precede al combate.

Súbitamente, una voz vigorosa anuncia la llegada del Año Nuevo. Los marinos cambian efusivos saludos y dan jubilosos gritos. En los ojos del marino, casi niño, las lágrimas se cristalizan al conjuro de la reidora alegría. Y ríe también. La madre, quizá la novia, que hacen guardias en el recinto de su acongojado corazón, cambian, en este momento, complacidas miradas y dan por terminada su misión de esta noche. En su cámara el capitán consigna el suceso en la bitácora, se acomoda en una butaca, enciende la curtida pipa y cierra sus ojos. Las peripecias de su agitada vida desfilan por su pensamiento. En sus labios empieza a rebosar una afectuosa sonrisa, y su corazón, acostumbrado a los rumbos del deber, no siente amargura en esta noche en que el Año Nuevo le sorprende en los caminos solitarios del mar.

Sobre una mesa circular, en inconcebible proximidad, una biblia y una botella de ginebra reciben la última mirada del capitán; reprime un bostezo, se despereza y se rinde al sueño que viene en busca de sus ojos azules.

EL PARQUE DE LAS PALOMAS

Este parque sanjuanero está ubicado en inmediaciones transidas de emotiva historia. A su entrada, la capilla del Santo Cristo de la Salud auspicia soñados reposos. Y cerca, el Bastión de las Palmas evoca temerarias resistencias, las resistencias contra los invasores en tiempos de España.

En la sima del acantilado, la bahía, espejeante camino de navegaciones, refleja las gestas de estos amurallados contornos. Y el silencio de las piedras seculares relata tópicos de gloria.

Hacia el poniente, lindantes con el palacio Rojo, elévanse unos frondosos árboles. Bajo su fresco toldo, los rústicos bancos invitan. La sombra hácese ciudadana; y, siendo sombra de ciudad, me doy a recordar la sombra de mi valle.

La brisa es un aporte del mar, y el neblinoso confín montañoso es un aporte de la distancia al reino frágil del ensueño.

Por los enarenados senderos caminan las palomas. Breve su vuelo; constante su caminar. Así lo hacen para estar más cerca de sus amigos. Al pasar frente a los bancos se detienen a recibir la dádiva de los granos. ¡Y quién sabe si el que da el grano vive suplicando la dádiva de la comprensión!

Éste no es parque de niños. Generalmente los parques del mundo exhiben la nota jubilosa de la muchachesca extroversión. En ellos se prolonga la risa casera y el juego del patio. Las correrías, los gritos y las carcajadas remozan los bríos de las otoñales alamedas, y a su conjuro los semblantes se limpian de pesares.

Pero éste no es parque de niños; éste es parque de esperanzas adultas. Aquí no se viene a buscar el estrépito de la alegría; se viene a buscar el sosiego: clara antesala de la paz. Y al mediodía, cuando el sol calienta los coloniales adoquines y vigoriza la ensangrentada coloración de los ladrillos, la sombra se tiende bajo las alas de las palomas. Esta sombra es luz que facilita el hallazgo de las íntimas definiciones.

Me voy. Cuantas veces he visitado el parque de las palomas, nunca he sentido la sensación del tiempo perdido. Lo que sí he sentido, al cabo del reparador apartamiento, es una sensación de tiempo ganado al torbellino de los días.

Atrás queda el ronco diálogo de las palomas. Vecinas de la capilla, algo tienen de la mansedumbre de las plegarias. Y vecinas de la calle y del mar, más que volar caminan para estar cerca de la angustia del hombre.

LA ERMITA ABANDONADA

Pasó la primavera, pasó el verano y ya el otoño venía con el rojo desmayo de las hojas. El cielo de los días era liso como una lavada piedra ribereña. Por las tardes, hacia el Norte, las nubes se reunían en tertulia de agua. Su formación violeta invariablemente suscitaba la esperanza de que pronto terminaría la agobiadora sequía. Pero era un norte lejano, y la promesa del violáceo vislumbre el viento la jironaba con sus manos de furia. Todo había sido un bello espectáculo. El valle de Lajas seguía sediento.

El lamento —difundida voz calamitosa— presidía tanto en el campo como en el pueblo. Todo languidecía. Las anchas comarcas polvorientas, a impulsos del brisote sabanero, amarilleaban el espacio hasta los resecos confines. Borrados quedaban los atrechos que sajan la llanura. Ya el ganado se había emparentado con el hambre. Su caminar era un bostezo. Las gaviotas posábanse sobre sus descarnados lomos y daban la sensación de angustioso peso, como si fuera plomo la levedad de su blanco plumaje. ¡Pobres animales errantes! Sin agua y sin yerba parecían condenados a una muerte de pleno sol y de campo mustio, la desamparada muerte de la tórrida llanura.

En la paz de la noche rural la llanura se moteaba de precarias luces. Ellas indicaban en su agreste dispersión las casas del habitante costeño. Permanecían encendidas pasada la prima noche. Era que la familia adicionaba, a las habituales imploraciones, el fervoroso rezo de la lluvia. Campesinado creyente, su fe no hace

escala en la iglesia; su templo es el llano. Las estrellas lo alumbran. Sólo que ahora esas estrellas derramaban suavidades de cirio sobre una tierra ardida; tierra sin remansos, caída en trance de soledades. En ella el hombre sentía su espíritu desjugado, y la alegría de su trabajo a la intemperie se le achicaba a medida que las calamidades perfilaban su trágica presencia, presencia manifestada en las cosechas malogradas y en la quietud del arado. Ocioso y desempleado, había perdido el goce de su fecundo oficio en las tierras ahora azotadas por el caliente viento y negadas de la lluvia. ¡Cómo anhelaba regresar a los surcos y a los bancales!

Con el transcurrir de los días creció la inquietud. La zozobra se apoderaba de la costa. Las aves de rapiña merodeaban en goloso vuelo, y las polvaredas, con ruda monotonía, importaban desérticas semejanzas. La contrita oración de la intimidad buscaba expresión pública. Un día, la gente, unida por esa vital solidaridad que sólo engendra la adversidad, decidió caminar en rogativa hasta el pueblo. Ecos de aprobación hizo la noticia. De todos los sectores aparecieron los devotos convidados. Las mujeres y los niños en una fila, en otra los hombres y al frente los veteranos de la sabana, grave la soleada cara, segura la reposada voz. Casi al atardecer se inició la procesión. Un gran rumor letánico empezó a recorrer el valle. Era el conjunto de las voces rezadoras que como una ola piadosa buscaba las orillas del paisaje. En el intermedio de las súplicas sólo se oía el acompasado golpe de las clavoteadas pisadas.

La noche surgió inesperadamente de la desagrada brevedad del crepúsculo otoñal. A su paso por las encrucijadas la comitiva nutrías de nuevos rogantes. Desde el balcón de su casa del Palmar, don Rafael Mercado saludó con reverencia. Bajada la cuesta del cementerio, y ya en los aledaños del pueblo, encendieron las velas que llevaban en sus laboriosas manos. Al entrar por la calle Lealtad, la lánguida luz de los faroles uniós a la creyente luz de las velas procesionales. Silenciáronse las voces

ciudadanas, y las calles se llenaron de la entonación de las voces rogadoras. Parado en las aceras y asomado a los balcones, el público, conmovido, contemplaba el pío desfile campesino. Una mística claridad alumbraba los alrededores, copados ya por la gente deseosa de acercarse a los rogantes. Todavía en las manos de éstos quedaban las pálidas terminaciones de las velas implorantes. Y unidos, en cálida dedicación silenciosa, caminaron hasta el atrio de la iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria. La iglesia estaba abierta de par en par, y el párroco español —jubiloso los ojos, temblorosas las manos— no se cansaba de hacer el signo de la cruz. Pequeña la iglesia para tanta gente, desde su altar la patrona sonreía con dulce sonrisa lejana. La calle Lealtad que los vio llegar les abrió la avenida del regreso, y fue un regreso de alivios, de satisfacción, como si las lluvias ausentes de la llanura hubiesen caído en el predio del alma.

Aquella rogativa de humildes dejó recuerdos y prendió iniciativas. Inolvidable, conmovedora, fue la que emprendieron doña Aurora Villodas, Isabel Cristina y mi hermana Yuya. Su generoso concurso donó a la parroquia un sitio que en adelante sería dedicado a la providencial encomienda de velar por las tierras labrantías, las amadas tierras lindantes con el sosegado mar de La Parguera. Tenía el sitio, y lo tiene, la bíblica fisonomía de un ideal retiro, retiro para entonar la plegaria profunda y abrirle cauce al arrepentimiento alto.

A la salida para San Germán, más allá de la cuesta de Sari-llo, en una elevación bordeada de grises rocas y sembrada de árboles de corazón, se construyó una ermita bajo la poderosa advocación de San José de la Montaña. El altar era de piedras, de las mismas piedras que afloraban en sus empinadas laderas. Sobre él quedó enmarcada la imagen del santo, su mirada milagrosa abarcando la hermosa extensión del valle de Lajas.

Por muchos años se celebraron oficios religiosos en la que el pueblo se dio en llamar Gruta de San José. Pronto había conquistado la cariñosa devoción de grandes y chicos. Durante las

de la madrugada navideña. Y en las tardes de domingo, cuando misas de aguinaldo, llegar hasta la Gruta era el gozoso remate el silencio se domiciliaba en las vacantes esquinas del pueblo, los muchachos subían su escalera de piedra en fiesta de trancos. Desde entonces, San José de la Montaña fue solar de rogativas y fue también solar de confidencias amorosas.

Con los cambios del tiempo, presididos en este caso por la apatía parroquial, la gente fue olvidándose de la ermita. Las generaciones sin recuerdos desdeñan la espiritualidad de los símbolos. ¡San José de la Montaña, preferido símbolo! Este olvido evidencia que la protesta generacional ha menoscabado el cimiento de la tradición puertorriqueña.

Descontinuados los servicios religiosos, la gente dejó de visitarla. Pero allí está todavía, y desde el altar, casi ganado por la opulenta vegetación creciente, el santo milagroso contempla con ojos protectores la ilímite llanura del valle de Lajas. Hoy la recuerdo porque ella fue la religiosa consecuencia de aquella impresionante procesión de rogantes que una noche llenó de asombro el alma de un niño. El asombro es, en la edad formativa, la inicial aproximación a ese interregno maravilloso que es la vida.

EVOCACIÓN DEL BASTÓN

En Puerto Rico el otoño no es un muestrario de amarillas opulencias. Los árboles siguen siendo campechanamente verdes. Hay, sin embargo, poéticas excepciones: los copudos almendros del mayagüezano Guanajibo. Para estos días sus hojas se tornan bermejas, y es tal su proximidad al mar que, al proyectarse sobre las batientes olas, empurpuran su espumoso arribo. Si se asiste a este espectáculo en horas tempranas, diríase que el sol adelanta su crepúsculo para hacer de sus colores una función matinal...

Adelgázase el aire en estos otoñales días y al ánimo llega una dulce promesa de Navidad. La ocasión es propicia para recorrer las tierras y lugares que un día dejamos para seguir el llamado del destino. Y eso he realizado recientemente. La lluvia me escoltó hasta la Vuelta de la Acacia. Más adelante, subida la cortina del aguacero, apareció, en despejado azul, el horizonte montañoso que colinda con Lajas. Minutos después apareció Cabo Rojo. Sobre sus calles el sol caía en gozos de lumbre. Protegido por la sombra de los árboles de la plaza, Betances componía su sueño roto.

En la levedad de la tarde muriente sentí el imperativo de ir a Boquerón. El mar de Boquerón bate en el espíritu. Y sus rumores forman una tonada de añoranza. La añoranza es una tristeza que alegra la mirada. Al pasar por el barrio Pedernales, un amigo me indicó la vieja casona donde habitaron y trabajaron los hermanos Franqui. Sobre su fachada ya apunta la melancolía de las

ruinas. Pero en el bosque que la rodea apunta la lozanía. Es la lozanía que merece el recuerdo de estos hermanos que pasaron la vida en el sosiego creador de su trabajo hermoso. Arte es reposo de inquietud.

Su especialidad era la madera. Todavía las maderas del país eran parte del patrimonio nacional. Ahora las maderas del país son hallazgos del Instituto de Cultura. Los Franqui, sin pizca de alarde barroco, casi sin ayuda maquinista, por la virtud de sus manos eruditas, convertían las toscas piezas en bastones multicolores y en sonoras guitarras. En verdad, la sabiduría de sus concepciones residía en la minuciosa paciencia, en la consagración aisladora que convertía en artífices del renacimiento. Entre los objetos de arte de su creación recuérdase un órgano premiado en una exposición. Su gracia sin par les hizo célebres. Pero lo que les dio insular nombradía fue la bella calidad de sus bastones, especialmente el que hacían del espinazo del tiburón. ¡Quién hubiera dicho que esta fiera marina iba a causar admiración en salones y bulevares!

Éstos eran los tiempos buenos en que el bastón era símbolo de elegancia, la elegancia un tanto ingenua de una burguesía optimista. Un mérito tenía: amaba la vida sin preocuparse por las tendencias negativas del prójimo. ¿Por qué no reír con despreocupada laxitud? ¿Por qué no visitar el Parque de las Palomas? ¿Por qué no contemplar una puesta de sol desde la Mata de la Gata?

La elegancia del bastón subrayaba las tonificantes amenidades de la convivencia cordial. Casi siempre se apoyaba en el bastón quien ya tenía apoyo de espíritu. A los jóvenes les servía para anunciar su arribo a la madurez. Hoy lo anuncian con una bomba. Ha cambiado el estilo de vida, y con el cambio se ha incurrido en un grave olvido: el dinamismo no es mera acción; es firme disposición para enrumbar la idea de la paz hacia un plano de decoro político y social.

En consecuencia, se han debilitado los tratos de la cultura.

Preténdese mostrarla como vehículo inadecuado para vocear los programas de la transformación. La cultura, que es esencialmente organización y pauta, siempre ha cumplido su finalidad renovadora. Y la cumplirá porque en este tiempo no empece el escollo de los llamados prácticos hombres de la acción directa. El poder de la cultura siempre ha estado asociado al poder de la libertad.

Hoy, al pasar por Pedernales, tan inmerso en el encanto de la callada ruralía, dedico este recuerdo a los hermanos Franqui. Su artística artesanía perpetúa en anales de acierto una época abolida. Todavía muchos amigos conservan el legado de sus sabias manos pacientes. Yo conservo mi admiración por aquel tiempo bueno, tiempo que en parte se caracterizó por el sentimentalismo de la guitarra noctámbula y el frívolo aditamento del bastón.

EL CHARCO AZUL

A mi hermano Franco, amigo de ruralías.

Ya iba a ser noche en aquel domingo de escasas animaciones callejeras. Cerca de la plaza, Toto Ramos dijo:

—Nos veremos la próxima semana.

—Que llesves buen viaje —le contesté resueltamente.

De un brinco montó su impaciente cabalgadura, un negrísimo potro de briosa disposición. El rápido crepúsculo invernal dejó una fresa en el occidental lomerío, y la noche, arropadora, actualizó su dominio. En la creciente sombra se diluyó el jinete. Pero a poco de cruzar el puente de La Haya, iniciado el pedregoso camino, surgieron de las veloces patas de la bestia azules candelas que bosquejaron la fragosidad del terreno. Para Cotuí, en estrellado regreso, cabalgaba el amigo. Con el eco del largo trote se adueñó de mi fantasía, una vez más, el nombre de este barrio legendario de San Germán.

Desde mi niñez su nombre me llegaba envuelto en el aroma de los relatos sorprendentes; algunos confeccionados con deliciosas hipérboles; otros, con ingredientes espeluznantes; pero en general todos traían la noticia del lejano suceso de una tierra alta de esforzados y decididos varones. Me cautivaba el relato sobre Juan Gutiérrez, apuñalado múltiplemente en una aguardentosa madrugada que sirvió de rojo escenario a su corajuda valentía; me cautivaba el relato sobre las jacareras fiestas intermi-

nables en la casa de don José Dolores Lugo, y me cautivaba, además, el relato sobre el Charco Azul, lírico aldabonazo en la morada de mi incipiente poesía.

La casa de don José Dolores estaba ubicada en el centro del barrio, más cerca de San Germán que de Lajas. Patilarga era por sus zocos, holgado su balcón frontal, y el vigoroso encarnado de sus tejas rimaba con los lindantes flamboyanes. Era la típica casa de campo del siglo XIX.

Su nombradía se originó por las fiestas de Reyes. En estas ocasiones los amigos invadían el acogedor batey, donde los lechones, desde la antevíspera, empezaban a lucir doradas apetencias, y los olorosos calderos burbujeantes esparcían anticipos de succulencia. El ruido del arado arañando la remisa tierra cesaba y las labores quedaban relegadas por el paréntesis de los preparativos. La fiesta era de abolengo y nadie comía el agraz. Acicalado mujerío llenaba el riscoso camino real acompañado de sus hombres vistiendo planchados driles. Por detrás de la casa, y a veces en el batey mismo, los perros, con alegres ladridos, daban la bienvenida, mientras los sudorosos caballos relinchaban agresivos.

Arriba, en la ventilada sala espaciosa, las fotografías de los familiares lucían descoloridas. En un rincón, los Reyes Magos presidían con hieráticos semblantes. Prominente lugar ocupaban los músicos. Las guitarras punteaban dirigidas por el animoso violín de Pablito, y los primeros tragos, como mágicos compases, disipaban las iniciales inhibiciones. El ambiente olía a cordialidad de barrio.

Por todos lados, don José —jibaridad rebotante— extendía su recia mano saludadora que las comadres y los compadres estrechaban complacidamente. Su don de puertorriqueño tradicionalista era mensaje de contagioso goce. Avanzando el día llegaban los amigos de Lajas, San Germán y Cabo Rojo. Amigos influyentes de la política y los negocios, eran atendidos con los correspondientes honores. El señor de la casa tenía el inspirador respaldo de una bien provista alacena donde los más destacados renglones

eran productos de la tierra, sin que faltara un arrocito moreno suministrado por don Lino Cruz, hacendado de La Bajura en los tiempos en que esta feraz región no se había convertido en latifundio azucarero. También tenía el respaldo del gallinero y de los cabros, figuras estelares en los holocaustos fiesteros.

En la amplia cocina que daba a una hoya de cafetos raseros con el colgadizo, el fogón, en sus incesantes combustiones, era una esplendorosa hoguera rodeada de ennegrecidos setos. Dos o tres mujeres, connotadas guisadoras con enrojecidas caras, breteaban constantemente. Era la hora de olvidar la pesadumbre de las malas cosechas para cumplir el voto de las promesas; era la hora de permitir que la abundancia y el regocijo, como ventarrones, barrieran las hojas secas de la tristeza. Medio oculta en el fondo de la galería, llena del fresco de la tarde serrana, una enorme tinaja lucía su verde preñez. Sobre ella, los corpulentos mangós hacían aportaciones de sombra.

Ya las parejas bailadoras congestionaban la sala, y las mazorcas de maíz se cernían desde el techado como banderas de irrestricta munificencia. En el baile gobernaba la danza con su mando sentimental. Todavía nadie sospechaba que, en conspiratorio cónclave, el mambo y la rumba concertaban subversivas alianzas menoscabadoras de la espiritualidad puertorriqueña. Replegado en vecino collado, un flaco ganado rumiaba desairadas soledades. Por las serranías apareció la noche cargada de severas advertencias. Pero el baile siguió como indomeñable vértigo.

La fiesta, como siempre, tuvo gloriosos excesos según la costumbre campestre. Al fin, la cocina quedó a oscuras, vencedor el cansancio. En la oscuridad el brasero de los rescoldos parecía como si la noche durmiera con un ojo abierto.

De amanecida los grupos iniciaban la caminata del retorno. Con el alba apareció en los barrancales, en lenta ceremonia azul, la niebla desflecada, incontaminada víctima de la triunfante luz. En la distancia ascensional las calvas crestas aristosas suscitaban evocaciones golgotianas. Al paso de los trasnochados comensales,

experimentada la agotadora peripecia de las octavas, los gallos cacarearon al despertarse con el tintineo de las monedas que el sol iba acuñando en las nutridas frondas. En las pardas rehojas ya estaban ausentes los aguacates de pescuezos largos. Sobre Monte Grande, tierra del hidalgo don Acacio, la mañana, en logro de adultez, pintó unas tornasoladas nubecillas como bella anticipación crepuscular. Los Reyes Magos regresaban a su mansión de eternidad y los pájaros se encorvaban hacia la tierra para verlos pasar. Atrás quedaba la casona envuelta en silencio, que pronto rompería el arado arañando la remisa tierra. Las labores volverán a hacerla estallar en fecundo brote. Y los hombres, reanudado el diálogo con los surcos, colmarán los días de honestidad laboriosa.

Ahora la honoración de la Epifanía no está presidida por la reidora ingenuidad del jíbaro gozoso; ahora la preside la apatía de una generación de mutilada tradición.

Tan impresionante como el relato de estas jacareras fiestas interminables, era el relato sobre el Charco Azul, oculto en la filosa cuchilla por umbrosa vegetación. Cuando alguien lo mencionaba, advertíanse remedos de misterio en la voz. Y la curiosidad se alargaba en la desvelada imaginación de los muchachos. Sueño de todos era visitarlo algún día. Director de estas campestres excursiones lo era César el de Fin, y lo era por derecho propio, pues había nacido en Cotuí. Un día me tocó mi turno y hacia allá me encaminé acompañado de mi guía. Las empinadas jaldas se sucedían y me parecía que nunca iba a llegar. Cerca del mediodía, César dijo señalando el Norte: «Ahí está.» Pero yo nada veía y continué acercándome hasta que lo divisé por entre unos plomizos roquedales que servían de pétrea protección de su limpidez azul. Un religioso reposo unguía sus riberas cubiertas por el verdecido toldo de los pomarrosales. Predominaba una húmeda penumbra que los pájaros parecían picotear. Nada más se oía que no fuera el suave discurrir de un blanquísimo hilo de agua deslizándose por la apretada abertura de las piedras para caer en

la redondez del charco. ¡En verdad era azul el charco! De sus ondas emergía misteriosa fascinación que se proyectaba solemne sobre el paraje. Me retiré sobrecogido sin nadar en sus aguas.

El tiempo ha pasado y ya el charco no parece un quieto fragmento de cielo. Las linfas han desaparecido y sólo queda el hoyo de una tumba. Si los charcos también van al cielo, en el cielo estará, porque aquél fue un charco puro.

LA ALEGRÍA VERDE DEL FRONTÓN

Frente a la serena majestad de estos contornos montañosos, tan alejados de la febril pulsación de la vida competitiva, siéntome colmado por el íntimo regusto de ser puertorriqueño. Mi alma estaba unguada del bien que flota sobre estas puras elevaciones.

Azulea el remoto confín más allá de la verdecida serranía. Su brumosa perspectiva es como cendal de misterio. Atardecida la hora, surge pálida de su seno la primera estrella. Una inefable melancolía me gana, y en visión poética se me parece a la que un día abandonó el cielo para refugiarse en nuestra bandera.

Bajo el toldo verdinegro de frutales árboles ancianos cruza el río haciendo esguinces por entre las grises piedras. El aire adelgaza sus rumores, la luz tórnase opalina, y hacia occidente las nubes, desflecadas y rojizas, son vencidos estandartes.

La noche llega y lentamente cabalga hacia la madrugada honda. La llena la fragancia de los bosques y la hiende el vuelo de los pájaros nocturnos. Ellos son sombras cantoras.

Antes del amanecer creí ver una luz intermitente en la falda de un roquedal. Pensé en un nocturno caminante. Pensé en una aislada choza. Y también pensé en nuestra vida: luz intermitente que al fin se apaga. Volví a dormir. Al despertar, ya el sol cantaba su rubia canción esperanzadora. El paisaje me hizo sentir la alegría primordial de estar vivo. En la sonrisa de mi

mujer despierta se posaba la dicha, y para los campos se me fue una involuntaria exclamación:

« ¡Qué acogedor es este paraje de serenas montañas reflexivas! » Tras la fisonomía agreste de su conjunto se oculta una cálida intimidad que abraza como un amigo. Como amigo también lo abrazo y comprometo mi recuerdo. Así será, porque ya vive en mi pensamiento este cialeño pedazo de Puerto Rico. Anoche el plenilunio lo cubrió con el encanto de su plateada magia. Pero hay algo que resplandece más: su risueña hospitalidad, hidalga condición que perfila el señorío puertorriqueño.

EL CEMENTERIO DE LOS ALCATRACES

En una quieta y nublada mañana de septiembre, cuando ya estaba difundida la alarmante noticia del huracán, aparecieron, en el borroso espacio del pueblo, unos extraños pájaros de plumaje pardo amarillento y largo pico. Azorado el vuelo, más parecía que huían de algo destructivo. Venían del sur. Cuando viraron en dirección del cerro de Doña Matilde, las campanas de la iglesia terminaban el repique de las doce. Sobre el campanario, la veleta personificaba la inconsistencia humana. Por la cuesta paralela a la tienda paterna subía un anciano de ágiles piernas. Señalando hacia el cielo dijo sentenciosamente: «Rebojunco en tierra, tormenta en la mar.» Apretó el paso. Aquellas aves eran banderas de temporal.

Después del almuerzo, la siesta —encalmado paréntesis de la vida municipal —se tornó en afanoso ajeteo. Estas urgentes disposiciones de última hora generaban alegre dinamismo. Aunque inexplicable, la tónica era casi de fiesta, especialmente entre los muchachos. Sobre las casas techadas de zinc el martillo realizaba, en alianza con el clavo, cometidos de seguridad. Lentos al principio, los martillazos remataban con tajante celeridad. El ambiente se llenaba de sus ecos. Los del Cerro, los de Pueblo Nuevo, los de la calle de Abajo, los de la calle del Hospital. Sonaban a guisa de una ruidosa telegrafía. Pronto aparecieron las botas y las capas de agua. A ratos, ráfagas lluviosas anunciaban la inminencia del siniestro. Fuera de algunas personas atentan a la situa-

ción, las calles estaban desiertas. Temprano habían despachado a los estudiantes y, tras el alborozo de la retirada casera, los plan- teles quedaron en silencio. La noche avanzaba embozada tras las retintas nubes veloces.

En el vecino mar, guardado por la graciosa ondulación del lomerío costeño, el rumor musical de los dorados cayos convirti- óse en tenebroso estrépito; se esfumó, oscurecida por la chu- basquería, la línea mansa del horizonte verde-azul, y el viento, desmandado y agresivo, azuzaba las rugientes olas contra los mue- lles y los mangles. Realizado el violento desahucio de las aves marinas, dispersas y flageladas, buscarían asilo en las florestas del valle de Lajas.

Esta visión de desamparo, de cruel persecución, de triunfo brutal sobre la inocencia del vuelo, de alas rotas y cantos supri- midos, me ha acompañado desde entonces como una pintura que estuviere colgada en una de las salas de mi intimidad. Sólo se desdibuja cuando estoy frente al mar y contemplo entusiasmado las intrépidas aviaciones de los alcatraces y las gaviotas: parcer- leros de mar y cielo con título azul. Es que entonces triunfan en el vuelo cándido, en la cesación del viento airado y en el amparo de los mangles recios y de los muelles largos.

Un día, por avatares del destino, fui a vivir a un pueblo de hermoso mar. Mar alumbrado en las noches por la antigua luz de un faro español. Mar de encabritado genio en la Punta del Águila. Mar de evocación pirática en Guaniquilla. Mar de reman- so en Buyé y Boquerón. ¿Y Puerto Real? Puerto Real es el abri- gado puerto que un día lejano forjó nombradía. Hoy es villa pes- quera. Su mérito lo forjan las jornadas del trabajo esperanzador.

En este apartado litoral reanudé mi pretérita asociación con las aves marinas. ¡Cuántas veces, olvidado de mí, me senté en una yola varada a contemplar la gracia geométrica de sus acro- bacias! Lo hacía a la hora en que el espacio de mar que separa la punta de La Mela de la punta de El Carenero se llena de lu- ces moradas y el viento marero improvisa canciones de ausen-

cia y olvido. Son canciones que evocan los tiempos en que las cargadas goletas enarbolaban a los aires extranjeros pabellones y sus azotados velámenes traían la huella del huracán. En una ocasión, Alejandro, el buen amigo que considera la red como escudo de tradición familiar, me dijo: «Ahí está el cementerio de los alcatraces.» Había señalado un sitio donde el cañaveral de La Monserrate linda con la playa. El sitio es un mangle largo y estrecho. En sus inmediaciones destácanse jubilados veleros, enmohecidas piezas de navegación y vencidas yolas de amputados remos. Es un paisaje de derrota que sugiere pasadas singladuras de triunfo. Ante mí estaba el lugar que los alcatraces de Puerto Real han seleccionado como tumba. Y es relato inmemorial que cuando sienten la ronda de la muerte, extienden las alas en sereno planeo y después, en veloz picada, dejan sobre la rada henchida de impacientes velas la rúbrica del adiós. Todos van a morir a este mangle que es cuna y tumba. Y entre la cuna y la tumba un destino de alas.

LA CALLE DE LA ESTRELLA

Ésta es una crónica demorada: lo confieso. Se la debo a unos amigos de mi tanda generacional. Me la debo a mí mismo. Y todos sabemos que hay cosas que nos debemos. Por el tiempo transcurrido, acrecidos están los espirituales intereses, y como no quiero alegar la defensa de prescripción, el alma conviene en pagar la suma total con esta nota autorizada por mi solvente cuenta de recuerdos.

En muchas ocasiones, especialmente en las madrugadas, la improvisación, como un impulso de limpia alegría, me llevaba a cantarle a la calle del título con versos más entusiastas que buenos. Eso eran versos entusiastas. Los versos de los muchachos —aprendices de fantasía— tienen un indiscutido mérito: la sinceridad. La sinceridad es la primera piedra en la edificación del alma. Mis versos sólo buscaban el sentido arcano de la noche y, para realizar la lírica aspiración, me iba por los callados caminos, me sentaba en un muro de los rurales puentes, oía la musical voz de la corriente y me abismaba en la contemplación de las medrosas charcas laminadas de negros reflejos. A veces, el canto de un pájaro extraviado abría ruta a mi ensueño. Cuando le buscaba, veía salir su alada forma de entre la enmarañada floresta. Más que ave, eran alas luchando contra el viento de la noche insomne.

De regreso a casa, me vigilaba la transparencia de un cielo adulto de estrellas. En estos regresos, ya espesada la nocturnidad

en los campos y en las cerradas casas, pensaba en Rubén Darío. Todavía su centenario era inconcebible. Hombres como él nunca tienen cien años. Tienen el tiempo. Y lo recordaba porque para Rubén la noche era palpitación de amor: ¡Oscuro corazón luminoso!

Pasaron las fiestas del verso azul y ahora vivimos días de dolida prosa. Pero la prosa tiene retiros de parque. Retiros que, como gotas de tinajero, horadan las costras infames formadas por la cotidiana lucha. Lucha en que el desdén resulta airoso y la indiferencia es proclamada como norma de convivencia. Estos retiros evitan la frase trágica: el trato está hecho, que muera el espíritu para que el cuerpo viva. Desde uno de estos retiros —alto emplazamiento con vista al recuerdo— pienso hoy en la calle de la Estrella.

La huella reciente de una visita a mi región —sudoeste en lumbre de gozos— me permite enmarcarla en la holgura de la fácil memoria. De Boquerón regresaba y persistía en mi retina el hechizo del mar. También persistía, como sensación vital, la tranquilidad que este lugar —villa en gracia de silencio— siempre ha dejado en mí. Se van, desaparecen, estos parajes barridos por las excelencias del progreso rampante. Pero el hombre de este lar subsiste en su valía cristiana. Está a dos pasos de lo verdadero, y en su ser la bondad estalla como incontenible germinación.

Cerca de San Germán, al bajar la cuesta conocida como La Variante, apareció ante mí, una vez más, el hermoso paisaje de las tierras que rodean la histórica ciudad. Verdes tierras del río, azules en los dominios de la montaña, por sus alrededores dormita el valle bajo la paz del cielo. Hacia occidente muere en el encumbramiento de las lomas de Santa Marta; hacia oriente conviértese en llanura al juntarse con las vegas de Sabana Grande. Y pasados los lindes del Guamá y Rosario Peñón, el valle es, en la elevación de las agrestes estribaciones, violácea dispersión de

nieblas viajeras. Blancas tórnanse en su recorrido por la cordillera y, al atardecer, el sol las empurpura en homicidio de luz.

Ya en el centro de la ciudad me encamino hacia el alto donde está la escuela Lola Rodríguez de Tió. A la izquierda, mirando al este, se inicia la calle de esta evocación. En su nacimiento estaba el quiosco de Tey, puntal de recuerdo de mis mozos años estudiantiles. Bajando, y pasada la casa de mi maestra, doña Rosita Palmer, el convento de San José presentaba su austera fachada de claustral retiro. Hoy lo alegran las mundanales correrías de los estudiantes, y ese bullicio es el puente por donde Dios cruza hasta la calle. Ella se desdobra, estrecha y sombreada, y siendo la última hacia el norte, diríase murallón que sostiene a la lomosa ciudad. En las inmediaciones del teatro Sol y la alcaldía se vislumbra su fin. Sí, porque muy cerca confluye con la calle del Río. Aquí la calle de la Estrella pierde su quietud y su estampa de vía del viejo Madrid o de la imperial Toledo. La del Río es hervidero humano y punto de salida para los barrios. Es feria y es mercado. La de la Estrella es lugar de respiración sosegada. Sus patios son breves cuadriláteros de sombra. Desde ellos se ve el plácido discurrir del Estero, hoy humilde hilo de agua. Sólo las ocasionales crecientes reviven la gloria de sus jornadas como río de audaces peripecias.

En este atardecer le doy una última mirada a la calle evocada. Y me digo: «Es la misma de siempre.» Todos hemos cambiado, ella no. Fiel a sí misma, fiel a España, es, para mí, la más española calle puertorriqueña. Por ella discurrí de estudiante, y en su fisonomía veía retratada las calles descritas en la literatura. Se ha pegado a mi recuerdo, y si le escribo esta crónica es para decirle que forma parte de mi mapa espiritual. Mis compañeros estudiantes, que tan bien la conocen, transitan por ella siempre alegres, sin la dureza que la vida imparte. Los veo como antes, y es que en la calle de la Estrella se ha detenido el tiempo. El tiempo es una quimera que no muere.

LAS GARROCHAS DEL VIENTO

*A Luis Morales Asencio, entrañable
amigo.*

Aquella tarde estival las garrochas del viento ahuyentaban la plumiza bueyada de las nubes. Al formarse eran estilizadas arquitecturas. Prontamente quedaban jironadas como banderas de derrota. La lluvia, persona de calidad, bosquejada en el horizonte norteño, quedó como rehén del victorioso viento. Su arremetida hacía de las colinas alborotadas cabelleras y del llano sucesivas ondulaciones verdes. Los árboles se doblegaban gimientes y los caminos se borraban por la densidad de las amarillas polvaredas. Ante este amo y señor, el confín desató protestas de truenos y fulminaciones de relámpagos: voces de vengativa guerra.

Embridado había quedado el regitivo brisote y sus garrochas ahora cabalgaban sobre las nubes como trofeos de guerra. Adelgazado el aire, fue perfilando pálidos matices y el paisaje propició el quehacer meditativo. De los abismos introspectivos me sacaron esas albas viajeras que son las garzas. Volaban hacia la espesura después de un día de soleados merodeos por las calcinadas tierras. Sus alas azuleaban a medida que su vuelo se tornaba remoto. Fiel a su hechizo las seguía con absorta mirada hasta que, como terrones de azúcar, se disolvieron en la cántara de la distancia. Ya eran más cielo que aves.

La caída de la tarde, con tibias manos morenas, me llamaba al campo. A caminar por el campo. Al hacerlo sentí las nacientes

sombras pegadas a mi cuerpo como una húmeda enredadera. Las tierras recién aradas se emancipaban de los agobios del sol. Se desvanecían las alambradas de los cercados; bostezaban de sueño los verbales. Los enralecidos árboles parecían sucumbir ante la chillante irrupción de los pájaros. Y con solemne paso maternal llegaban a los pastos las exhaustas vacas. Muy cerca observaban las crías con cándidos ojos nostálgicos.

Allá, por la yerma cuchilla de Cerro Alto, aupada sobre la exuberancia de los piñales de Palmarejo, el occidente, en expresivo contraste, se convertía en escombros de fuego.

Acá, en el indómito llano, los trabajadores regresaban a sus hogares: mustios los rostros, la esperanza breve. Al deslizarse silenciosos por la pedregosa brecha semejaban una piadosa procesión de anónimas figuras bíblicas.

Otro día terminaba bajo la mirada de Dios. Otro día de trabajo y de precaria justicia.

Hoy el trabajo tiene mejor compensación, pero para el hombre del campo la mejor justicia consiste en que le permitan vivir y morir al amor del sol y las estrellas.

EL VIOLINISTA DEL MAR

La mocedad se vive bajo el estandarte de las cruzadas del corazón. Ellas generan el brío del impulso noble. Para mí fue tiempo de estimulante impaciencia, en que la avidez lectora, sin ser perfectiva, creaba el idealismo de las letras. En mis subsuelos hacía época, como vital germinación, el credo estremecido de la belleza. Nada había de deliberado. Dialogar con los autores inmortales y amistarlos con los personajes de la ficción representaba una tarea fructífera. La disciplina sistemática no valía lo que el canto de un pájaro. Todo llegaba en la fragancia de los días contentos y estaba distante el agrio latigazo de lo aciago. La cultura — ¡quién pensaba en la cultura! — todavía no había asomado su cara pedante. Me impresionaba más la fantasía de un pescador que la fantasía de un poeta. Lo utilitario, claro está, no había subido por la tapia de mi vida consciente, y la espontaneidad — breve vida — determinaba la estimativa de los valores. Su aliada era la improvisación: lírica herramienta.

Esta cálida iniciación me llevó a la Biblioteca Municipal. Pequeña, alojábase en un salón de la escuela Perry. No tenía anaqueles ni índice. En minoritaria representación, los libros famosos lucían desairados semblantes. Y era que las condiciones del recinto hacíanlos sentir como personas de calidad en inadecuado alojamiento. Nocturna, frecuentábanla díscolos estudiantes. Cuando por razón del libresco encierro convertíanla en plaza de travesuras. Minita, la paciente bibliotecaria, se ponía de pie y, con su

fija mirada severa, embridaba los excesos. Otras veces la atención lectora sucumbía al conjuro de las melodías surgentes del piano que tocaba doña Gloria Fernández en los animados ensayos de las veladas escolares. Entonces la distracción cogía la ruta del ensueño. ¡Qué ruta tan larga! Estas noches de biblioteca no complacían la dilatada pupila de mi anheloso lector. Pero ahora, en mi viaje introspectivo, ellas son emotivas escalas. Un recuerdo travieso vale más que un clásico.

De la literatura me nació el deseo de caminar, trashumante impulso que me llevaba a verlo todo con delectación panteísta. Sólo lamentaba que mi pueblo, hundido en el valle, no tuviera el espectáculo del crepúsculo. Para disfrutarlo me di a recorrer llanura y mar. Así estrené confines que el tiempo ha convertido en atesoradas imágenes. Entre estas imágenes, siempre orladas de metálico relumbre, está el paisaje de mi región: sensitivo infolio de la evocación contenta. En mis andanzas viví el episodio que paso a relatar.

Era el atardecer. La cálida bocanada del llano costeño, como brasa andariega, habíase extendido hasta la laguna Cartagena: posada de extranjeras aves. Abreviábase la luz y la tierra, la buena tierra que aun el riego no le ha calmado la sed, desarrugaba los ojos en anticipo de un suave mirar nocturno. Haciendo relevos en picos y hondonadas venían las frescas ráfagas procedentes de los azules confines del Monte del Estado y de Indiera Fría. En retirada, las africanas garzas blancas enrumbaban el vuelo hacia la negreada espesura, y el mar, colindante de espumas, acallaba sus voces corales. La noche llegaba a La Parguera con pisada tranquila y casera.

A orillas del mar asistía al acabamiento de la luz. Con la muerte del verde y del azul amainó el salobre brisote, convirtiéndose en brisa cachazuda y confidencial. Regresaron los veleros con sus velas cubiertas de relatos, y en el rostro de los pescadores había mapas de cansancio salitroso. Subió la marea y cubrió la tiniebla del lodo playero. El agua, así extendida, lamía los

estantes carcomidos de los viejos muelles, desde donde otrora embarcaban a la virgen del Carmen. Ahora los mangles eran negros hematomas, y los vecinos islotes, borrados, parecían poderosas anclas de silencio. Hacia el este, una luna guaniqueña, como pez de plata, había quedado prisionera en una red de nubes negras. Sobre la villa circulaba, en el desmayo de la hora, un aliento yodado. Inesperadamente oí el sonido de un violín. El áspero sonido de la ballestilla me hacía pensar en unos dedos secos y casi tiesos. Me acerqué al sitio. El ejecutante estaba de pie en el balcón trasero de su negocio. Ya le rodeaba un público curioso y chancero, ese público que tiene en las manos más risas que aplausos. Son las risas dolorosas nacidas de la burla. El violinista era un hombre anciano, alto, flaco, casi huesudo. Su cara enflaquecida parecía una peseta de veterana circulación. Por los lados rodeábala una rala barbilla, y en lo alto de arrugada frente el pelo estaba peinado a la antigua. Sus ojos pequeños, hundidos bajo el espesor de las grises cejas, miraban y no veían, absortos en los mentales pentagramas de las obsoletas mazurcas y de las preteridas danzas. La luna guaniqueña, ya en despejado cielo parguereño, reflejábese en la lustrada tapa del violín. Sus plateados reflejos prestaban extraño brillo a la perdida mirada del ejecutante. Bajo la descarnada mandíbula el violín sufría flagelos que sus cuerdas reproducían como confusos lamentos. No quise preguntar quién era ese hombre que tocaba el violín frente al mar. Y como si despertara de un sueño dije casi en voz alta:

—Este hombre flaco, alto, de cara angulosa y de perdida mirada ensoñadora es Don Quijote, sí, Don Quijote, que se ha mudado de su tierra manchega al lajeño litoral.

EL FARO DE LOS MORRILLOS

Cuando se llega a la Cuesta Blanca, viniendo de Cabo Rojo, puede decirse que falta poco para recorrer el camino que conduce al Faro. Desde esta elevación aparece, al fondo de la ardida llanura costeña, su irreal silueta. El viento sabanero sopla recio, y el sol, en soberanía de cielo despejado, proyéctase hasta la virgen intimidad de los hondos parajes marginados. Reverbera, en las cercanas salinas, sobre sucesivas colinas de sal, y de ellas surge un encesuecedor reflejo. Casi parece un sol de invierno alumbrando formaciones de nieve.

La carretera termina inesperadamente. Ante la vista se abren los senderos. Pero sólo uno conduce al Faro. A mitad de jornada aparece un puente estrecho de madera. Baten sus débiles pilares las olas de Mojacasabe y, porque el agua lo circunda, parécese al puente levadizo del castillo feudal.

Un viejo muelle, cubierto de cansados alcatraces, se adentra en el mar. Este muelle recuerda los tiempos buenos de la próspera sal. Una playa de doradas arenas se extiende hasta la villa pesquera de El Combate. Es un paraje deshabitado que nos hace recordar la hazaña del descubrimiento, ya que sus bahías están mencionadas en la erudita versión sobre el sitio donde ocurrió el magno suceso.

Ubicado en lo que podría ser el último ángulo de occidente, todavía riela su luz este viejo faro español. Lo rodean las aguas bravas de la Punta del Águila, el verde engañoso del paso de la

Margarita y el canal inseguro que remata en Boquerón. Hasta no hace muchos años era, además, hogar hospitalario, fortalecido por los afectos de la sangre. El torrero, conocida figura comunitaria, recibía en su amigable sala. Y para los escolares que lo visitaban en los recesos inolvidables del verano, el torrero tenía un aura de misterio. Ya sabían del Faro de Alejandría, una de las antiguas maravillas. También sabían que los volcanes del Mediterráneo, como faros surgidos de la entraña abrupta de la tierra, protegían el rumbo de las naves. En imaginativo desborde, sentían la agradable inclinación de supeditar la realidad a la fantasía. Y tendido el vuelo, asociaban al torrero con los sombríos relatos de las noches tormentosas en que los barcos naufragaban en los afilados arrecifes, y bajo los embates del viento y de la lluvia se realizaban los heroicos salvamentos.

Para muchas generaciones la mole gris del faro, destacándose en la soledad del árido promontorio, es recuerdo entremezclado de leyenda y aventura. ¡Qué inolvidable peripecia subir por la escalera de caracol hasta el circular balconcito que servía a manera de atalaya!

Hace tiempo que no lo visito. Ahora es una muda torre iluminada desprovista de la lumbre del hogar. El automatismo de nuestra feroz civilización ha consagrado en su torre octagonal el triunfo siniestro de la eficacia impersonal. La técnica arrastró su romanticismo. La eficiencia del progreso avasalla el encanto de las cosas hermosas. Llegará el día en que sintamos la añoranza de las cálidas labores imperfectas y nos emocione nuevamente la maestría de la femenina mano al bordar nuestras iniciales en un pañuelo.

EL COMPONTE EN MI REGIÓN

*Es general sin luchas ni peleas,
sin hidalguía, sin honor, sin nada;
para cortar el vuelo a las ideas:
para eso sirve el filo de la espada.*

MUÑOZ RIVERA.

Hacia cuatro años que mi pueblo había ascendido a la jerarquía municipal, cuando se celebró en Ponce la memorable asamblea de 1887. Si bien lucía su atuendo de municipio, su fisonomía real era la de un poblado de dispersas casitas. Todavía el cerro de doña Emilia era verdeante elevación ajena al trajinar del hombre, y la quebrada lugareña era abundosa corriente presidida por la perlada cascada que fue El Chorro. En sus escasas calles abundaban grisáceas lajas como austeros pergaminos proclamadores de la prosapia de su nombre. El campo, desde Lajas Arriba hasta Candelaria, desde Palmarejo hasta la costa, era núcleo principal de vida. Aquí levantábanse altas casas de amplios balcones. En los bajos se guardaba el fruto de las cosechas, y el batey era amplia plaza para la fiesta del acabe. Grandes comercios florecían en las encrucijadas de los caminos. El pueblo era, prácticamente, la casa del gobierno.

La asamblea de Ponce, en su definición autonomista, vertebró el pensamiento político puertorriqueño. De ella surgió un movimiento cohesivo de seguro rumbo y robusta palpación. Era

como si, al fin, el sentido del país dejara de ser cosa accesoria, y lo puertorriqueño se convirtiera en cosa principal al recabarse identidad política y jurídica y autonomía económica y administrativa. Es decir, alcanzar la mayor descentralización posible dentro de la unión con España. Era un terso y vigoroso aliento de reforma que justificaba patrióticos optimismos. Por eso resultaron proféticas las palabras de clausura pronunciadas por don Román Baldorioty de Castro a las cinco de la tarde de aquel nueve de marzo:

«Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres en la tierra. Delegados: Habéis coronado el edificio y vamos a separarnos. Debéis estar satisfechos; al volver a vuestros hogares, dirá la gente en vuestro honor: "Ése fue delegado en la asamblea de Ponce." Y cuando alcancéis el ocaso de la vida, no os faltará un Herminio Díaz Navarro que celebre con alta elocuencia vuestros servicios.»

Entre los que regresaron a sus hogares con la emoción viril del deber cumplido, podemos enumerar ilustres nombres de la región sudoeste. Delegado por Sabana Grande había sido el doctor Félix Tió Malaret, vinculado a regionales familias de meritoria recordación; delegados por San Germán habían sido el doctor Pedro Malaret y don Ulises López; delegado por Cabo Rojo, el doctor Luis Aguerrevere, médico venezolano eventualmente titular de beneficencia de Lajas. Y cuando quedaron constituidas, pasada la asamblea, las delegaciones permanentes en 29 de abril de 1887, en la de San Germán figuró don Francisco Feliú y Toro, tronco de una conocida familia lajeña; en la de Mayagüez, el doctor Salvador Carbonell Toro, persona de insular nombradía desde su injusto encarcelamiento en El Morro; en la de Sabana Grande, el ya consagrado licenciado Herminio Díaz Navarro y don Fructuoso Bustamante, quien sustituía a don Ramón Gaztambide, cuya línea familiar llega a nuestros días. Aunque de Coamo, deseo mencionar, por puro deleite fraternal, la comparecencia de don Ramón R. Gadea, antepasado de mi amigo el licenciado Ramón Ga-

dea Picó. En esta mención de delegados diremos, finalmente, que don Francisco Mariano Quiñones, acendradamente identificado con la pujante colectividad que nacía, no asistió a la asamblea por motivos de salud.

Todavía los patrióticos delegados autonomistas sentían en sus espíritus el eco emotivo y visionario de las palabras de cierre del íntegro Baldorioty, cuando empezaron a agrietarse las paredes de la seguridad puertorriqueña. El general Palacio, desde su atalaya de represiones en la serranía aiboniteña, había inaugurado la norma del allanamiento ilegal y de la tortura despiadada. A la naciente disposición del servir la causa del país se le llamó subversión, y con este pretexto se iniciaron los procesos por conspiración para la rebelión. La guardia civil convirtiéndose en cuerpo «benemérito» que no vaciló en su persecución anti-reformista. De su atropello fueron víctimas Juana Díaz, Ponce, Yauco, Guayanilla, Sabana Grande, Adjuntas, San Germán, Mayagüez y Lajas, entre otros pueblos. Brutales fueron los suplicios; pero la máxima crueldad fue el vergonzante holocausto de la inocencia. Con todo, ha sido en nuestra historia el más decisivo período de lactancia vital. Lactancia vital es comprender que la lucha por el derecho pone a prueba las maderas interiores, o sea, las recónditas lealtades. Este momento de suprema prueba lo describe don Antonio S. Pedreira en su libro *Insularismo* con estas palabras:

«Jóvenes y ancianos tratados a culatazos por la guardia civil para arrancarles confesión de lo que muchos ignoraban: encarcelamiento de culpables e inocentes, tratados peor que criminales; bofetadas insolentes en rostros respetables; castigos dolorosos; latigazos, palos y puntapiés a los indefensos, amarrados codo con codo en el suelo y en el terreno de un sol canicular; amenazas de fusilamiento; dolorosos cordeles y palillos que trituraban los dedos, dislocaban los brazos y rompían los huesos; ataduras a la cola de los caballos; mutilaciones, en fin, que podrían perdonarse si no fuera por el gesto sañudo y la falta de justicia con que fueron causadas; todo eso amasado con sangre inocente, procaces in-

sultos y desprecio iracundo, es lo que nuestra historia conoce con el dramático marbete de Componte.»

Como ya hemos visto, Lajas no estuvo representada en Pon- ce. Recién nacido a la vida municipal, todavía no tenía política propia. Si bien ésta es una razón histórica, la razón profunda que explica, a mi modo de ver, su ausencia en la asamblea es el carácter retraído y pacífico de nuestra gente. Su humildad, su respeto a la autoridad, son proverbiales características que han subsistido en el tiempo. Por eso sorprende que la crueldad del general Palacio se extendiera hasta las tranquilas amenidades de aquel valle. Pero allí, al igual que en los pueblos ya mencionados, la injusticia se vistió de pretexto y de bajas delaciones para abatir una imaginaria conspiración que ocultaba sus siniestros designios bajo el nombre de «Corazón Negro». Si para la Isla el mes de agosto de 1887 marcó la desaparición de la paz, para Lajas octubre marcó el advenimiento de la angustia y la inseguridad. Apenas habían transcurrido ocho meses desde que los puertorriqueños, en el teatro La Perla, habían empezado a hacer su patria y ya el sable autoritario quería desbaratar los cimientos.

Ciertamente, octubre fue el mes del Componte en Lajas. Veremos. Don Francisco Antongiorgi era un joven súbdito francés nacido en San Germán. Poseía una finca en el barrio Santa Rosa de Lajas y en ella enclavaba una casa residencia. Como era costumbre, en aquellos días de generosa hospitalidad campestre, su casa era visitada por sus vecinos y, en ocasiones, por amigos procedentes de otros pueblos. ¿Qué de particular tenía que en una noche cordial de líricos vinos, juntas las voces de los amigos, la brisa cargara los giros marciales de *La Marsellesa*? Por los motivos que fueren, sin excluir su condición de corso entusiasta de las ideas liberales, la guardia civil concluyó que la casa de Antongiorgi era la clandestina morada de la conspiración armada. La allanaron en busca de documentos comprometedores y armas, pero nada encontraron. Afortunadamente, el dueño se encontraba en San Germán. Allí supo la noticia y, contando con su derecho de

ciudadanía extranjera, se presentó al cuartel de la guardia civil, donde estuvo detenido toda la noche. Al día siguiente prestó declaración y rechazó la imputación conspiratoria. Fue puesto en libertad sin que se abusara de su persona.

Este suceso no terminó la persecución. Inmediatamente después se procedió a la detención violenta de los supuestos cabecillas de la conspiración. Y en esta forma fueron agredidos y humillados don Francisco María Farías, don Juan Antonio Farías, don José Antonio Sanabria, el periodista don José Dolores Landrau, don Eustaquio Balzac, don Tomás Balzac, don Rafael L. Ronda y don Francisco Vélez Pagán. Los hechos de violencia contra estos dignos ciudadanos ocurrieron en la jurisdicción de Lajas, pero lajeños eran los dos últimos. Los demás eran sangermeños propietarios de fincas en aquella comarca.

Don Francisco Vélez Pagán, don Pancho para el pueblo, vivió para ver el siglo xx. De niño le recuerdo: era de elevada estatura, musculoso y esbelto. Poblaba su rostro trigueño recia barba corta. Casi siempre usaba polainas que le daban un aire marcial de militar retirado. Ya vivía en el pueblo, en la conocida casa frente a la plaza. Cuando regresaba, por las tardes, de su finca en Sabana Yeguas montando su brioso caballo, el rostro solemne, el ademán resuelto, parecía un caudillo de gesta. Y le recuerdo además cuando, cambiados los tiempos, la cochera de la casona se convirtió en garaje donde la muchachez admiraba su rojo automóvil. En ocasiones en que lo manejaba le acompañaba el experto Paco Cabassa, el pintoresco Paco, atleta y orador vargasvilescos.

Lejos estaban los aciagos días del Compite y esfumado el nombre del general Palacio. El triunfo de las libertades patrias, considerado efímero en aquella época, rendía prometedores frutos en la conciencia pública. Y nuestro pueblo, como siempre, recordaba los valientes y ciertos versos del poeta civil de Puerto Rico dedicados al torpe general que hizo de la hermosa serranía aiboniteña atalaya de represiones:

*Es general sin luchas ni peleas,
sin hidalguía, sin honor, sin nada;
para cortar el vuelo a las ideas:
para eso sirve el filo de la espada.*

NOTA: Referencias usadas: «Boletín Histórico de Puerto Rico» y *Apuntes para la Historia de Puerto Rico*, por F. M. Quiñones.

LA ESCUELA EN EL RECUERDO

*A don Leónides Morales, profesor
amigo, ya en retiro de eternidad.*

En el patio de tierra de la escuela Muñoz Rivera, el sol, despierto y conversador, alternaba en la gesticulante parla de la muchachez de planchados uniformes. Unánimemente triunfaba en el cielo el azul. Hacía rato que unas ominosas nubes, que habían aparecido con las primeras claridades del día, huían en derrota. Procedente de Santa Rosa, barrio de bíblicas preocupaciones y rasera con el monte de Milán, se escurría una vivaracha brisa invasora de los estrechos y sombreados pasillos. En los salones, las ya descoloridas guirnaldas navideñas se mecían en disposición de vuelo, y en las paredes los retratos de los próceres hacían metálicos sonidos, mientras el alambre dulce que los sujetaba amenazaba con ceder.

Libres de insana malicia, los niños y las niñas reinaban en la amplitud de esta mañana de despejados afectos. A la entrada de los salones los maestros —vigilantes cancerberos— no perdían detalle de los sucesos. Súbitamente, el tañido de la escolar campana inmoviliza la tropa estudiantil. Al aire sube, en mástil de tubo, la única bandera que en aquel entonces flotaba en Puerto Rico. Tardarían años para que la bandera puertorriqueña pudiera salir de la clandestinidad y recoger, en el corazón de su estrella solitaria, el jubiloso orgullo de un pueblo ansioso de expansiones

patrias. El juramento de prometida obediencia se dejó oír vigoroso, y de las adolescentes gargantas surgió vibrante la canción *Bandera Sin Manchas*. Un minuto después, el paso de una pujante locomotora llenaba de estrépitos el escolar recinto, y los alumnos, con alargados cuellos curioseantes, sentían en el pecho el ansia viajera.

Terminada esta ceremonia mañanera, los estudiantes, con cuidados de silencio, iban entrando a los salones olientes a tiza. Ya desdibujados, aparecían en las pizarras los escritos del día anterior, y en algunos rincones, polvillos acusadores de negligencia de conserje, permitían íntimos prestigios de moteada luz. Los profesores lucían caras contentas y la enseñanza se hacía plática de provechosa cordialidad. Nadie hubiera dicho que este entusiasta maestro en esos días, como el hidalgo español, se alimentaba de austeras escaseces. ¡Cuántas amenas pedagogías y qué gusto de tarea! En los estudiantes no había cabales correcciones, y nunca faltó el que con una inesperada risotada, nacida de un imaginario embeleco o con una picaresca malicia, alterara el docente ámbito. Estas ocurrencias, más que ofender al profesor, le hacían reprimir una hilaridad que acababa por asomarse por las abiertas ventanas de sus ojos amigos. Estos paréntesis de buen humor suavizaban la tensión del horario escolar, especialmente en los postreros días de junio, cuando el abejón del cansancio iba zumbando monotonías. Entonces el ánimo soñadora, en lírico vuelo, anticipaba los goces de las playas, las quebradas y los campos.

En esta época, el alma se engalanaba de imaginados amores, y las irreales novias suspiraban por unas declaraciones que no acababan de salvar las tapias de la timidez. ¡Felices tiempos en que se prefería amar a ser amado! Estas novias atardecen hoy desconociendo aquellas juveniles pasiones y caminan hacia la muerte con pintadas cabelleras.

Promediaba la mañana cuando la campana, libertadora de rigideces, permitía el acceso a las rebosantes vecinas bateas. En ellas las chinas, los mangos y las quenepas sobresalían. Aparte,

en superior jerarquía, aparecía el carrito de piragua y, como artículo de tienda, el marrayo. Allí estaba Beltrán, alto, flaco, con sus desvaídos ojos azules; estaba Nicio, colorado, rechoncho, con su impaciente gesto colérico; y estaba, además, Fundador, trigüeño, pausado y enigmático tras sus oscuros espejuelos. La demanda estudiantil arropaba con chavos prietos el expendio de las multicolores golosinas, y los alrededores de la escuela convertíanse en solar de excitadas voces dispares. Las piraguas de frambuesa, de limón, de tamarindo y de melao, levantadas sobre las cabezas de los sedientos muchachos, parecen un abreviado crepúsculo de desparramadas tintas. El marrayo, susceptible a los lajeños calores, se hacía escurridizo en las manos golosas; y las chinas, desfloradas de su exterior amarillo, eran pulpas de profunda dulzura. Las quenepas, procedentes quizá de los patios de doña Catalina o de tía Amalia, parecían, en las canastas, uvas ungidas de generoso trópico.

El recreo era breve espacio en que los estudiantes, en la voz de los pregoneros, oían cátedra de frutas. A su terminación, con voces enronquecidas y canastas vacías, caminaban hacia sus hogares, mientras los estudiantes, sudorosos y encandilados, regresaban al aula.

Ya la brisa de Santa Rosa, rasera con el monte de Milán, se intensifica convirtiéndose en brisote de mediodía. La campana anuncia la salida, y los escolares, como impetuosas aguas crecidas, se lanzan por las soleadas calles de mi pueblo. Todavía no existía el comedor escolar, y para los estudiantes pobres el almuerzo era ocasión para ver manifestados, una vez más, los hacendosos cariños de las madres, que, como Cristo, multiplican los peces.

No me cansaré de cantarle a este silencio de mediodía en que cesa la escasa actividad del pueblo. Del salón de ciencias domésticas viene olor a bizcocho. Es un olor que vaticina futuros esponsalicios. Y del salón de carpintería viene un apagado sonido de laboriosas herramientas. Moncho Ramos perfecciona un tabu-

rete y yo le observo con admiración de neófito. Este mediodía es un Angelus de sol que sólo interrumpe el indiscreto parloteo de la brisa haciendo tertulia en los verdes ramajes.

Una campana, campana mayor que suelta pájaros de bronce hacia las serranías, dice en los comedores familiares breve oración de piedad. «El pan de cada día dánoslo hoy... y perdona nuestras deudas, así como perdonamos a nuestros deudores...»

A la siguiente mañana los estudiantes vuelven a la escuela con planchados uniformes. Los profesores, reanudado el apostólico quehacer, les acogen paternalmente. Para vivir la plenitud de sus vidas necesitaban del estudiante, porque hacia él iba dirigida la emotiva pedagogía de sus corazones. Su misión era cuidarle su candor, insuflarle nobleza de idealismos y suscitarle la ejemplar virtud del respeto.

Éstos eran buenos maestros que hacían de la escuela una prolongación del hogar.

EL CERRO DE LA LIBERTAD

Ahora que se ha revivido la fórmula autonómica como solución a la debatida cuestión del *status* político de Puerto Rico, resulta oportuno recordar algunas circunstancias ya un tanto cubiertas por la polvareda de la historia. Y más que de circunstancias, trátase de sucesos municipales originados con motivo de la concesión al país por España del nuevo régimen de gobierno en 25 de noviembre de 1897. Este gobierno fue implantado formalmente en 9 de febrero de 1898.

Pudiera creer la actual generación que esa implantación se caracterizó por el alborozo de los festejos; y pudiera creer, además, que San Juan, por ser la ciudad capital, llevó la voz cantante en la proclamación del júbilo libertario. Pero no fue así. Las celebraciones fueron más bien parcas y restrictas a próceres intimidades. Ello así a pesar de que el logro representaba la fundamental cristalización de largos empeños denodados. En la agonía del siglo alumbraba el alba. Era como si la justicia naciera a dos pasos de la guerra. Su inminencia ya anonadaba al puertorriqueño. Y un día la metralla invasora convirtió en tormenta el azul del cielo. La Isla quedaría sumida en la desorientadora amargura de una inesperada vicisitud.

Si San Juan, como ya hemos apuntado, no celebró el advenimiento de la autonomía, sí lo celebró San Germán. Fue una espléndida celebración pública en la que participaron don Francisco Mariano Quiñones y don Luis Muñoz Rivera. Si bien adver-

sarios políticos —don Francisco, ortodoxo; don Luis, liberal— eran amigos y ambos prominentes personas del recién instalado gabinete autonómico. La tradición, nunca desmentida, asegura que el pueblo, terminada la parada cívica, se dio cita en lo que desde entonces se ha llamado el Cerro de la Libertad. Y don Luis Muñoz Rivera, por encomienda de las autoridades, sembró, en la ladera anterior al tope, una ceiba para conmemorar la efemérides. Esa tarde, don Juan Sanabria Rodríguez, inspirado músico sangermeño, estrenó su danza *La Libertad*.

Despoblado en esa época, el paraje a que hacemos referencia estaba rodeado, como hoy, de un bosquecillo de recios quenepos. En la hondonada de su nacimiento, una silenciosa penumbra traza siluetas de misterio. El río, personaje de trancos largos, copia en su pulido espejo el viaje de las nubes. Algunas se libran de la captación al interponerse el puente de Hoconuco Bajo, y libres siguen en su fuga hacia el poniente. Estos corpulentos quenepos fueron testigos de la emotiva siembra consagradora.

En uno de estos días de lluviosa Navidad, siguiendo el alto camino bordeado de rojos taludes, hemos visitado el Cerro de la Libertad. Allí está todavía la ceiba consagratoria. Sólo que ahora la Virgen Milagrosa habita en su tronco. Sus manos están truncas, porque el vigoroso crecimiento de las raíces obligaba a sacarla para hacerle espacio.

Feliz está la Virgen en esta gruta cercana a las fecundas sementeras. Es que el árbol de la libertad es un cielo verde. Y protege la juventud casi centenaria de la ceiba una enredadera de anchas hojas que se le adhiere con la reidora lozanía de su vida opulenta.

Mirando hacia la ciudad, dormida bajo el sopor de la llovizna, vemos cómo las arboledas estrechan los tejados. Sobre mi cabeza, un súbito vuelo de palomas lastima el silencio de la nublada tarde. Vuelan en dirección de los patinados campanarios y de los vetustos aleros. Casi se detienen frente a las discretas persianas de los balcones españoles. Pero siguen hasta Porta Caelis. Allí les

esperan desvencijadas vigas de estirpe puertorriqueña, cálidas todavía en la hospitalaria acogida.

Las lomas se agrisan bajo el velo de la neblina. Sólo resta un verdor: la Ceiba de la Libertad. Enhiesta, aportadora de sombra, se alimenta de tierra roja para mantener en la alta paz de sus ramas patricias el recuerdo de un episodio de unión puertorriqueña.

MIS DOS HERMANAS

A Miguel, hijo entrañable.

Todavía era tierna la espiga de mi vida cuando ya la de Yuya navegaba por el río oscuro de la muerte. Fueron breves sus días, tan breves como una tornasolada nube sobre la llanura.

Su pelo rojizo destacábase sobre la mansedumbre de sus ojos verdes, y su risa, su limpia risa leal, procedía de la fontana misma del corazón. Amiga de lealtades y devociones, fue muy amiga de la Virgen. En La Costa de incansables vientos, cerca de los humildes apegados al regazo de la tierra, tuvo dulce misericordia invariable; en la ciudad, cerca de los cultivados, tuvo atrayente comprensión.

Su nombre me llega en los ecos lluviosos de estos días. ¡Qué primavera era la lluvia en los días lejanos de La Costa! Y al recordarla la veo en su hábito cardenal con borla verde subiendo la escalera de la capillita del barrio París. Ahí está con sus grandes ojos verdes fijos en el altar, y de ellos, antes que de los labios, surgen las primeras plegarias. En el recinto, el fervor campesino va formando un rosario de corazones.

Así te veo en este día. Y aunque te fuiste como una hoja seca, nos queda tu recuerdo, raíz entrañable.

Las empujadas calles de San Germán que un minuto antes reverberaban al sol de la tarde, eran ahora, bajo el plomizo arrecio de la lluvia, penumbrosos túneles de silencio. En el campa-

nario de la iglesia, sus gotas, como perseverantes pajitas, iban formando nidos de cristal. Y desbordadas, las rojizas aguas rodaban hacia la noche. El gris, en cromática invasión, dominaba la ciudad.

Un piano desgranaba una canción sentimental. Sus notas procedían de El Bosque, sector lindante con la estación del tren. Allí, en una casa amarilla de cerradas celosías, doña Elisa O'Neill desperzaba sus dedos eruditos como preludio a las clases de piano. Una roja alfombra, en la amplia sala europeizada, acallaba la impaciencia de los discípulos en la espera tediosa de los turnos. Iniciado el magisterio, la profesora, con severa gracia paciente, íbales descubriendo ese horizonte sonoro que es la música. Afuera, la lluvia, al conjuro de la música, exteriorizaba melancolías.

Sentada al piano estaba Carmen Luisa. Sus bellos ojos indefinibles se posaban sobre el ejercicio, y sus manos de jazmín tímidamente recorrían el teclado. Sobre el breve escote de la espalda caía su lacia cabellera bruna. En la espiritualidad del momento, y ahora que la lluvia habíase convertido en diamantina llovizna, su grácil figura adquiría novelesco relieve.

De las nieblas me viene tu nombre próximo ya el aniversario de tu muerte, tu nombre que vivirá sin olvido. Por eso quiero recordarte frente al piano en un tiempo en que las teclas negras no te preocupaban. ¡Qué dueña era de ti la risa entonces!

TONOS DE LA PARGUERA

El mar Caribe, en cercanías de manso sudoeste, arrestado por dorada cayería, sirve de rumoroso fondo a La Parguera. Por tierra, el paso de las Cóvanas prologa la llegada. Y es prólogo de penumbra formada por altos árboles ancianos que vigilan, con bondades de pastor, la bueyada costeña. Cruzado el paso, se abre la ventana del paisaje para mostrar la pincelada azul del mar. Es un mar quieto, casi irrealmente quieto; más bien parece un mural pintado en la pared de la lontananza. Así lo veo nuevamente en este amanecer en que llego a este marino remanso.

Lastra al temprana hora el silencio parguereño. De mar afuera viene una brisa sin mácula. Los largos muelles estrechos son calladas penínsulas. A sus lados, las embarcaciones, con sus caídos velámenes y sus apagados motores, bostezan en el despertar del sueño. En la playa, cubierta de bituminoso lodo, los deslavados pedruzcos me llevan a pensar en los batientes mares pulidores. Las playeras piedras ennegrecen de olvido, y el olvido entristece a la buena gente que ha unido su destino a este calmado mar de bíblica evocación.

Cerca del embarcadero de Alfredo —el sol, velero ya en llamas—, un grupo de pescadores, en voz alta, habla su jerga. Así hablan siempre. Y es que su diaria tarea marinera los obliga a hacerse oír sobre el clamor de las rachas. Entonces la voz vigoriza la vida, y la muerte se aleja como desflecado crepúsculo. Los pescadores están esperando el pleno viento enrumbador. Viene

al fin en la dirección de la Mata de Enríquez, y sus dedos despertadores empiezan a tocar las puertas dormidas de la Mata de la Gata. Parte la nave pescadora. Apenas ha rebasado Magueyes, empieza a oírse, en el caracol de la mañana tierna, el adulto vozarrón del mar. La distancia la glorifica, y en el punto en que mar y cielo se juntan, parece que el velero coge ruta de nubes para navegar hacia Dios.

Después de un día de sol y viento ha llegado el atardecer. En el cielo, pálidas claridades contemplan el regreso de los pescadores. Y aunque marchita por el cansancio su musculosa arrogancia, sonríen satisfechos al ver la saltadora agonía de los peces, trofeos de audacia. Por el cayo de La Margarita, donde el rocoso oleaje cuenta leyendas de infaustos navíos, créase un señorío de murientes violetas. En los manglares taciturnos, las aves marinas, inquilinas en precario, cuelgan hamacas. De la tierra viene la voz plañidera del ganado guarecido en las húmedas hondonadas, refugio protector del calcinante latigazo solar. Por todos los horizontes merodea la noche en oficio de sombras.

Llega, al fin, la gran señora con séquito de estrellas. La terraza del pequeño hotel parguereño llénase de regocijados rumores, y las personas, bajo la débil claridad de la luz proyectada, parecen negativos de celuloide. El pausado chapoteo de unos remos atrae mi atención y, al mirar en dirección de la yola que pasa, veo, por el confín de La Montalva, el cuerno incierto de la luna. Con sus puntas desangra nubes. De pronto, se oye una ronca trepidación de motores. Son las lanchas que inician sus poéticas excursiones al lago. Aquí las proas hacen estallar la nocturnidad marina en colores, y los peces, en sorprendida intimidad, parecen eléctricas fulguraciones.

En el achatamiento de las ennochecidas perspectivas se borran los caminos. Todo se borra. Sólo veo un lacteo ramalazo intermitente: es el faro de Los Morrillos en la brava punta del Águila, que, como un gigante sobre una roca, guiña su ojo de luz a la aventura de la noche.

LAS MISAS DE AGUINALDO

A mi hermano Enriquito, lajeño neto.

En la antesala —reducto de gratas intimidades— el reloj de pared suena las horas densas de la madrugada; en la galería —claustro de persianas— la tinaja deja oír el gotear incesante de su filtración. Muy cerca crece, amorosamente adherida, una enredadera de flores azules. A veces las maderas crujen. Si no fuera por estos ruidos —poéticas expresiones de la noche—, diría que la casa es una hechura del silencio.

Súbitamente, el ámbito comarcano puéblase de metálicas resonancias: son las campanas de la vecina iglesia llamando para la misa. Desde mi cama percibo el eco trajinoso de las pisadas y el confuso rumor de las charlas. Viejas canciones de amor rasgan el espacio: son los panaderos que cantan. En habitación cercana, mi padre —eterno madrugador— se alista para la jornada del día. Todavía el frío decembrino me retiene. Una ventana se tira. Afuera aumentan los desperezamientos. De las serranías de La Haya viene en los aires el bombo de Martín.

Por la calle del Hospital sube una carretera; debe ser Sanda, que va en busca de cargas a la «estación de abajo». En el callejón de Mariana los perros retozan en un alarde de ladridos. Apresuradamente me visto y miro por las celosías. La plaza rebosa de sombras móviles que se acercan al quiosco de Edelmiro. El pueblo está despierto y los caminos acogen a los fieles. Me dispongo

a unirme a ellos, y al cruzar el zaguán, en las inmediaciones de la cisterna, el gato de la tienda pasa velozmente por mi lado y se pierde en el jardincillo, donde un eucalipto eleva al cielo su olorosa existencia.

Ya en la calle, la luz de los faroles perfila las pueblerinas siluetas, y los amigos aparecen con despejadas caras. El sueño ha sucumbido ante la presencia bulliciosa de la cordialidad. Sabino, el campanero albino, cruza por entre la multitud: parece una claridad fantasmal. En la acera de la tienda un solitario farol, como embozado sereno, alumbra las irregularidades de la cuesta donde las yuntas de don Irene necesitan cuarta. Unido a los grupos juveniles hago el recorrido de los lugares en espera del comienzo de la misa. Paso frente al negocio de Iño Mingo y recuerdo los cuentos de César.

En ocasiones como ésta los racimos de guineos maduros colgaban de la solera de ausubo, y en el piso se apilaban los sacos de carbón al lado de las chinas. Camino de San Germán ya pasaban las bestias con los porrones de leche; pero primero se detendrían en El Chorro, sonoro abrevadero. A la luz mortecina de una vela y protegido por su sempiterno gabán, Iño Mingo aguardaba a la madrugadora clientela. Mucho apetito, poco dinero. Inesperadamente una ráfaga, de origen desconocido la apagaba, y los guineos y las chinas, por arte de magia, aparecían en los bolsillos de los muchachos. ¡Travesuras inocentes que en la distancia del tiempo nos parecen el mejor humor! ¡En paz descanse don Domingo Acosta, pío varón de mis mocedades!

El último repique nos congrega en el atrio, pavimentado de grandes ladrillos. Aquí ya están las frágiles viejecitas cubiertas de negras mantillas; en el claroscuro simulan sombras evanescentes. En sus alrededores la escuela Perry y el ayuntamiento son borrosas estructuras. Los árboles de acacia duermen en espera de los brisotes cuaresmales; entonces el sonido de sus bellotas se unirá al sonido de la matraca en reverente sustitución de las

campanas, silenciadas por los piadosos lutos de la Semana Santa.

La misa va a comenzar y el sacerdote realiza la aspersión inicial. A su lado, David —sacristán de acendradas devociones— provee las ayudas del altar. En medio de los litúrgicos perfumes rompe la reidora música de los villancicos. El armonio lo toca Ángel el de Fin. Este instrumento, tan unido al misterio de los oficios, calla esta vez sus graves registros en la exultación consagratoria de los cánticos pascuales. Las voces corales se acoplan en regocijada armonía, y la pandereta, con su brioso acompañamiento festivo, aporta cascabeleros ritmos en el homenaje al Niño Jesús.

Este cálido júbilo de aguinaldos y esta emancipada alegría de pueblo sencillo son ofrendas nacidas en la forja de la tradición, y constituyen, en estas vísperas de Natividad y Epifanía, máximo vínculo sentimental; es como si movidos por la emoción le diéramos un abrazo al pasado. Por las puertas laterales entra un airecillo cargado de los aromas de la noche. El cielo me llena de la fascinación temblorosa de las estrellas y el pensamiento se ausenta momentáneamente. Regreso a la realidad cuando el sacerdote rubrica en el ambiente su bendición final. Por los altos ventanales el día se insinúa tímidamente.

Terminado el oficio religioso, el pueblo, enlazado por un común deleite, en despreocupada camaradería de vecinos, deambula al aire fresco. La música navideña, como una pulsación de vida, nos sigue por las calles. En esta complacida romería estamos cuando traslumbro, por el cerro de doña Emilia, los anchos claros del alba; mientras tanto, los contornos aledaños se saturan de olor a pan caliente y las aceras empiezan a amarillear con los restos de las chinás.

Ya casi se ha disipado el encanto de la madrugada. En breve aparecerá Hafel camino de la escuela a tocar la familiar campana. Después la turba estudiantil invadirá el patio que sombrea el viejo quenepo, y el sol, con la nitidez de su alborada, no podrá

borrar el recuerdo de esas horas en que los villancicos hicieron posada en mi corazón.

De esta feliz edad, que tantas claridades de espíritu volcó sobre mi pueblo, sólo queda «la fragancia del vaso».

BOQUERÓN

En este 12 de octubre —proeza descubridora, realidad americana— he llegado a Boquerón. La villa, envuelta en rurales silencios, todavía no se ha tirado de la cama. Llego hasta el muelle —península de ajetreo—, donde a esta hora sólo lo anima el diálogo apagado de unos pescadores. Sus manos, encallecidas por las faenas del mar, bregan con nasas. Entrando a un negocio veo a mi amigo Bernardo, capacete blanco en rubicunda cara. La bahía es amplia quietud azul que remata en el semicírculo de Peñones. Peñones es una ventana cerrada a los rojos farallones de los Morrillos y la Punta del Águila. Allí el mar conspira contra la reciedumbre de los acantilados.

Por este mismo canal, pienso, pudieron haber entrado las carabelas de Colón en un 19 de noviembre, llenando de curioso sobresalto a la candorosa indiada. Una brisa del sudeste —pincelada de logros— dibuja en el confín marino la figura del almirante del mar Océano como tributo de mi imaginación a la divina audacia del descubridor.

Me encamino hacia la playa, y lo que veo me confunde momentáneamente. Las viejas casetas de baño, hechas con ramas de palma, yacen en tierra como escombros que un mar huracanado hubiera arrojado en la plenitud de su furia. Me acerco al entutado litoral y súbitamente afloran en mi pensamiento los juve-

niles días veraniegos. Entonces una salida en yola era quijotesco empeño, y una zambullida, hazaña de buzo. Del fondo de las ruinas veo surgir la figura de Manolo, viejo vecino de este mar, que me ofrecía la hospitalidad de sus casetas y el regalo de su charla llena de alusiones regionales. Manolo se ha ido con las casetas, y sus pies no volverán a sentir la grata flojedad de las arenas. Sus pies ahora se limitarán a la dureza del batey, afirmación de patria. Pero en el recuento de su vida surgirá, como emblema de personal gloria, el momento de su afanosa lucha por defender la integridad del solar playero, poética soberanía.

Me tiro al agua y siento sobre mí la luz del sol filtrándose por entre la suave sombra de los palmares. A mi lado un cardumen de capitanejas se despereza en muchachesco juego, mientras el sol dora sus plateadas escamas al brincar ellas la cuica del viento. Las capitanejas, en la infancia, son jareas; en la adultez, machos de lisa; estas formas son los trajes con que la naturaleza las viste, según dijera Jaimito. Los machos de lisa habitan «El Caño» y allí dejan los rastros de su hombredad, mientras las garzas africanas, al rozar las crestas de las olas, se confunden con el blancor de las espumas.

Estoy en Boquerón, plácido rincón del valle de Lajas. Es vida sentirme frente a tu mar, y en la arbolada calma de tu abreviada plaza el pasado asoma su nostálgico rostro. En esta mañana los veleros no han declamado su poesía: es que en esta mañana la poesía se domicilia en el calmado éxtasis de tu bahía azul —ancho abrazo.

Me llevo en el pensamiento el último perfil de un Boquerón que empieza a avecindarse en la comarca del progreso. Y es fausta la ocasión. Un día como hoy Cristóbal Colón colmó de luz las tinieblas del tiempo; consecuencia de esos resplandores es nuestro mundo americano que «reza a Jesucristo y habla en español».

Puerto Rico —fragmento amado de América— reafirma en este día su devoción por los valores de la raza. Yo los reafirmo también al proclamar mi devoción por estos paisajes. ¡Esta es la tierra, la tierra que tiene música en sus entrañas!

LA CASA DE NIEBLA

¿Recuerdan ustedes, amigos, los tiempos en que no se conocían las ásperas agresiones de la prisa ni la neurosis del ruido organizado? Claro que los recuerdan. La imaginación, entonces, en vuelo vencedor de latitudes, nutrióse de geografías en las competencias escolares. Se recitaban de memoria los ríos y las capitales del mundo. Las tierras lejanas, esas que ahora el turista manosea con la mirada y no incorpora a su sensibilidad, más que fronteras de hostilidad eran abiertas lontananzas para el afán estudioso. Y el cuerpo, vehículo de tantos resortes cordiales, no conocía las hoy llamadas fatigas musculares. Insomnio era una palabra rara. El cansancio —ausentes las tensiones— era la acogedora antesala del sueño reparador, sueño que sólo interrumpía la llegada del tren de las cinco: desafinada orquesta de chirridos y resoplos.

Casi nadie usaba espejuelos. Los cansados ojos se remediaban recurriendo a unos que eran pequeños, ovalados, montados en ganchos y aros de dúblé. Adquirirlos era fácil. Se compraban arbitrariamente por números en mercerías y bazares a espaldas del oculista. La primera vez que vi a un oculista le acompañaba en su jira introductoria Alcides el Manco, versada autoridad en caminos y barrios. Siempre llamaron mi atención los espejuelos que usaban los graves señores en las solemnes ocasiones. La concha, en alarde de función prestigiante, los enmarcaba y el espejuelado sentíase en alto rango. En los periódicos y en las

revistas, japoneses y alemanes siempre lucían espejuelos. Para la gente este adminículo representaba superior inteligencia. Pero dicho definitivamente: no los concebía como síntoma de decadencia. La decadencia ha sido, más bien, un aporte de esta civilización actual, tan consagrada al mejoramiento del hombre mediante la destrucción del hombre

Por lo mismo que el cuerpo tenía disposiciones alegres y las tensiones no nublaban la intimidad gozosa, el espíritu se inclinaba a la vida libre y rumorosa del campo. Los cerros terruñeros eran vigías saturados del hálito de las labranzas criollas. Desde ellos una mirada a la llanura costeña descubría la negra hilera de vagones de caña arrastrados hacia Guánica por máquinas que la muchachez tuteaba en los clandestinos viajes aventureros de las madrugadas de zafra. ¿Verdad, César? Respirar profundamente era sentir el júbilo primordial de estar vivo, y el ánimo, mozo y expansivo, era fuerza que acercaba a la naturaleza: hontanar de vida fecunda. Lajas era alegría, y su valle caldeaba el rescoldo de las promesas.

Calle arriba, calle abajo, el aire mañanero llenábase de pregones anunciadores del jíbaro vendedor de la cuchilla y el llano. A este vocerío pregonador mezclábanse los quiquiriquís de los gallos jactanciosos amarrados en los patios de las barberías, aquellas barberías de setos adornados con el retrato del general Pershing e ilustraciones de la Primera Guerra Mundial. Si eran días de fiestas patronales, las dianas musicalizaban el alba, y para el mediodía, entre salvas de cohetes, el quiosco de la plaza estaba endomingado de alborozo. Para diciembre la tradición perdía adustez para ganar color de fiesta buena. Es cierto que no había en las casas árboles de Navidad ni llamativas guirnaldas multicolores, pero había árboles de risueña hospitalidad encendidos con las frutas del afecto. En la Nochebuena, terminada la cena familiar, invadíamos los comedores divertidos, donde la copa de vino, servida por condescendiente mano comprensiva, rompía las amarras de la timidez, y la música de los cuatro inspirados y de las

decidoras guitarras acompañantes, explayada en los temas de la jornada navideña, adueñábase de la soberanía de los pies para imponerles la grata servidumbre del baile.

En verdad, para mí el pueblo era una ciudad. ¡Qué grande la plaza en su vecindad con la iglesia y qué distante Pueblo Nuevo, con su arbolada placita de bancos de madera! El montecillo de doña Emilia, todavía casi virgen, ofrecía su limpia meseta para encampanar volantines. Palmarejo, legendario y evocador, se me antojaba distante comarca a la que se iba a través de la calle Unión, activa calle de nocturnas expansiones. Recorrerla era proeza que condecoraba la solapa de la vanidad adolescente. Mis andanzas, claro, estaban restringidas. La casa de tío Jorge estaba dentro del perímetro de permisión. Situada en lo alto de una explanada, me gustaba visitarla para ver, en la compañía de mis primos, las amorosas palomas caminando a breves golpes rítmicos por la sombreada techumbre de rojas tejas. Después bajaban y se paseaban por la estancia como dueñas y señoras, protegidas por la dulzura de mi tía Mela, la bondadosa tía que todavía teje en el telar sentimental del recuerdo. Contigua había una casona de despintadas maderas inquietadoras. No tenía balcón, y sus puertas y ventanas siempre estaban cerradas. De noche, escasa luz alumbraba los silenciosos aposentos. Me atraía, nos atraía, esta casa de reposo conventual donde las pisadas eran leves y las voces estaban ausentes. Por la parte lindante con la estación del tren, una verja amparaba su austeridad claustral. Un día, movido por la misteriosa sugestión que la envolvía, miré por una pequeña abertura de la puertecita. El patio estaba enladrillado, y en sus junturas la yerba crecía libremente. Desde su centro un fornido quenepo elevaba su espesa copa. En el fondo, recortándose en la azulosa penumbra, divisé la amplia sala. Desteñido empapelado cubría las altas paredes. De algunas colgaban retratos y cuadros de paisajes extranjeros; de otras colgaba el tapiz de la tristeza. Las sombras —quietos pájaros morados— refugiábanse en los ángulos del recinto. Sentada en un sofá de

europizada traza, una dama de recogida cabellera gris leía aborta. Solitaria y frágil, su figura rezumaba esa acerba tonalidad que engendra la desesperanza. No la conocía, pero sabía quién era. Momentáneamente levantó la mirada. Imaginé sus verdes ojos velados por la amargura de recuerdos que la abismaban en los días lejanos en que la angustia empezó a formarse como una nube torva. Ese sufrimiento la apartaba del mundo y la recogía en aquella casona donde la mansedumbre del silencio parecía una advocación piadosa.

De regreso a la realidad circundante, percatéme de que tenía a mis espaldas, como expresivo contraste humano, el apretujado caserío de El Cerro. La tarde hervía en la barahúnda pueblerina. Por la vecina empinada cuesta, los muchachos, en riente despreocupación, trajinaban. Y el aire cristalino se poblaba, casi de repente, de audaces chiringas, criaturas artesanas del bien recordado Pedro Cintrón. Para mí eran pájaros de pintadas alas que llenaban mi cielo interior de la ilusión de recorrer distancias.

CHARLA SOBRE LA AUSENCIA

A César A. Feliú, amigo de siempre.

En este domingo las candelarias del entusiasmo regional arden por todos los puntos cardinales. Las calles, los hogares y la plaza rebosan de sonoros alborozos. Madrugan en las manos los expresivos saludos, y en los corazones la alegría hace posada. Es una alegría transparente que espejea como una copa limpia. Todo el mundo camina, y los automóviles, en el abandono de los distintos estacionamientos, parecen descartados artefactos. El placer es ambular en busca de los encuentros y sorprender caras que el tiempo había escamoteado. Realizada la cordial identificación, el abrazo, como una rúbrica de emoción, deja en los ánimos pureza de gozos.

Este jubiloso caminar que hoy casi asfixia las calles del amado pueblo me recuerda la época en que los días se llenaban de las pisadas del hombre, del trote de los caballos y del chirriar de las carretas. En las silentes madrugadas unos hombres se encaminaban hacia la actividad comercial o hacia los planteles educativos; otros regresaban hacia el descanso de los hogares después de una noche de baile o de teatro, o quizá de tertulia desvelada por los apasionantes temas eternos. A mitad de jornada, la claridad de los gallos descosía la capucha del miedo, y la hoya de Christián se hacía menos acobardante. Los cuentos en torno a las apariciones y sucesos en este sitio eran y son legendarios.

Hasta Mario había visto, en memorable ocasión, a un indio en cuclillas mirándole fijamente. Por eso Perucho Regalado, cuando regresaba de San Germán, prefería la ruta del Culminante para atrechar luego por la finca de Faría y salir a Santa Rosa. Pero cuando la quebrada de El Mamey se salía de madre, no tenía más remedio que cruzar la hoya con su mano puesta sobre el escapulario.

Cuando hablo del regreso, pienso en la Cuesta del Viento. En el empinado llano anterior a la bajada hacia Lajas descansaban las esforzadas yuntas que traían las cargas. Por los lados de la carreta, don Irene, fuerte en la brevedad de su cuerpo, arreglaba el encerado. Más abajo, las espesas sombras proyectadas por los mangos que bordeaban la toscosa ruta tornaban misterioso el risco donde se asustaron los caballos del quitrín de don Arturo. Don Arturo fue un boticario cialeño que la posteridad considera lajeno, porque su poética alma de hombre bueno dejó en Lajas imborrables fulguraciones. La casa de Venturita Garcés —punto de parada en mis adolescentes andanzas— se ocultaba en el último tramo de la cuesta. La cisterna la cubrían unos frondosos guayabales creadores de frescura. Desatado, al fin, el nudo de las curvas finales, aparecía el Chorro de Colí. Desde su rocosa penumbra filtraba melodías de agua que desacompañaban los cantos medrosos de los pájaros nocturnos o el súbito galope de un caballo recio. En este lugar —oasis de la madrugada— confluían los caminantes cansados y sedientos.

En esos tiempos, tiempos de sabrosa lentitud, se iba al teatro de San Germán. Por allí pasaron famosas compañías de ópera, zarzuela y drama que nuestros mayores disfrutaron fructuosamente. Las canciones insignes y los consagrados dramas se hicieron del dominio público. Y el pueblo, en términos generales, siempre fue bahía de suficiente calado para el velero del arte. Barberías y sastrerías eran improvisadas tribunas de cultura y, a veces, entusiasta tribuna voceadora de los derechos del hombre, cuya difusión ya empezaba a formar verdugones en la piel de

los conservadores. La sensibilidad le abría caminos al buen gusto. Y no era la elegancia atributo exclusivo de los señores de bastón y leontina; también los artesanos vestían de blanco y recitaban versos de Núñez de Arce y Espronceda. En las modestas bibliotecas Víctor Hugo era el favorito, y los épicos relatos sobre la Revolución francesa servían de cartabón a los futuros oradores. Los casinos artesanos y las actividades que en ellos se realizaban quedan como firme testimonio de una época en que el lustre era una cuestión más de dintorno que de contorno. Lo dicho es referencia a todos los municipios. En ellos nunca faltó el grupo que supiera armonizar las artes manuales con las artes del espíritu.

Entre todos los cultivos espirituales era la música el de mayor preferencia. Se cantaba la letra de las danzas y de los valeses, y toda canción era, o una historia de amor, o un suspirante anhelo. El romanticismo le imprimía atildado estilo a la vida. La vulgaridad era una deserción, y las buenas maneras eran indeclinable culto. En la serenata culminaba el triunfo de la música sentimental, y en las madrugadas —tiernos bosquejos del día— la trémula intimidad de la mujer convertíase en inefable padecimiento de amor. Ésta fue la edad de oro de la guitarra que había emigrado a América. Acá se llenó de criollas cadencias, y sus cuerdas, iniciadas ya en el amor de Puerto Rico, fueron un módulo más de las esencias patrias. Entonces el alma puertorriqueña no le temía a la esclavitud de la emoción. La esclavitud de la emoción es la libertad del corazón.

Victorino era un guitarrista ciego. Cuando recorría, en melódico afán bohemio, los encharcados senderos, veía la noche a través de los ojos musicales de su prodigiosa guitarra. Su desorientado caminar inseguro era interrumpido por sus traviesos amigos que le decían en falso anuncio de peligros: « ¡Brinca, Victorino! » Y Victorino brincaba imaginarias zanjás. Otras veces, escéptico, no brincaba, y el lodo de los baches maculaba su alba vestimenta. Siempre a su lado le acompañaban Tonguía y Dámaso. El primero tocaba la mandolina, dulce instrumento de

evocaciones napolitanas; el segundo, malogrado bardo del pentagrama, tocaba la flauta. Terminada una serenata e iniciado el regreso, los noctámbulos sentían la llegada del recelo al cruzar el puente de Plantina, lóbregamente perfilado por una luna mezuquina. Atrás quedaba Palmarejo, envuelto en el aroma de las piñas procedente del cerro de Don Cheo.

Al llegar al pueblo, los músicos recibieron la interrogativa mirada de Alcides, alistado ya para iniciar su labor como mensajero de la comunidad. La escrutadora mirada dubitativa se debía a que en la pasada noche, noche de fiestas patronales, dos caballitos del circo, inexplicablemente, habían ido a parar a la vía del tren. Ante el arrogante desafío de los inmóviles caballitos, el maquinista, con desesperada insistencia, tocaba pito y campana. Ésta fue una desusada diana que alarmó al pacífico vecindario. Los bohemios pasaron ajenos a la situación: repletas llevaban las alforjas del sueño. Y Alcides, con su aire taciturno de personaje oriental, se marchó a llevar las remesas a los bancos de San Germán. Todavía en la distancia se oía el sonido de su bastón de guayacán al chocar con las lajas.

Momentos después llegaba Goyo Sasa a la tienda de mi padre. Nadie sabe por qué le decían Sasa. Su apellido era Toro y lo había adoptado de la familia Muñoz Toro, dueña de la hacienda San Rafael en el valle de Lajas. En esta hacienda su padre había sido esclavo. En aquel batey oloroso a melaza pasó su mocedad de liberto. Al pueblo lo trajo don Manuel Ortiz, comarcano de San Rafael. Se dedicó a cargarle las maletas a los comisionistas, y en relación con este oficio sirvió de mozo en la cuadra de Figueroa. Diariamente hacía de la tienda de mi padre su primera parada, y entre chofos de alcoholado, tragos de anís y pedazos de salchichón exteriorizaba pintorescas filosofías: «Dios mío, dame paciencia y conformidad; dame un millón de pesos aunque no me des más ná.»

Lo que llevo escrito son visiones que se me escurren por los intersticios del recuerdo mientras ocupó un sitio en el templete

destinado a los lajeños ausentes. Estas visiones son parte esencial del acervo del pueblo. Ellas perviven y se incorporan a las generaciones. Se van acumulando como las arenas en las desembocaduras de los ríos para formar islas. En este día en que el espíritu se nutre de amorosos pasados, estos recuerdos me parecen islas de fantasía. Y cuando las recorro una a una, realizo un itinerario de sueños. Como parte de la inolvidable ceremonia, una mano amiga me entrega un honroso inmerecido certificado. Inmediatamente surge en la memoria mi graduación de octavo grado. Lo que ahora ocurre es como otra graduación, con una diferencia: el que se gradúa hoy es mi lajeño corazón emocionado y la ausencia se desdibuja con la presencia de los abrazos.

Mañana volverá la ausencia, y la idea del regreso será como bienhechora sombra en la intemperie de la distancia.

PUERTO REAL: PUERTO DEL PASADO

El espacio de mar que separa la punta de La Mela de la punta de El Carenero es lo que desde tiempo inmemorial se llama el puerto de Puerto Real. Este guarecido entrante está rodeado de cañaverales. En su playa está la una vez nombrada villa del mismo nombre. Ella alberga una luchadora población compuesta mayoritariamente de pescadores. Por su pericia y arrojo se les conoce en toda la Isla. Con una callada disposición de agrado son, al mismo tiempo, alegres y comunicativos, y, sin renunciar a su innata disposición pesquera, desarrollan actividades agrarias, comerciales y artesanas. Lo hacen para remediar la insuficiencia de la pesca, ahora que sus hijos, en vez de otear el horizonte marino, otean, esperanzadamente, el horizonte de las profesiones. Para ellos, pescadores de mediterránea estirpe, la red sigue siendo escudo de íntima tradición familiar. Hacerse a la mar en la incierta madrugada fría es dura obligación de invariable cumplimiento. Su realización es casi un rito que, a veces, aparece el sacrificio de la vida. A las estrellas confían su rumbo después de musitar, con rústica palabra, una antigua oración marinera.

Hacia el sur, las semialtas tierras de Pedernales, rebosantes de palmares, clausuran la distante vista de Boquerón para abrir la vecina ventana de Buyé. Éste es aromoso paraje de silencio, boscosa ribera donde la transparencia del agua amiga copia las extendidas multiformes ramas de los árboles playeros. En la rocosa inmediación, como perenne misterio inquietante creado por

medrosas consejas, la cueva de Cofresí, escondite de barbados fantasmas curtidos de sol, revive la cruenta jornada pirática de aquel Roberto de brava casta cuya audacia dejó regueros de leyenda en el antillano mar.

Todo Puerto Real está orientado a poniente. En esa dirección está La Charca, amplio refugio para sus barcos en días de tormenta; y perdida en el horizonte, más nube que isla, está La Mona, excelente pesquero, hacienda siempre activa para los obreros del mar. En los atardeceres —poniente en cárdena pompa—, el sol rinde homenaje a esta villa de pasada nombradía. A él se suma el mar, impecable segunda voz en las canciones que improvisa el viento marero y que la noche dulcifica con tonalidades de lejanía.

Ciertamente, este lugar tuvo su edad de oro gracias al puerto abierto al comercio en 1805. Gobernaba la Isla el mariscal don Toribio Montes. La apertura coincidió con la derogación de la medida que exigía autorización gubernativa para la carga y descarga de los barcos, así como con la permisión para introducir máquinas y utensilios de labranza. En esta época las facilidades portuarias eran escasas, pero suficientes para fomentar la expansión de una ya prometedor comarca agrícola, que contaba, además, con productivas salinas en la costa de los Morrillos. Por el puerto llegaron valiosos elementos procedentes de Europa, que prontamente, olvidando su origen, se incorporaron a la naciente comunidad. Todavía sus nombres son conocidos y respetados. A los pocos años de haber ganado su independencia de San Germán, Cabo Rojo perfilábase como una gran ciudad.

En 1813, al constituirse la Intendencia en entidad autónoma gracias a la eficaz gestión de don Ramón Power, fue habilitado, con otros, el puerto de nuestro relato. Se mejoraron las facilidades inherentes a su operación y la aduana quedó instalada. Germinó este valioso logro de la férrea voluntad constructiva de aquel español sensato que se llamó don Alejandro Ramírez, puerriqueño por la filiación del agradecimiento. Era época de ca-

minos malos y escasos. El mar era, sin duda, el más importante medio de comunicación insular. Recuérdesse que los patriotas autonomistas, todavía en 1887, fueron conducidos por esa ruta desde Ponce hasta San Juan para ser encarcelados en el Morro. No obstante esta visible importancia de la navegación, no fue hasta el 1838 que el puerto de Cabo Rojo fue reconocido y clasificado. Ello no se debió a gestiones del gobernador López de Baños, mandatario de turno y, por cierto, esclavista de turbios manejos: se debió a una disposición metropolitana reorganizadora del sistema aduanero.

Dos años más tarde, con motivo de ser relevado de su cargo el mencionado gobernador, llegó a Puerto Rico el general don Santiago Méndez de Vigo, conde de Santa Cruz, nuevo capitán general de la esquilhada colonia. Como sus antecesores, hizo de la promesa tarjeta de presentación. Frente a sus actuaciones el país rompió la tarjeta, menos Mayagüez. Esta adhesión de la Sultana se originó en dos sucesos íntimamente relacionados. Pero antes consideremos los antecedentes.

En 1820 se celebraron en la Isla elecciones para diputados. Electo el mariscal don Demetrio O'Daly, el ayuntamiento de San Juan le instruyó para que urgiera la aprobación de una orden mediante la cual los barcos venían obligados a tocar primeramente en el puerto de la capital. Para justificar esta medida claramente discriminatoria se alegaron dos razones: deficiencia en la administración de las aduanas y el contrabando que campeaba por los puertos de la Isla. En el fondo, lo que había era el propósito de beneficiar a San Juan, ¿a San Juan?, a costa de los demás puertos. El contrabando, en ese desventurado tiempo de irritantes privilegios, era una necesaria actividad para contrarrestar la tendencia monopolística del próspero comercio español. Por esto no debe sorprender que en 1887 se formara la sociedad secreta llamada «La Boicotizadora», que precisamente aspiraba a defender al comerciante nativo frente al privilegio del almacenista peninsular. Tuvo éxito el mariscal y se aprobó la medida. Y, como se

esperaba, empezó la decadencia de Puerto Real hasta su clausura en 1839. La orden fue emitida por la Intendencia. Y fue drástica, pues todavía el puerto servía generales intereses regionales.

Inmediatamente se desplegó actividad para rehabilitarlo, y todo indica que se hubiera conseguido a no ser por el incendio que asoló a Mayagüez en 1841. Méndez Vigo, enterado del siniestro, hizo acto de presencia en la ciudad. Con loable interés organizó, para beneficio de todo el pueblo, lo que podríamos llamar en términos contemporáneos una pequeña Cruz Roja. Como culminación de sus diligencias auxiliadoras en pro de la reconstrucción de la Sultana, el gobernador, de regreso a San Juan, denegó la solicitud para rehabilitar el puerto de Cabo Rojo. En esta forma contribuía a hacer de Mayagüez la más importante ciudad del oeste de Puerto Rico. Así lo veía don Darío de Ormaechea en 1847 cuando al redactar su memoria refiérese a esta ciudad como el posible punto de escala entre la Europa y la América. En reconocimiento de la humanitaria labor realizada, el gobierno municipal dio a la calle principal el nombre de Méndez Vigo. Con el transcurso del tiempo se concluyó que el general no merecía el honor y se le cambió a la calle el nombre por el de don Eugenio María de Hostos. Pero Méndez Vigo había llegado para quedarse. Hostos en aquel entonces, como ahora, era un «ilustre desconocido».

Nueve años estuvo en Cabo Rojo sin puerto. Durante este interregno pasaron por el palacio de Santa Catalina don Rafael Aristegui, conde de Mirasol, y don Juan Prim, conde de Reus. Este último, durante su incumbencia, hizo una visita oficial al pueblo de Betances. Desembarcó por Puerto Real y entró por la calle Comercio. Esta calle llevó por muchos años el nombre del gobernador. Presidió los festejos don Ramón Carbonell, alcalde y paisano del personaje homenajeado. La colonia catalana se mostró muy efusiva. Con catalanes o sin catalanes, Cabo Rojo siempre ha sido tierra de efusión. Dos días duraron las celebraciones populares. Además del consabido banquete, la compañía

filantrópica dramática de la localidad celebró en su honor una función de gala, durante la cual se llevaron a escena la comedia *La fineza del querer*, el drama *El puñal de godo* y el sainete *Los tres novios barbudos*. Estas presentaciones se realizaron en el teatro que actualmente está frente al edificio de la logia. No hay duda de que en los amables paréntesis de las libaciones y en la cordial intimidad de los festejos se le habló a Prim del puerto y de la denegación de Méndez Vigo. Para los españoles, y quizá para los puertorriqueños, es placer especial hacer lo contrario del antecesor en el cargo y de oír, con simulada sorpresa, las censuras que siempre afloran ante el caído. Por la razón que fuere, el militar catalán complació el pedido caborrojeño, y en mayo de 1848, año de la visita, se hizo efectivo el decreto restablecedor del puerto. El momentáneo júbilo hizo olvidar el Código negro, el fusilamiento sumario de El Águila y otros denuestos del autócrata vestido de liberal. «Para gobernar al país —dijo compendiosamente al abandonar el cargo— bastaba con un látigo y un violín.»

Pero los días del conde de Reus en la gobernación estaban contados. La Audiencia Territorial había protestado de sus abusos de poder y, aunque la protesta resultó ineficaz, el gesto subsistió como decoroso precedente. En efecto, no duró mucho la orden rehabilitadora. Nuevamente se cerraba el puerto al comercio del mundo, y el mar dejaba de ser, para Cabo Rojo, camino de vinculadores logros. La orden suprimiendo «el antiguo y frecuentado puerto», como lo llamara don Salvador Brau, la dio, un año después, el nuevo gobernador don Juan de la Pezuela. Las autoridades encargadas de ponerla en vigor se excedieron al cegar la hermosa entrada que se ofrece entre la punta La Mela y el Carenero. Y el silencio —nostálgico reemplazo del éxito— se posó sobre las instalaciones portuarias. Pronto las cubriría la pátina del olvido.

En este Jueves Santo he vuelto al «antiguo y frecuentado puerto». Sus aguas se agitan al paso del brisote cuaresmal,

pero nada altera el recogimiento de la villa. Inactivas, las embarcaciones pesqueras cabecean al rudo sol de la tarde. Para mí, en trance evocativo, tórnase en cargadas goletas que enarbolan a los aires extranjeros pabellones. Sus azotados velámenes traen huellas de huracán. Sobre las activas cubiertas trajinan rubios marineros ágiles. A veces se detienen bajo la sombra que proyecta el toldo del vigía y hablan en una lengua extraña. Por un instante regresa el siglo XIX en el anacronismo de la estampa. Desvanécese el ensueño con la súbita aparición de los alcatraces que, con sus raudas acrobacias, nublan la ilusión rememorante. Sobre la quieta bahía y sobre los verdeoscuros manglares reiteran sus caprichosas aviaciones a manera de muchachescos retozos; casi desacatan la solemne traza de la tarde santa. De vuelta a la realidad, una última visión revive el ensueño: la verde tierra delgada de Guaniquilla adentrándose en un ancho mar verde.

EL REGRESO DEL HERMANO

Fue una tarde de lluvia. En los ojos de las mujeres el asombro se perló de lágrimas, y en los ojos de los hombres la tristeza dibujó la inminencia del dolor. Mi hermano regresaba en el tren de las tres. Se había ido en el tren de las once. Noche inolvidable. Este era el tren de las nocturnas despedidas matizadas por el presentimiento del adiós final. Regreso era victoria que se hacía efusividad en el abrazo de los amigos; era la alegría sencilla de volver a convivir con la gente buena; era el gusto del comentario de las viejecitas que recuerdan.

Mi hermano era alto y tenía los ojos claros, y, como decían las viejas crónicas, murió en plena juventud. Había ido al extranjero a estudiar. No sé si embarcó en el *Carolina* o en el *Dos Brazos*. Murió en octubre, cuando en las aguas taciturnas de los ríos portentosos que flanquean a Nueva York las sombras ya amarataban el vuelo de las aves marinas y el sol serenábase en el oro muriente de los árboles. El frío, callejero y silbante, empezaba sus heladas rondas. En el cielo se ausentaba la luz, y en el cielo de Europa se asusentaba el fuego de la locura. Poco faltaba para el 11 de noviembre de 1918.

Por las calles, todavía cubiertas de relucientes lajas, sus muchos amigos caminaron hacia la estación. En la casa paterna, custodiada por un eucalipto y un jazminero, el padre y la madre, en abatimiento sin nombre, elevaban su mirada a Dios. Y por las calles los amigos convertíanse en pueblo grave y silencioso que

iba a recibir el féretro como cosa suya. Este muchacho le pertenecía desde el día en que se hizo figura conocida. En verdad, su vida augural estuvo bordada con hilos de simpática sencillez atrayente y su sonrisa dibujaba mapas de amistad.

En la iglesia, en la arbolada iglesia donde David era un santo vivo, sonaron los tétricos latines, y en las inmediaciones de puertas cerradas la pena largaba su sombra luctuosa. Todavía camino del viejo cementerio, los latines sonaban como plegaria de gente conmovida. Y los faroles de sus noches andariegas querían ser cirios votivos.

*Si muero,
dejad el balcón abierto.*

Así en verso lorquiano pudo mi hermano haber hablado. Amigo de la comunicación cordial y del encanto de la palabra viva, no tuvo más misterio que el espiritual claroscuro de su discreta intimidad sensible. Y amigo de fidelidad y de esperanza, amó el regreso más que por el triunfo por el abrazo.

Un día — ¡que muchos hace! — encontré en mis búsquedas de ropero un manojito de cartas amarrado con una cinta punzó. Eran cartas de mi hermano dirigidas a mi madre. En ellas palpataba su vida lozana, tanto en el episodio de esperanza como en el de la hora sin ventura. Pero no había amarguras. La amargura nunca nubló su reino claro. En el atesoramiento de estas cartas estaba la sabiduría del dolor de mi madre. A través de ellas veía al hijo alzándose de la niebla en regreso mitigador, como si las cartas tuvieran la gracia de la resurrección.

Esta noche de abril, afinada en el sentimentalismo de la madrugada leve, entreveo la figura de mi hermano en el fondo de la plaza. Ausente el quiosco blanco, lo echará de menos. En el campanario de la cambiada iglesia, la luna deja la plata del plenilunio. Oprime entre sus dedos el aromoso cigarrillo. En sus ojos claros titilan las remotas estrellas. Conversa con César, y Artu-

rito viene a saludar. Después se acercan Jacobo y Mario. Animada es la charla. Por entre las sombras creadas, por las nubes viajeras, pasan las frías ráfagas del misterio.

La visión se disipa; sólo queda el cálido testimonio de la primavera. Y algo más queda: el río de su vida convertido en cauce seco. Ahora las aguas discurren por el hondo cauce del corazón transido de ausencia. Son aguas claras, tan claras como su vida de muchacho muerto en torrente de inicios.

En libretas que no se ponen viejas, su nombre es un apunte, un apunte florecido de cariño: Yuyo.

LAS FONDAS DE MI PUEBLO

Cuando la vida empezó a concretarse en escenas ajenas a la vida familiar y la gente —prójimo hasta entonces desconocido— perfilábase en la variedad de los tipos, comprendí que el pueblo, así desdoblado, era un repertorio de inéditas cosas interesantes. Recuerdo que entre las muchas que llamaban mi atención, las fondas ocupaban prominente lugar. En nada se diferenciaban de las demás casas terreras. La misma sala, el mismo comedor, la misma cocina. Algunas tenían disponibles uno o dos cuartos. Estas facilidades, en tiempos de arbitrarios traslados, brindaban a maestros y empleados temporero alojamiento, y también al visitante que el tren dejaba por razón de imprevistas demoras. Otras veces resolvían problemas de deshora causados por la efusividad de los encuentros o por nuevos amores alentados por la silenciosa penumbra de los balcones.

Consecuentes clientes de las fondas eran los comisionistas, los piqueros y los artistas de las compañías de variedades, sin excluir a los del circo. Los comisionistas y la mayoría de los tipos faranduleros se quedaban de un día para otro. Pero los piqueros se hospedaban durante las fiestas patronales. El piquero era personaje de leontina cruzada sobre la redondez del vientre; en su boca, casi siempre abierta en ladina sonrisa, brillaba el presuntuoso complemento del puente de oro, y en un lado de los ennegrecidos labios el humeante cigarro alardeaba contenta prosperidad. Chillante el color de sus camisas humilladas por los colo-

rines de la ancha corbata, más lo era su aire de magnate que delegaba los subalternos oficios. Todavía la ruleta tenía la plumita indicadora del número ganador. Y cuando en noche de extraordinarios aciertos alguien amenazaba con tumbar la pica, mordía con impaciencia el agónico tabaco y sacaba, con arrogante gesto, la «paca» de billetes para retar a la triunfante suerte.

Acompañado de sus muestrarios de cuero, el comisionista viajaba en tren. A caballo hacia el recorrido de las rurales tiendas. Correctos y bien vestidos, una sola concesión hacíanles al calor de los soleados campos: desabotonarse la chaqueta. En cuanto a la corbata, su nudo permanecía intocado en la blanca juntura del cuello duro. Y desde el amanecer hasta el anochecer estos caballeros del comercio dejaban, a lo largo de los caminos, los jirones de una época que desaparecía.

Todos pernoctaban en las fondas, menos los gitanos que aparecían de vez en cuando. Los gitanos pernoctan al aire libre. Al aire libre siempre pernoctó su alma plena de conjeturas y adivinaciones. Aunque en mi pueblo no eran artistas de pública función, sí lo eran de antesala. A las damas les leían la buenaventura y, tras los vivos colores de sus exóticas vestimentas, escondían los hurtos que mágicamente realizaban, mientras la víctima disfrutaba del trance adivinatorio. ¡Simpaticos pillos estos gitanos que animaban la lánguida vida de los pueblitos!

Pero pública era la actuación de los artistas de la guitarra y el canto. Era el tiempo bueno del bolero sentimental. Todavía la generación le hacía condescendencias a la danza, tan dolorosamente olvidada hoy. En el pequeño teatro caluroso se apiñaba entusiasmada la gente de pueblo y campo. Los aplausos resonaban nutridos. Y ya próximo a pitar el tren de las once, terminaba el acto. Los espectadores salían a la calle con la nariz cubierta. Protegíanse de un frío airecillo que ya soplaba del vecino lomerío. Se alegraban las calles y los negocios se colmaban. Vendidas las últimas horchatas y encendidos los últimos cigarrillos, el silencio empezaba la reconquista de su baluarte. Señal de triunfo era el

sonido del retén policíaco. Después, cerradas las casas, apagadas las luces y recogidos hombres y muchachos, sólo se oía, en la distancia de Pueblo Nuevo, el rasgar de una guitarra requedada, melódica expresión del culto al misterio de la madrugada bohemia.

Hablemos de las fondas en particular. Muy frecuentada era la llamada de Elisa. Rancho era su esposo y era en verdad la figura saliente. Durante largos años residió en Santo Domingo. De allá trajo ademanes gentiles y agradables cortesías que le convirtieron en apoderado comunicativo. Elisa, la esforzada compañera, había sido, sin embargo, la autora de la buena fama del negocio. La fama la hizo con la destreza de sus manos guisadoras. Rancho, innatamente generoso, lo era con conocidos y extraños. Los piqueros lo preferían, al escoger su fonda, por su don de gentes, siempre aderezado con sus relatos, ancha calle por donde discurría su personalidad de hombre de tratos. Darle crédito a un piquero era arriesgada concesión. Rancho lo hacía porque, decía él, «el crédito es moneda que sólo circula entre los pudientes. Hay que concederlo a los que nada tienen. Si no paga ahora, pagará el próximo año, a menos que no se celebren las fiestas de la Candelaria». Así decía con su voz casi risa, y agregaba su consabida frase: «¡Qué de cosas!»

La de Matilde estuvo en dos o tres sitios, y tenía la condición especial de servir comidas a domicilio. La recuerdo por primera vez cuando estuvo ubicada cerca de la botica de don Arturo. Eran los primeros años de la era trujillista. En ella se hospedó una noche un intelectual dominicano de apellido Guerra, que se iniciaba en la penosa ordalía del destierro. Había dictado una conferencia, y antes de retirarse platicamos en la desierta plaza. Adentrada la madrugada, nos llegó, de la panadería de casa, el olor a pan caliente. Y el dominicano, con gracia, recitó un poema en que el pan era emotivo tema. La segunda vez, recién llegado de mis estudios de Derecho, la encontré cerca del viejo Hospital. Matilde me extendió acogedora sus manos atarea-

das, y en el cariño de la bienvenida vi viajar, por las aguas intranquilas de sus ojos, el velero de la muerte.

A la salida para Palmarejo, en terrera vecindad con la calle, estaba la fonda de Deogracia. Era Deo —así la llamaban— mujer de voluminoso porte y expresión candorosa. Situada en plena calle Unión, patrocinarla era gusto del que por allí transitaba, especialmente de los chóferes de la ruta. A la hora de las comidas, el júbilo olor de los guisos detenía a los peatones, y Deo, fingiendo enojos, los mandaba a seguir camino. Cocina adentro, con su risa rotunda, paladeaba la admiración callejera como íntimo guiso para su vanidad de cocinera.

Por la misma salida hacia Palmarejo visité, no hace mucho, la única fonda que sobrevive en estos días de cafeterías, días en que la abundancia de la prosperidad empobrece los rendimientos del espíritu. Como antes, está cerca del puente que salva la quebrada que ya no existe. Es la fonda de Victoria. Ella me conoce de siempre y, detenido el tiempo por la dulzura de sus manos de melaza, sigo siendo niño. Me senté en el comedor y, como era pasada la cena, me abstraje mirando las brasas de las hornillas, última lumbre del rescoldo.

«¿Sabes, Victoria —le dije sin volver la mirada—, que si ahora oyera el triste pito de un tren lejano me consideraría en plena juventud?» Nada respondió. Su silencio fue un fluir de recuerdos que devolvieron el agua a la seca quebrada. ¡Quebrada de mis mocedades, hoy eres casi camino, pero más que servidumbre de código, eres servidumbre de nostalgia!

LA CRÓNICA DEL REGRESO

Cuando crucé la frontera del Niágara, encontré un Buffalo de frialdades insospechadas. Ciudad de fábricas y de viejas casas renegridas, prefiero, al pasar por ella, recrear la imagen de las cataratas. En torno a ellas se han urdido varias leyendas. La leyenda es lírico afluente del río de la historia. Sobre sus aguas cabalgan misteriosas fosforescencias que sobrecogen y cautivan. Una dice que los indios, temerosos del espíritu que dominaba las aguas, le ofrecían, año tras año, una bella joven en una canoa llena de frutas y golosinas. Este hermoso regalo sacrificial era recibido por la espumosa tumba de las cataratas. La belleza cobriza de la india se hacía trágica belleza blanca bajo la acción de las pétreas cuchillas corriente abajo.

Al fin dejo atrás el cielo oscurecido por el humo de las fábricas. Mi última mirada se posa en un caserío de obreros cercano a un cementerio donde los niños juegan ajenos al gran misterio que habita en ese recinto de cruces. El campo, en un logro de pureza, se adueña de las perspectivas. Y prontamente empiezo a internarme en la región de Genessee, con sus lagos simulando dedos. Perdidas en la distancia quedan las comarcas del San Lorenzo y de las Mil Islas. El valle Mohauk, rebosante de rememoraciones indias, se convierte en despejada antesala de las tierras de Adirondack. Aquí los tupidos bosques de pinos y de cedros, rodeados de cascadas y de innúmeros arroyuelos, llenan el espíritu de arcadiano arrobo.

Ahora, camino del sur, las montañas Catskill se nos borran

como un sueño irrealizado. Ya presentimos la inminencia del Hudson, histórico río que también poetiza estos confines como antes lo hizo el Ottawa en el sector del canal Rideau. La esclarecida estirpe del Hudson lo une a los fastos de la independencia americana. Este río es, sin duda, un personaje histórico que no ha desaparecido de escena. Sus aguas inmortales han asistido al nacimiento y a la formación de un pueblo que consagra su fuerza a la defensa de esa gran espiritualidad que es el derecho. Y al final el Atlántico: azul recipiente que recoge las caudalosas corrientes que atraviesan el norte de Nueva York para hacer de los fértiles valles paraísos presididos por la poesía de los contrastes.

La llegada a Nueva Jersey nos deja ver en la inmediata proximidad los rascacielos. Nueva York nos sale al paso con su cara tiznada y sus brazos de hierro. Experiencias variadas en el seno de esta ciudad, encuentros cordiales y la renovación de amistosos afectos han hecho de los días momentos deleitosos. Estos amenos joljorios han engendrado optimistas reflexiones. Y así, Nueva York ha dejado de ser un mundo extraño, de toscos perfiles y brutales ademanes para convertirse en amable residencia de cordiales resonancias. Se apodera del recuerdo Long Island: umbrosa región llena de los encantos del mar, de los lagos y de las arboladas sendas. Y lejos de la efervescencia metropolitana, instaura un régimen de sosiego que culmina en bucólica gracia. Allí sus tierras, al conjuro del agrario aliento, conviértense en abundosos jardines donde la ternura de los verdes invita al olvido de las estrepitosas complicaciones. Es como si lo absurdo perdiera su hegemonía por unas dulces horas.

Un martes de julio —plenitud de canícula— inicié la final jornada sentimental. Durante muchos años había deseado regresar a Washington. Ahora lo lograba, y mi pensamiento se daba a la tarea de destelar recuerdos. Tras un viaje sin alternativas nos encontramos en sus intermediaciones. Mi mirada escruta los lugares en inútil afán identificador. Las transformaciones han sido radicales. He pensado si de Washington sólo quedará para

mí la realidad de sus estatuas y monumentos, formas inmutables de consagración justiciera. Sus voces llegan hasta mí, pero no así la voz de las calles y de los parques, que es imperceptible musitación. Me abandono a la idea de que este viaje hasta ahora ha sido en vano. Y con ánimo resignado me dejo aturdir por la inexpresiva aparición de sus contornos.

Ya en el centro de la ciudad siento que dentro de mí empiezan a movilizarse los mil resortes de la alegría. Las marmóreas blancuras de los edificios, los nombres familiares de los teatros y de las calles, el Washington Monument y, finalmente, la súbita aparición del viejo carapacho del «Burlesque», donde hace tantos años estrené pecaminosas curiosidades, me hacen sentir, al fin, que estoy en el Washington de mis años mozos. Sólo echo de menos la floración de los cerezos japoneses a orillas del Potomac. He llegado un poco tarde.

Instalado ya, he salido a pie a recorrer calles y avenidas. Los museos —severas clasificaciones de lo artístico— no forman parte de mi itinerario espiritual. Las huellas, que creía perdidas para siempre, han ido apareciendo, y una extraña locuacidad se apodera de mí; me siento como un padre que en medio de densa niebla fuera encontrando a sus hijos. Pero el tiempo no pasa en balde. Hoy lo que he hecho es caminar sobre las cenizas del recuerdo; la locuacidad se convierte en meditativa tristeza, y las esperanzadas lontananzas del espíritu se aletargan bajo la frialdad del pasado.

Miro hacia el Potomac. Sus aguas silenciosas recogen los dorados reflejos del atardecer. Me parece ver entre las ondas los rostros felices de mis amigos estudiantes. Eran los tiempos en que nuestros pasos sólo dejaban ecos de alegría. Después la vida nos hizo serios y tristes. Hoy este río amigo me inicia en la ruta de los recuerdos buenos. Un recuerdo bueno es aquel que alegra y entristece al mismo tiempo. La alegría es sol de llanura; la tristeza es sombra de montaña.

Revivo a lo gozoso del viaje tras una amena visita a los

callados pueblitos de Virginia. Virginia es un mundo donde la historia aflora en las fachadas de las coloniales estructuras y la naturaleza nos da el regalo de sus bosques rumorosos. Mi objetivo es Mount Vernon: plácida estancia donde el general Washington descansó de las fatigas de los cruentos combates y donde descansó, a la postre, de las abrumadoras fatigas de la gloria. En esta mansión, llena de ribereños silencios, entró un día a ese imperturbable remanso que es la muerte. Está situada en una cúspide, desde donde el ancho discurrir del Potomac es un cursillo de filosófica cristiandad. Es además esta blanca casona símbolo de una sagrada herencia nacional. En ella encontré la flauta del general. ¿Quién diría que este enérgico hombre de bélicas disposiciones terminantes fuera un amante de la flauta? La flauta, instrumento de musical confianza, se hizo para los tonos menores del claroscuro. A Washington sólo lo concebimos en la arena de las marciales contiendas. Sin embargo, la vida nos demuestra que el hombre tiene un recóndito lugar donde se despoja de las ostentosas charreteras para revelar su sensibilidad soñadora. Entre otros objetos de interés vi, además, la mesa en que Washington y Lafayette jugaban a los naipes durante las largas veladas invernales. Lafayette fue un asiduo de Mount Vernon. Aquí, como en todas partes, conoció la admiración agradecida de un pueblo abatido que vio en su valerosa espada la esperanza que se hizo gloriosa realidad en Yorktown. Por eso es propio recordar ahora sus proféticas palabras: «Íntimamente unida a la felicidad de la familia humana está la suerte de América, destinada a ser asilo seguro de la virtud, la tolerancia y la libertad tranquila.»

Mientras deambulaba por los concurridos salones de Mount Vernon, sonó el pito del barco surto en la breve ensenada. Era hora de regresar. Camino del muelle me he detenido reverentemente ante la tumba de sus antiguos moradores. Por vez primera surge ante mí la figura de doña Marta, la hacendosa esposa. La tumba es sencilla e impresionante. Está construida en los mis-

mos terrenos que con tanta dedicación cultivaron. En aquellos tiempos el patriotismo nacía de los surcos. Los grupos nos pasan animadamente, los seguimos y prontamente estamos a bordo. Ahora nuestro regreso es un lento navegar. Caducos fortines rememorantes de la guerra fratricida aparecen a las riberas del río, donde el verano exhibe sus permitidas tandas de sol.

La fluvial excursión ha durado más de dos horas. Reina la luz en la tarde cuando desembarcamos. La ciudad queda distante, pero hemos preferido caminar. Al hacerlo, sus hálitos me envuelven amigablemente. Me reconoce y me extiende sus cordiales manos amigas. Me he retrotraído en el tiempo, y mis pasos me traen el eco de mi primera juventud. Por entre el florecido follaje, las postreras claridades me permiten ver la cúpula del Capitolio. La noche hace visible su presencia en las aguas del río, y el cielo palidece con temor romántico. Al sentir de nuevo la vitalidad de sus calles, recién iniciadas las sombras, he pensado que algo de esta ciudad ha ido a morar en mi corazón. En ella dejo, en cambio, mi emoción de esta tarde, nacida de mi encuentro con el ayer.

Mi regreso a Puerto Rico fue auspiciado por un cielo sin nubes. Para la gente somos dos pasajeros que desembarcan en medio del ruido de los motores y la confusión de las maletas. Firmes ya sobre la tierra puertorriqueña, Gloria y yo nos miramos. Desde lo profundo del corazón surge una soleada seguridad: somos dos seres indiscutiblemente felices.

RECUESTO DE LA INVASIÓN DE GUÁNICA

(Los pequeños personajes)

Murió don José Ortega y Gasset, el escritor que enmarcaba sus agudas reflexiones en prosa de sonora maravilla, sin ver realizado uno de sus caros anhelos: la europeización de España. Pero vivió lo suficiente para ver al europeo españolizarse en ese alto vivir ajeno a las realizaciones de la eficacia industrial y tecnológica. Vivir de grato idealismo sin sombra de necio progreso, vivir de airosas modestias hechas de ingredientes de patria.

Es que España ha penetrado la sensibilidad contemporánea. Y lo ha hecho sin estrenar lemas sensacionales. Todo ha sido cuestión de ofrecer lo mucho que tiene envuelto en un gesto amigo. Por eso, año tras año, el europeo y el americano reiteran el itinerario: los primeros, franqueando la puerta pirenaica; los segundos, la puerta atlántica. El que esto escribe también ha sentido el encanto de las comunidades hispánicas. Ya en Puerto Rico el recuerdo de mis días en España me llega con renovado colorido. Y me nace el deseo de comentar evocadoramente la invasión del 98 por lo que tiene de brusca interrupción del fluir de la vida española en la vida puertorriqueña, por lo que tiene de dramático suceso ordenador de despedidas.

Me asomo al suceso, pero sólo quiero enfocar a los pequeños personajes, esos que se quedan en la calle de la tradición pue-

blerina sin subir las escaleras de la historia oficial. Para ellos la invasión fue ruido de armas sin epopeya y, después, esperanza que viajó en ampulosas proclamas. Llenos de asombro y de esperanza, vieron convertirse en realidad el vaticinio clandestino que hacía meses corría de boca en boca, vaticinio que había nacido en la secretividad de las trasboticas y en el protegido ambiente de las antesalas hogareñas. Y un día, en que se desconocía el paradero de Mateo Fajardo, de Mattei Lluberías y de Lugo Viña, desembarcaron, hablando extraña lengua, los rubios invasores. Pronto empezó a sonar el nombre de Lutero, hasta entonces sólo conocido por las cultas minorías; y también la mágica palabra *Habeas Corpus*. Palabra y nombre bosquejaban el rumbo de los nuevos tiempos, rumbo que marginaba al puertorriqueño y convertíalo en indecisa criatura expectante.

Fue por Guánica. Todavía San Ciriaco demoraba sus ráfagas de inseguridad. Su bahía se formó cuando dos montes que caminaban para juntarse, ya próximos, se detuvieron para dejar pasar el mar Caribe. Entraron sus apacibles aguas verdes y, virando a la izquierda, crearon la ensenada. Las que siguieron hacia el frente fueron detenidas por la llanura, donde el 25 de julio de 1898 se levantaba el poblado, barrio entonces de Yauco. Y las que se refugiaron en la margen derecha se limitaron a observar, admirativamente, cómo la playa convertíase en bosque de sonoras ramas. Un poco más arriba, siguiendo la curva del litoral, el faro, sostenido por doradas rocas, perfilaba su gris silueta. Abajo, el acantilado, ahuecado y deforme, parecía una ruina de laberintos que el mar, con sus blancas rompientes, llenaba de espumosas claridades. Afuera el aire era pródigo salero.

En este faro estaba Robustiano Rivera, el torrero puertorriqueño, en la madrugada de la invasión. Todavía el alba era vaporoso presentimiento. Pero con la creciente luz el torrero no quería dar crédito a lo que sus ojos veían. Se los restregó para abatir la última presencia del sueño y se caló el catalejo. Al otear el horizonte marino, lo encontró casi copado por buques de gue-

rra. Trece eran. Rápidamente notificó a las autoridades de Yauco. De estos barcos, doce quedaron fuera del puerto, que, por ser cerrado, no permitía su visibilidad.

Sólo uno enfiló el canal y se situó en medio de la desierta bahía. Se trataba del *Gloucester*. Antes había sido yate de placer del millonario norteamericano J. Piermont Morgan. Al ahora iniciarse en las bélicas contiendas, arriaba la insignia de Baco para izar a los vientos la insignia de Marte. Este día el país disponíase a festejar al apóstol Santiago, patrono de España. Todavía no habían hendido el aire mañanero los cohetes celebrantes, cuando los marinos, ya soleados, desembarcaban en tierra guaniqueña. Pero no todos. Veintiocho realizaron la operación. El punto de desembarco lo fue un pequeño muelle que estaba frente a la casa del cabo de mar, Vicente Ferrer, español. En esta casa flotó a los aires, por ver primera, la bandera de las franjas y las estrellas. Hasta ese momento no había sonado un disparo. De pronto las balas silbaron sobre la cabeza de los atareados marinos. Disparaban los guerrilleros de caballería al mando del teniente español Enrique Méndez López, y lo hacían parapetados en las últimas casas a la salida para Yauco. Once eran los guerrilleros que repelían la agresión invasora, sin pensar en la superioridad de la fuerza enemiga. En la eternidad de sus bellas absurdidades, Don Quijote cerraba los puños.

Contestaron los cañones de *lGloucester* desde la bahía y los rifles de los marinos, interrumpidos en la gozosa tarea de izar la bandera. Ante esta situación los españoles le aflojaron las bridas a sus cabalgaduras y cogieron el camino de Yauco, desdibujados por la caliza polvareda. Los desembarcos continuaron hasta el mediodía. A esa hora el ejército sustituyó a los marinos. Restablecida la calma, hicieron acto de presencia ante las autoridades don Juan María Morciglio y don Agustín Barrenechea. Don Juan era el práctico del puerto y ofreció sus valiosos servicios. Don Agustín, vizcaíno, era el comisario de barrio, hombre de general simpatía. Éste convino en seguir ejerciendo su atuari-

dad. Como precaución de orden y respeto pidió una bandera grande. Le fue suministrada. Esta bandera, sin huellas de pólvora, estuvo en poder de su viuda por muchos años. Se llamaba doña Monserrate Díaz, para nosotros doña Chata, amiga de mi madre. Recuerdo haber visto esta histórica enseña en los días venturosos en que visitábamos a esta noble familia. Ya don Agustín había fallecido, pero su recuerdo seguía presidiendo la amplia casona pintada de blanco y cercana al apacible puerto.

Nada se sabe de la arriada bandera española. Ernesto Juan Fonfrías dice en «Raíz y Espiga» que con ella fue arrojado el cadáver del valiente José de Alisal, muerto defendiendo la causa de España. Es una pena que esta versión sea mera ideación poética del fértil Ernesto Juan. La verdad es que, al ser vencida, el olvido la reclamó como una reliquia más para su sala de mustios trofeos. Sólo la podrán rescatar los corazones que aman a España como madre de fecundo espíritu creador, madre inocente de las hirientes culpas de los malos gobernantes coloniales.

Otra fue la suerte de la izada triunfante bandera. Rodeada de respeto y admiración, constituyóse en símbolo de la nueva soberanía. De momento, sin embargo, el único puertorriqueño que la vio flotar fue don Simón Mejil, vigoroso hombre de color que se dedicaba a construir barriles. El maestro Simón —así se conocía a este humilde hijo del pueblo— había permanecido en su casa mientras la población se dispersaba en busca de protección. No otra cosa podían hacer los habitantes de un puerto sin defensas ni guarnición. Se acogió a la bandera el maestro Simón, y los americanos le nombraron jefe de policía, posiblemente el primer jefe de policía de Puerto Rico después de la invasión. A sus órdenes quedaron Pascual Elena, Salvador Muñoz y Cornelio Serrano. Sus macanas le bailaban en el gustoso asombro de los ojos recién abiertos a la autoridad.

La noticia de la invasión se difundía por los pueblos circunvecinos. En Sabana Grande, San Germán y Lajas las personas de prominencia preparábanse para visitar la escena del extraordina-

rio suceso. Se temían represalias contra la odiada guardia civil. Yauco era ciudad de bullicio y actividad. A cada rato la gente iba a la estación del tren a ver los refuerzos que nunca llegaron. Los corsos habían bajado de sus altureñas haciendas de café y, amigos de cantar *La Marsellesa* y de izar el pabellón francés a la primera oportunidad, se aprestaron a enarbolarlo en el balcón de sus residencias para significar su neutralidad. En Lajas, el viejo Paganacci, mi abuelo materno, creyendo que los americanos pasarían por ese pueblo, había hecho otro tanto en lo que es ahora colmado de Figueroa. San Germán, mientras tanto, era silencio que se hacía palabra en la tribuna de Santa Marta, montículo de libertad.

Sin cabal acuerdo y sin suficientes tropas, los españoles se aprestaron al ataque al día siguiente, 26 de julio. El encuentro —cabal escaramuza— se efectuó en el llano donde estaba emplazada la Hacienda Desideria, casi en las riberas del río Loco. Desde la cercana loma donde se levantaba su campestre retiro, don Ventura Quiñones, conocida figura comarcana, oyó los primeros tiros coincidentes con el ordeño. Tras breve combate de esporádicos tiros, se retiraron los españoles. Muchas serían las retiradas de ahí en adelante: la de las lomas de Silva en Hormigueros, la memorable del Guasio, entre San Sebastián y Lares, y la conmovedora de Coamo, efectuada después de caer, honrando el prestigio de la muerte, el comandante Rafael Martínez Illescas. España se iba; Estados Unidos llegaba.

El 13 de agosto llegó a las trincheras del Asomante, montañoso reducto de la última defensa, la noticia del armisticio. Diecinueve días habían durado las operaciones de guerra. Nadie lo hubiera pensado en los días optimistas de abril, cuando, decretada la Ley Marcial, un pelotón de aguerridos soldados recorría los municipios, a tambor batiente, dando a conocer, en la voz del pregonero, el bando oficial. Este impresionante recorrido atraía la gente como si de un espectáculo se tratara. Las aglomeraciones y los comentarios que sobrevenían animaban la lánguida vida de

los pueblos, y el tedio, herido por la marcialidad de los tambores, ocultaba su cara cenicienta. Pero ya eso era pasado. Ahora los pueblos se animaban con los vítores al vencedor. A su paso por los caminos y atrechos, el campesino, siempre indiferente a las cosas públicas, enderezaba el cuerpo con animada curiosidad, y por un momento, quitada su mirada del surco, saludaba con su pava la nueva bandera. Para este hombre rural, apocado y enfermo, el suceso representaba una mera alteración de su abrumadora rutina. Después, esfumados los ecos marciales, la mirada, como siempre, volvía al surco. Allí estaba su única esperanza, casi una bandera hecha con el sudor de su pálida frente. Y en Ponce, Fajardo, Mayagüez y Guayama las tropas de ocupación se preparaban para el acto decisivo del cambio de soberanía. Éste se efectuó el 18 de octubre. El despliegue e izamiento de la bandera del vencedor llenó el ambiente de emotiva solemnidad. Pero al realizarse esta impresionante ceremonia, el pabellón oro y gualda no fue arriado, evitándole así al vencido la amargura adicional de ver sustituida públicamente la enseña patria. Los mismos españoles lo habían hecho la tarde anterior cuando sonó en los castillos el crepuscular toque de retirada —el último en tierra puertorriqueña.

Las últimas tropas españolas fueron repatriadas el 23 de octubre. Embarcaron en el transatlántico *Montevideo*. A bordo iba el general Ricardo Ortega, trágica figura de vencida mirada. Custodio del honor español, también custodiaba en este angustioso regreso la caja de cedro que hábale entregado don Ángel Rivero Méndez, contentiva de las batalladoras banderas de San Juan. La capital los despidió con ese silencio respetuoso que en los grandes momentos denuncia la emoción contenida. San Cristóbal, la vieja fortaleza nostálgica, disparó la despedida de sus cañones; y también tuvieron otra despedida, ésta, muda: la de las centenarias murallas del Morro, bravo bastión que seguía depositario de la gloria que un día ganaron Puerto Rico y España. Ya mar afuera, la Isla se les perdía como una ilusión rota y sangrante.

En la Isla quedaba, rodeada por el amargor de lo incierto, la autonomía, postrer testimonio de las ahora extintas relaciones con España. Vigente desde el 12 de febrero de 1898, su implantación no había suscitado en el pueblo el orgulloso júbilo que caracteriza la conquista de los grandes derechos. Y así tenía que ser, porque llegó cuando ya enronquecían las próceres voces clamantes. Se le daba la libertad a un pueblo a dos pies del abismo de la guerra. Ella representaba, no obstante, un reconocimiento de la capacidad puertorriqueña por un régimen español de dudosa capacidad. Aparte las controversias, la autonomía convirtiéndose en fuero enaltecedor del país. El cambio de soberanía significaba su muerte. Y murió abatida por un militarismo benévolo. El prestigio democrático de Estados Unidos evitó el coro de lamentaciones. Y no fue atendida la sabia palabra previsoras de Hostos. Puerto Rico, cansado de arbitrariedades, buscaba fin a su penosa ordalía. Y los tiempos, llenos de resonancias libertarias, convocaban la confianza del hombre puertorriqueño, históricamente negado. Nadie hubiera creído que lo que empezaba era el drama de una nueva vicisitud.

HORMIGUEROS

La sacrificial subida de rodillas, lenta, acerba, hasta llegar al al último peldaño de la empinada escalera, la efusión de la sangre en el enladrillado repecho, el triunfo del silencio sobre los ruidos pueblerinos y el comunicativo acercamiento de los penitentes encaminados a la devoción de la virgen de la **Montserrat**, abrevian la distancia que separa al hombre de ese reino inspirador que es la Providencia.

Sobre un montículo de milagroso linaje yérguese el santuario. Muy cerca, en una lateral elevación, está la casa de los peregrinos. En este domicilio evocador del tiempo conventual pernoctaban los fieles en los días en que las dificultades de los caminos casi equivalían a peripecias de aventura. Eran los tiempos en que el tren, siempre en trance de demoras, llenaba la feraz bajura con la alarma de su raudo cruce.

En las noches se iluminaban las pequeñas estaciones desde **Filial Amor** hasta la población. La gente bajaba de los vagones con sus bártulos. Y nunca faltaban los niños de cabellos largos y ojos soñolientos traídos por las creyentes madres. Ya humilladas ante el altar, los ofrecían, en súplica de salud, a la misericordia de la venerada virgen. Habían recorrido encharcados senderos y cruzado la tiniebla de los misteriosos recodos. **Hormigueros** era la meta, y el cansancio de los romeros era la primera ofrenda a la trigueña señora celestial.

No hay que viajar a Lourdes ni a Fátima para sentir el estre-

mecimiento que suscita la fe del creyente. La gente sencilla de nuestro pueblo es la que más cabalmente siente y vive la dulce idea de que María madre y Jesús hijo nos protegen con la sombra de su redentora eternidad. Estas peregrinaciones son fiestas de renuncia para cumplir el voto gozoso de las promesas. Y juntas las voluntades en esta solemne ocasión, insularízase el sentimiento vertical de la entrega a los símbolos salvadores.

Al norte del pueblo, presidiendo el fervor del día consagratorio, el cerro de las Mesas reúne los vientos. Al sur, la bajura de Montegrande se abre en caminos que forman la ribera del río Estero. Es denso el tránsito. Pero también abundan los caminantes. Y es que a Hormigueros, el día de la Monserrate, hay que llegar a pie. Así se llegaba a Santiago de Compostela en los días de las enfervorizadas romerías. Los que caminan llevan en el alma el goce de los evangelistas. Y los lugares son visiones bíblicas.

Hormigueros, horizonte de quietud reparadora, es también reducto de fe puertorriqueña. En el culto de su bella tradición no hay complicaciones eclesiásticas ni teológicas. Nunca los lúgubres latines le restaron transparencia a los excelsos oficios del día de la Monserrate. En su alabanza siempre ha habido piedad y alegría. Y es tan del pueblo el amor a esta virgen que siempre me ha parecido que la Monserrate pertenece a todas las religiones.

En la vecina ciudad amiga de Mayagüez, el Estero, tu comarcano río, se llama Guanajibo. Cuando las crecidas lo desbordan, penetra en el cuerpo verde de la bahía como una roja puñalada. Tú, Hormigueros, penetras en el espíritu puertorriqueño como una fragante ráfaga de evangelios.

EL MONTE DEL ORÉGANO

Éste es el monte insigne del suroeste. Tiene un espejo para mirarse: la laguna de Cartagena. En sus riberas termina el valle de Lajas. Después el paisaje se estrecha hasta formar un cuchillo que se entierra en el costado de Boquerón. Para venir a rematar a este paraje de húmedos verdes, el valle ha caminado, desde el guaniqueño Caño de los Negros, con tranco de soledad. Una sola compañía ha tenido al pasar por la bahía de la Montalva: el recuerdo de Betances y Ruiz Belvis. Una ilusión ha tenido: la formación de lluviosas nubes sobre el confín de Lajas arriba.

Esta laguna le alivia de sus soleados empeños y de su viacrucis de sequía. Hay un mes en que empiezan a llegar extranjeras aves. Es la periódica migración de estos alados turistas que aún ignoran la acechanza del cazador. El cazador no sabe que matar un pájaro es matar una palabra de Dios.

Monte de anchas laderas y enhiesta cima, le cubre un purpúreo resplandor. Nace de una pequeña flor ovalada. Tan aromática y tan casera que es ingrediente de la definición de Puerto Rico. La púrpura vivaz de sus tallos erguidos abrevia la lontananza y distrae la mirada de la azulidad del cielo.

La rojez del orégano frutecido no es la única causa del resplandor que singulariza su belleza paisajista.

También ayuda a formar lo su arcillosa tierra, visible a través de los velos de la distancia. Hoy, en este recorrido de municipal deleite, aparece el monte cubierto por blancas nubes

quietas. Esta roja arcillosa tierra, sin frutos de gozosa cosecha, decorativa y elemental, vive la jornada del viento azotador, la jornada del sol pulidor y vive la sosegada caricia de la lluvia redentora. En esta comarca, los verdes, prestos a nacer al conjuro de leves lluvias, parecen más bien flores de ausencia. Surgidos, su joyante fuerza es verde fuego que sólo suaviza la opulencia crepuscular. La mano escultora de la lluvia y el viento ha dejado en su cara un perfil de lajeña tradición.

Vírgenes sus obras, sobre ellas cae la sombra dolida del tiempo. En noches de calmado rielar de estrellas, llegará, mansa y filtrada, la canción del mar insomne. También se oirá la vibración del difunto violín que dejó en las riberas de la laguna un legado de vals azules. Entonces, las flores silvestres que habitan en los húmedos solares de las rocas penumbrosas unirán su aroma a la tristeza de las viejas canciones. Yo recordaré las flautas y las mandolinas de mis hermanos. En la cima del monte, que nos vigila con su mirada de púrpura, los pájaros, libres del miedo de la muerte, seguirán cantando en la rama inmortal del viento.

YAGRUMOS Y NIEBLAS

*A mi amigo y colega Alfonso García
Martínez.*

En la alta colindancia entre Caguas y Cayey el barrio Borinquen aspira a perímetros de cielo. El lomo de la cordillera es carretera que, en interminables ascensos, enlaza abismos. En su cima los roquedales son filtros de aguas pensativas. Y mi ascensión me lleva a recordar aquella vieja canción que decía que para subir al cielo se necesitaba una escalera grande y otra chiquita. No llegaré a domiciliarme en la celestial región, pero a ratos imagino que ése es mi rumbo. Tal es la duración del repecho.

Rojos farallones y tupidas espesuras ocultan el valle del Turabo. Ahora son hondos desfiladeros de inextricable vegetación los que dramatizan el paisaje. Por todos sus lados aparecen comienzos de caminos creados por la planta laboriosa del campesino. Por ellos él va a los puntos cardinales, bien a la tarea del desmonte o a la tarea de la siembra. Ellos también conducen a las carboneras. El lento azul humo que en arbitrarias espirales sube al espacio es el aliento entrañable de la tierra. Las laderas destinadas a carboneras son rojas tonsuras.

Estas veredas se hacen a fuerza de caminares. Y hombre de tierra honda, el campesino se levanta con el sol y con el sol se acuesta. Por eso tiene la gracia del Espíritu Santo. La maduración de los frutos es jolgorio del corazón. A la vida lo une un

cordón umbilical: el surco. La tierra enrumba su vida y, cuando jura, dice así: por estos ojos que se comerá la tierra.

A media jornada, entre palmas de sierra, caimitillos y tecas, el bosque de Guavate se duerme sobre almohadones de niebla. Los tecas encandilan la evocación. De sus aceitosas maderas se hicieron los osados carabelones que España lanzó al mar de las Tinieblas en los tiempos en que América dormía en la falda de la Providencia. Al salir de los umbrosos pasos, la luz despeja la inmediatez para perfilar un bosque de yagrumos embetunados de sol. Es un verde que brilla con pretensiones de permanencia. Pero ya vienen las ventoleras del mediodía, y los yagrumos —símbolo de inconstancia— amanecieron predicando conservadoras ideologías para después convertirse en exponentes de radicales programas. Sus hojas lucen ahora el blancor de su reverso. El verde se lo ha llevado el campechano brisote que ha desenmascarado la bella hipocresía de los yagrumos.

Prontamente el lago Carite aparece en prisión de montículos. Todavía las marías, los ausubos y los eucaliptos reiteran sonrientes verdores. Es el último turno de la montaña. La tierra empieza a desarrugarse, y los llanos de Guayama son vísperas de la azul humildad del Caribe, última expresión del horizonte.

Misteriosamente atraído hacia el este veo, en el nacimiento de una colina recién arada, un espantapájaros. Está enganchado en un bambú sostenido por la copa de un roble y, cuando se mueve, hace aparatosas piruetas de payaso. Es un payaso que camina en zancos. Su agorera desgarbada figura llena de infantil miedo a los guaraguaos que se alejan en precipitado vuelo pavoroso. Por las pequeñas ventanas de las despintadas casuchas los niñitos enfermos contemplan el espantapájaros como si fuera un gigantesco juguete puesto allí por una mano buena para animar las tristes convalecencias.

No podrá el arado fecundar la tierra como el campesino fecunda a la mujer. Recibo su estrujada mano perseverante y la aprieto como un pedazo de patria. Sus alegrías son escasas. Y es.

máxima tristeza la realidad de que la tierra se va. Aun las toscas tierras son para él inquietante ilusión. Mínima es su ambición propietaria. A los que quieran saber lo que vale Puerto Rico, yo les recuerdo el grito de los abuelos: conserven la montaña y el llano. El mar lo hizo Dios como un gran canto. Los ríos se fueron. Un poeta escribirá la elegía de los ríos. Pensemos en la montaña y en el llano para que el pensamiento apriete la tierra contra el corazón. Lo demás es el mar, y el mar lo hizo Dios como un gran canto que solemniza el confrontamiento del hombre con la naturaleza.

El soliloquio ha terminado. Guayama se despereza en la gran llanura. El silencio oficia como máximo sacerdote, y en el fondo las montañas cubiertas de velos azules son emotivos altares.

PIEDRAS BLANCAS

Blancas las piedras, negro el camino. Y en la tarde estival, triunfantes los alisios. Sus circulares giros abarcadores musicalizan el campo y, al hacer escala en los aleros de las campesinas casas, tórnanse graves. Es el tono grave de las añosas maderas. Las nubes, en derrota de rasgaduras, huyen hacia un occidente de predominantes grises. Son los grises visperales de las suntuosas púrpuras.

Voy por el camino de Piedras Blancas. Ruiz y Segarra, Rodríguez y Pagán. Reciente asfalto lo improvisa en carretera y finge olvidarse del galopante caballo. A la vera, la quebrada, agónica de aguas, relata su torrencioso pasado. Sus curvas desempolvan recuerdos. Si hacia el sur camináramos, llegaríamos a la vieja estación del tren; si hacia el este, llegaríamos al cementerio. La estación del tren fue plaza de juveniles expansiones; el cementerio es oración de recuerdo, es el recuerdo del olvido.

Al bajar la pendiente que le sirve de introito, destácase, a la derecha, el monte de la Luisa. Fue la Luisa finca de municipal nombradía, poseída y administrada por sacerdotes. Era el tiempo en que la Iglesia recibía sustanciales donaciones y, recordada en la hora solemne de los testamentos, tenía pujanza propietaria. Por muchos años fue agrícola empresa, y los curas, en oficio de agricultores, dejaron en sus aledaños ruegos de lluvia y alegría de cosechas buenas. Hoy es estación experimental. Por su medio, el gobierno reparte semillas que devoran los pájaros de la burocracia.

A través de los copudos árboles veo unas dispersas casas de rojos tejados. Brillan los tejados al sol de la hora, y en la limpieza del momento parecen, en contraste con la espesura, pequeños incendios decorativos. Sus balcones —fresca claridad despejada— invitan al disfrute de la intimidad gozosa. Apenas el camino empieza a desdoblarse, lo ataja la quebrada. Sobre las enormes rocas que la bordean se posa la alada negrura de los mozambiques. Un segundo después llegan los martinetes, marina estilización que deja en el ambiente prestigios de vuelo.

Un gallo trasnochador deja oír en la distancia su clarinada desvaída. Momentáneamente, el recio claror conviértese en tierno amanecer. El brisote despeña el hierbazal circundante, y por un senderito, verde como un trino, baja una muchacha. Su andar es una música. Y su cantar es una queja.

Este viejo camino se han aprendido de memoria los pasos del hombre. A mí me reconoce y me extiende la cálida mano de sus recodos. Por él camina, insepulta, la voz de la niñez difunta. Nuevamente aparecen las rocas detrás del cementerio. Pero esta vez se trata más bien de las piedras que otrora usaban las lavanderas. Atareada, bajo la sombra húmeda de los pomarrosales, me parece ver a Eulogia, tan conocida y recordada por los que la veíamos llegar al pueblo con el lío blanco de la ropa en la mañana de los lunes. Alta mujer fuerte, Eulogia hacíase leve bajo el ala del cariño.

Amaina el brisote y el sol ya no foguea. El camino sigue su vieja ruta hasta perderse en los cañaverales de la costa. A su lado, en paralelismo de agua, discurre la quebrada sin saber que su jadeante recorrido la llevará a la muerte de la llanura sedienta. Sobrevive el camino, bien convertido en carretera o en atrecho. En una sombrasa curva le saludará una piedra recordándole su tiempo de herradura. Era el tiempo mozo. El caballo galopaba y la quebrada rebasaba la llanura para morir en el mar.

EVOCAIONES DE RURALÍA

1

De vuelta a la patria chica, como se decía antes, he caminado de nuevo sus extensiones urbanas y campestres. Y sus caminos, rutas de emotivos regresos, me han despertado la comezón de las evocaciones.

En un atardecer lluvioso, engendrador de vitalizantes optimismos, llegué por vez primera a la finca Libertad, situada en el barrio Costa. Un atardecer lluvioso en otro sitio hubiera aflorado melancolías. En la costa es lo contrario. Allí la verde inmensidad de la llanura nace de la brevedad de los aguaceros. En tiempos de sequía el ganado se mueve en la desesperanza de los pastos castigados por la insolación y se ilusiona con el espejismo de abundosas charcas. La anchurosa sabana es entonces una imploración de lluvia y, cuando ésta cae, el valle no puede disimular una amplia sonrisa.

Prontamente me tiré a la cama. Sobre la metálica techumbre la lluvia musicalizaba adormecedoras monotonías. Por los alrededores las vacas, en rumiantes insomnios, dejaban el apagado sonido de sus pisadas. En el cielo raso los murciélagos, en gozosa nocturnidad, alborotaban como escolares. Arrebujado en las planchadas sábanas caí en el abismo del sueño.

Desperté cuando todavía el brillo de las estrellas no permitía conjeturas de alba. Los campos eran sólidas masas de sombra

espesa. En el atril de la arboleda los pájaros preludiaban una diana. Salí hacia la cisterna después de dar vueltas en la cama. La brisa soplaba suave, sin desmayos. Mis ojos se subieron al cielo por la escala de la curiosidad astronómica. Y perdí la noción del tiempo.

Cuando volví la mirada a la llanura, el amanecer iba ya dejando tímidos deserezos de luz. Por los inmediatos contornos las vacas eran manchas móviles seguidas por esas manchas suplicantes que son las crías. Se oían las orientadoras voces de los sabaneros. Los corrales abrían sus puertas y el ordeñadero se llenaba de actividad. Debajo de la casa, y amarrados a un largo estante, dos caballos aguardaban dando brincos de impaciencia. En el interior se hizo luz. Pero para iluminar aquella casa no hacía falta. El despertar de mi hermana era un amanecer de bondad que no conoció más ocaso que el de la muerte. Y la muerte, sabemos, es otro amanecer. Los ordeñadores se disponían a sus labores en medio del ruido de los porrones y el mugido de las vacas. Del fondo de la estancia apareció una alta figura. Emblanquecido estaba su bigote y su cabello. Sus pasos eran largos y lentos. Venía a cumplir su vieja tarea en el ordeño. En la indecisión de la hora don Monse parecía un patriarca bíblico. Sí, era don Monse que una vez más acudía a la cita con el trabajo. Por el estrecho atajo se oyó un galope. El jinete entró al patio y se desmontó ágilmente. Jenaro Zapata había llegado para iniciar la madrugadora tarea lleno de empeñoso brío. Mayordomo de fincas grandes, siempre supo —y sabe— guardar esa hermosa heredad que es la lealtad. La deslealtad en el terreno de los amigos es un eclipse en el sistema solar de los afectos. Don Jena nunca ocasionó esos eclipses.

En medio de la iniciada actividad capté en la lejanía del camino los fragosos tumbos de una carreta de bueyes; a medida que avanzaba, se hacían claros los musicales aleccionamientos del carretero. Al pasar frente a la casa, el ambiente se saturó de penetrante olor a fruta madura. Comprendí. Era una carga de

mangós de Lajas con destino a Guánica. En Guánica sólo maduraba la fruta agria de la Central. En Lajas maduraban las frutas con la espontaneidad del Paraíso. Ya se desdibujaba la carreta cuando el viento sabanero empezó a peinar la yerba de guinea; por el reseco sendero blanco de Matos se formaban remolinos de polvo que nublaban el panorama. Mientras el carretero seguía la penosa marcha, azotado el rostro por el naciente brisote, don Jena se lanzaba a la llanura de espaldas al sol que ya trepaba por el confín de La Montalva. Perdióse rápidamente. En la mañana quedó el chapoteo de su jaca abriéndose brecha por entre los fangales del camino. También empezó a oírse el chirriar de las aspas del molino que iniciaba su faena de agua. La costa era una brasa en el estuche de los yerbales.

2

Los mangós de la carreta me sirven de puente para llegar a La Puente. Los mangós de La Puente fueron temprano testimonio de consumo colectivizado. Esta porción de tierra la compró mi padre para abrirle senda a sus anhelados sosiegos en un tiempo en que la vida le había coronado de fatigas, y su espíritu, lastimado por la continuidad del denodado esfuerzo, buscaba la ancha paz de los campos. Aquí había llegado en época anterior acompañado de mi madre después de algunos años de ausencia. Al entrar en posesión de esta finca realizaba, pues, una albergada ilusión.

Frondosos y de viriles troncos rugosos eran los mangós que crecían en La Puente. Sus vigorosas raíces se extendían hasta el arroyuelo que de Norte a Sur iban recogiendo los campesinos rumores. Hacia La Haya, en los tranquilos cerros, árboles solitarios, como filosóficos centinelas, le imprimían al paisaje una grata tristeza. En los inmediatos lomeríos apacentaba la mansa bueyada, y en el extremo donde estaba la colindancia con Sotero, la hoy difunta quebrada se convertía en remanso de redondas

charcas. Desde el montículo que a manera de terraza enclava en su centro, los verdes del valle lucían galardonados prestigios. Cuando de niño subía a esta rocosa elevación, me entretenía con el vuelo de los pitirres y los ruiseñores. En las afiladas agujas de las palmas reales estos pájaros realizaban el milagro de sus acrobacias. Entonces me sentía espectador en el primer circo de mi vida. ¡Hermoso circo donde los pájaros eran actores estelares!

Terminado el aventurero recorrido y camino de casa, pasaba por la grúa. Allí estaba *Príncipe*, el batallador caballito realizador de cruentas labores. Amigo de carreteros y cortadores, *Príncipe* no tuvo juventud. Juventud es una época de la vida en que el amor es función primordial. A sus puertas nunca tocaron otros nudillos que los del deber. Un día la llegada de la electricidad le trajo una jubilación carente de alegría. Para este caballito ya la vida carecía de jugos. Las desilusiones, como nieves prematuras, habían caído en el ardor de su valle. Como pobre había vivido, y la pobreza es una forma de vivir a la intemperie; es como si el sol y la lluvia fueran unos canallas. Ahora era cuestión de descansar y aguardar la muerte en una barranca sombreada de guayabales.

LAS SEMBLANZAS

MI PADRE

Yo no puedo precisar cuándo conocí a mi padre. Aprender el momento, la ocasión, en que tan importante hecho se incorporó a la naciente experiencia intelectual, resulta infructuoso esfuerzo. El recuerdo de los días de despertamiento que conduce a la vida consciente no rebasa el plano de la imagen borrosa. Los sucesos se entremezclan, y sólo si adelanto las jornadas del tiempo perfílanse los cuadros, todavía bajo la luz indecisa de hallazgos parciales. En uno de estos cuadros lo enmarco a medida que crece la luz evocadora.

Al lado de la casa paterna estaba la vieja tienda; las separaba un estrecho zaguán cementado. Detrás de la galería posterior extendíase un patio grande sembrado de quenepos y palmas bajo la taciturna mirada de un pino larguilucho. Las ramas de las palmas eran abiertas ventanas a mis ansias andariegas. El patio de la tienda ofrecía otro aspecto. Aquí estaba la panadería, una larga estructura de despintado maderamen contigua al cuarto de los dependientes. Al fondo, los montones de leña formaban como cerros de hendidas laderas desprovistos de vegetación. Dentro del establecimiento, destacábanse los pulidos y relucientes tableros que servían para acomodar la arrugada masa procedente del torno. En la quieta madrugada lejana llegaban los panaderos lentamente, se vestían con sus blancos mandiles y se daban a la brega tahonera. Bajo la perita acción sobadora, la masa adquiría diferentes formas. Después, el maestro de pala, ceremoniosamente,

las depositaba en las enrojeadas entrañas del horno, y al tiempo las sacaba convertidas en doradas hogazas miniaturas de una apetitosa escultura. Pero el diario atractivo de este patio estaba en las mansas yeguas cargadoras ensilladas con hondas banastas. El Sábado de Gloria, silenciada la matraca y reanudado el metálico oficio de las campanas, una de ellas convertíase en improvisado vehículo del escarnecido Judas, mientras la muchachez, en ruidosas carreras, profería vilipendios contra el traidor barbitaheño. Poco a poco «corrí» mi linde hasta el predio de la tienda misma. Allí las estibas trocáronse en mesetas y pirámides. En este nuevo escenario de juegos empecé a observar la gente, y entre la gente, a mi padre.

Día tras día lo veía trabajando en la oficina. Invariablemente vestía pantalón de dril blanco o crema y camisa de manga larga con cuello cerrado sin corbata. Sentado frente al escritorio, su mano delgada, golpeada por azules venas, estaba asida a la columna de números que llenaban los libros de contabilidad. Los lunes, día de incrementadas faenas, dejaba a ratos el monótono trabajo para atender a los amigos clientes. Entonces, bajo la presidencia del cordial tuteo, comenzaba la agradable parla. Yo la escuchaba oculto detrás de una de mis estibas. Casi siempre hablaban de los tiempos viejos, y la evocación, al encender las miradas, también ponía en las voces un tono de cálida intimidad matizada a veces de nostalgia. Era la época en que el comercio concedía crédito por años y se pagaba a la liquidación de las cosechas. Florecía todavía sobre las doradas espigas del maíz la esperanza del agricultor costeño, caminante exhausto en el viacrucis de las sequías. Pero ya era visible el avance de la caña vigorosamente impulsada por la refacción taumaturga. Era inexorabilidad de nuestro colonial destino económico. Y cosas de la historia: el eventual predominio del monocultivo sirvió, entre otros factores, de base para la proyección filosófica de la actual transformación social.

La actividad de mi padre estaba concentrada en la solidez de su negocio. Su objetivo era mantenerlo con sus propios recur-

sos sin importarle las expansiones a base de créditos bancarios. Logrado el éxito, lo que le interesaba era no convertirse en su víctima mediante la rendición del fuero de íntima independencia. Ese éxito no engendró resentimientos porque su carácter vedaba las falsas resonancias, y el anonimato era el ambiente propicio para su espíritu nutrido de reserva. Por esto su inactividad en el frente cívico no provenía de la apatía. Le interesaba la comunidad y le interesaba la gente. Es verdad que no conoció la fama; pero conoció la grandeza del suceso humano en su expresión desgarrada. Ante esta confrontación siempre germinó la vocación ser-vicial. Hombre de poca ambición para algunos, en mi padre ciertamente la avidez no habitó. Sobre él se había posado el contorno claro de la integridad y, como no tenía muestrario, sus oros estaban guardados en la gaveta de su callada modestia.

En el balcón de la casa, ya atardecida la hora, seguía haciendo números con el índice sobre el brazo del sillón. No oía el creciente murmullo de las calles. A su lado un jazminero perfumaba la penumbra y la novena se anticipaba en la convocación de los tañidos. No tardaría en retirarse. La severa disciplina a que ajustaba sus actos limitaba las preferencias. Vivía de lo esencial, aunque toleraba la ajena inclinación a lo superfluo. Frugal como un santo, como un santo madrugaba. Al hacerlo colaba su café negro: el mejor manjar. En verdad, nunca era más feliz que cuando le rodeaba lo íntimo.

Su palabra escapaba a lo ampuloso y dilatado. El único énfasis era la verdad, la verdad a modo de simpática franqueza. De escasa disposición tertuliente, su ocasional locuacidad era la fina abertura por donde aireaba su aislamiento interior. Cuando esto sucedía, el humorismo, como un sol bueno, rompía el gris cober-tor, y la risa surgía con lozano contagio.

Muy pronto sentí la esperanzadora sensación vital de saberme protegido por una indisputada reputación. Fue como si la seguridad abrigara los inciertos trazos del esbozo de hombre que era. A la formación de esa aureola de respeto contribuyó su determi-

nación de nunca enarbolar la enseña de la vehemencia. Conocía la fugacidad de los días de pasión, así como la permanencia de los valores afectivos. Entre el milite y el hombre prefería al hombre. Por eso su vida estuvo regida por dos símbolos complementarios: el de la mano extendida y el de la puerta abierta.

Parco en sus diversiones, recuerdo una que le complacía grandemente. Los domingos por la mañana, pasadas las diez, daba un paseo en automóvil. Sitio de inevitable recorrido era el camino de Plumas. Estaba unido a este camino por una sentimental trabazón, ya que por esas inmediaciones había discurrido su adolescencia en los tiempos en que Cuatro Calles era escenario de festivas bataholas. Hasta él no llegaron las envolventes algarabías gracias a su precoz sobriedad. Cuantas veces paso por Plumas evoco la motivación sentimental de los paseos dominicales de mi padre.

Los crueles acontecimientos lo llevaron hasta la frontera de la angustia y, para llegar hasta la tierra del dolor, no necesitaba visado. Con muda aflicción estoica sufrió el desprendimiento de amados racimos del árbol familiar. Parecía indemne al daño espiritual. Pero vinieron los días postreros, y la niebla del cansancio veló sus ojos azules. A través de ella, incansablemente, seguía moviendo los remos de una barca próxima a vararse en la final orilla. Ciertamente el trabajo fue su único mundo, y no conoció más descanso que el de la muerte.

Hoy, abismado en la retrospección, he visto surgir una animada luz. Es guiadora luz tutelar que, borrando sombras, me imanta hacia la libertad interior: máximo fuero. Esa luz, no lo dudo, es la vida de mi padre proyectada sobre el horizonte del recuerdo.

JESÚS EN EL RECUERDO

Ya llega a su fin la Cuaresma. Con ella conmemora el mundo cristiano el triunfo de Jesús sobre las tentaciones del mal. Fueron cuarenta días de soledad, lejos del verdor de Galilea y del mar amigo de Cafarnaúm; habitante del desierto, rodeáronle los reptiles y los incultos parajes pedregosos. En este tiempo de meditación recibe las inspiraciones que le preparan finalmente para anunciar el nuevo Reino Prometido. La aflicción de este aislamiento meditativo recuerda, en la figuración de los símbolos, los cuarenta años de errante sufrimiento del pueblo hebreo y los cuarenta días que Moisés esperó en el monte Sinaí antes de recibir los preceptos del Decálogo.

Cumbre agónica de la conmemoración cuaresmal es la Semana Santa. Sus días dejan vacante la alegre frivolidad del mundo. Y ellos inducen el recuerdo de mis primeras nociones de religión y mis primeros asombros ante las procesiones presididas por humildes imágenes cargadas por hombres devotos. Por los alrededores, la música religiosa dejaba tristezas que oprimían el pecho. En los balcones la luz de las velas destacaba la severa oscuridad de las salas. Y la calle San Blas convertíase en silencioso río de fieles. Sólo se oía la voz imperativa del sacerdote ordenando las filas. Esta visión me llega como una idealidad formada por rumores de inocencia. Eran los tiempos buenos en que los campos y el cielo atraían con sus misterios, y en la moza vida afloraba el amor como vigorosa fuerza sin dirección. Todavía estaba cerca del corazón el escapulario que había prendídome mi madre.

Y llegaron los días en que aparecieron los libros. Con paso inseguro, y movido por el entusiasmo lector, llegué hasta la morada racionalista de Ernesto Renán. El escritor francés rechazaba la revelación y pretendía explicarlo todo por medio de la razón. Para Renán, Jesús fue humana persona; la concepción de su linaje divino es una gravitación hacia el vasallaje espiritual. Porque eso es no tener fe exclusiva en la ciencia. La fe de la ciencia vive de evidencias y no de cabalísticas ideaciones. Le interesaba el cristianismo, no la religión. Y si nunca se le apagó el piadoso ardor por la figura de Jesús, al referirse a Él lo hacía en términos de figura histórica sujeta a las limitaciones de la naturaleza. Para tranquilizar estas apasionantes inquietudes escribió su *Vida de Jesús*. Esta obra esencializa su culto a la norma comprobadora en una época en que imponíase la moda del naturalismo literario, y la ciencia, con el rigor de su método empírico, apagaba las últimas candelarias del entusiasmo romántico.

Para escribirla visitó, en alarde de objetividad, los santos lugares acompañado de su hermana Enriqueta. Dulce mujer de fina sensibilidad y profunda admiradora del escritor, convirtiéndose en valiosa aliada en la empresa de resucitar un remoto pasado marcado por las excelsas huellas de la más grande personalidad de todos los tiempos. Ella anotó detalles, y dióle, sin límites, la fuente de sus femeninas intuiciones en una tierra donde la mujer había sido el trasfondo de los momentos más abnegados y conmovedores. Por eso Renán le dedicó, con emotivas frases, el libro de referencia.

En las lejanas tierras misteriosas, cerca del mar milagroso, del río dador de la salvación y de los olvidados pueblos cargados de signos bíblicos, descansa para siempre la buena hermana sensible. Murió creyendo en la pureza de la obra de su hermano, porque a través de ella se veía a Jesús rodeado de humildes discípulos, algunos rudos pescadores, inspirados por el afecto personal, y que serían depositarios del evangélico mensaje. Renán siguió recorriendo las evocadoras rutas del tránsito palestinese: Nazareth,

Belén, Cafarnaúm, Galilea, Samaria, Caná, Jericó, Betania, Jerusalén, pueblos y ciudades que viven hoy el tormento del odio y la violencia. Confiamos que algún día la paz, tan importante como la libertad, les devuelva el claro lineamiento de aquella edad que el hombre veneraba como parte de la geografía del alma. Entonces las razas, en solidaria piedad sincera, cantarán, alta la noche de la conciencia, los dulces maitines del encuentro con Jesús. En la eternidad, Renán, el otrora paladín de la razón todopoderosa, dirá dichosamente: «Ha tiempo que le conozco como persona divina.»

Al iniciarse este siglo, el racionalismo, poco a poco, se fue rezagando hasta convertirse en dato de mera figuración enciclopédica. Hacíase evidente que Jesús no es una definición; no es un problema de cultura; es una sustantividad. Luego, comprenderlo no es materia de conocimiento, es asunto de la vida. Por eso la humanidad, confrontada con la dura tendencia materialista de los tiempos modernos, alienta las esperanzadas rectificaciones que la apartan de la pesadumbre de la negación y la llevan al reino de la conciencia. Jesús es, ciertamente, algo más que un suceso histórico y algo más que una figura amorosa, tierna, compasiva, inteligente y abnegada. Así ha venido a entenderse y proclamarse últimamente, y expresión cálida de este pensamiento es el libro *Historia de Cristo*, de Giovanni Papini.

El autor la escribió con fervor de converso y como desagravio por sus prolongados escepticismos. Enfoca a Jesús como criatura de la revelación dotada de gracia providencial. El escritor florentino se acercó al catolicismo después de una vida de obstinadas negaciones y fogosas polémicas, como si saliera de un torbellino para entrar en un remanso. Bella biografía por su factura literaria, lo es también por su resuelto mensaje afirmativo de la vigencia cristiana. El odio, tantas veces inspirador del amor, le dio el don para crear este libro de veraz y ardiente alabanza. Con rotunda palabra advierte que Jesús no nació en un pesebre literario: nació en un pesebre de verdad. «El lugar más sucio del

mundo fue la primera habitación del más puro entre los nacidos de mujer. El Hijo del Hombre, que debía ser devorado por las bestias que se llaman hombres, tuvo como primera cuna el pesebre donde los brutos rumian las flores milagrosas de la primavera.»

Sus palabras ágiles, a veces fustigadoras, siempre fervorosas en su exaltación de creyente, conviértense en agua suelta que va humedeciendo las secas riberas del alma contemporánea. Y si estas aguas no siempre son jordanas por quedar en ellas algo de las aguas del mundo, siempre, empero, son de pacificación: pacifican las guerrillas que combaten en la selva de la intimidad atormentada.

Renán es el siglo XIX con la ostentación de su intelectualismo; es la sabiduría sistematizada por la razón; es el apartamiento de los bienes espirituales de la religión; es la exaltación de la cultura y la libertad, y es, en grado lesivo, el siglo del individualismo económico como medio para realizar el ideal de la abundancia antisocial. A Renán —sacerdote de la razón— no le preocupa que al officiar su misa se malogre el pan y se malogre el vino.

Papini es el siglo XX con sus desilusiones y sus angustias. La cultura no puede ser un ideal supremo, porque lo que cuenta es el hombre como persona, como criatura de Dios. El hombre tiene la obligación de ser bueno y convivencial, pero no tiene la obligación de ser inteligente. Papini es el siglo XX con sus rectificaciones y su regreso a los bienes espirituales. Al hombre no le basta la ciencia; le interesa el disfrute de los goces caseros en unión a la familia y que haya tiempo para los libros, porque el tiempo no va a pertenecer siempre al miedo y al sufrimiento.

Pero cuando se medita sobre la Pasión y la Muerte de Jesús, los libros se desdibujan como formas vanas. Es el relato milenarior, aprendido en la edad formativa, el que preside la evocación nazarena. A su conjuro conmuevese el sabio y conmuevese el ignorante. Esa tradición nos habla de los hombres apiadados ante la muerte del Sublime Caído, muerte que realiza el mila-

gro de convertirlos al nuevo evangelio. ¿Quién no ha mencionado alguna vez los nombres de José de Arimatea y de Nicodemos? Y también nos habla de las mujeres que le amaron en la vida y en la muerte. Junto a la cruz le vieron expirar, y su llanto, acerbo y contenido, hízose desolado en el silencio de la tarde aciaga. ¿Quién no ha mencionado alguna vez los nombres de María, la madre; de Salomé, la madre de Juan, y de María de Magdalena, la bella arrepentida? Dos días después, todavía agobiadas por las lágrimas, caminaron hacia el sepulcro a ver nuevamente al dulce inmolado. Y mudas de un espanto que convirtiéndose en alegría, vieron la tumba vacía.

Sí, ¿pero dónde estaban los discípulos? Descendido de la cruz, que dejó de ser infamante, todavía los que habían sido amados amigos huían de los esbirros. Sólo Juan había presenciado el último acto, y para su gloria escuchó de labios del expirante la amorosa encomienda: «Hijo, he allí a tu madre.» Los discípulos habíanle abandonado desde la Oración de Gethsemaní, cuando Jesús pidió a su Padre que le retirara el cáliz. Pero los que huían tuvieron la dicha de verle resucitado en Emmaús, y le reconocieron.

¡Qué bien nos haría un Emmaús del espíritu!

COLOMA PARDO DE CASABLANCA

A mis amigas Patria América y Laura Esther, devotamente.

Esa tarde había llovido torrencialmente. La noche se presentó húmeda y fresca. Desde mi cama podía oír la queda sonoridad de las aguas escurriéndose hacia su pluvial destino. Me dormí con la interminable música tediosa del coquí. Desperté de madrugada. Mi primer pensamiento fue determinar qué nombre seleccionaría para esta recién iniciada sección. Prontamente suprgió el nombre: Coloma Pardo de Casablanca, mi inolvidable maestra de español en la década del '30.

La década del '30. Por los horizontes atronaban voces de renovación. En Estados Unidos se habían encendido orientadores mechones en las descarriadas rutas del hombre olvidado, pero sus resplandores no llegaban a Puerto Rico. Aquí cundía el desaliento económico-social. En la Fortaleza, un gobernador revivía caducos militarismos absolutistas a los que el pueblo, con ejemplar solidaridad, respondió con tersas militancias de afirmación puertorriqueña. La sangre de la guerra civil española salpicaba, y la Universidad, foro de divergentes criterios, convirtióse en tribuna de acalorados debates. Martínez Nadal, con noble yerro, pronunciaba sus últimos discursos, y Barceló, igualmente motivado, apaciguaba sus rebeldías de Gran Capitán. A veces aparecían alentadores signos. En literatura, el atalayismo desdoblaba líricas audacias que llenaban el tiempo de gozosas in-

quietudes. Por puertos de espiritual comercio entraban Ortega y don Miguel, la verba lúcida, la sustancia fuerte. En el parnaso, Llorens creaba su puertorriqueño verso con netos aciertos de j-baro inspirado. Para Palés, las calles antillanas se llenan de prestigios africanos, y de las soleadas islas surgían sugestivos exotismos. Rosita González Ginorio, en blanca gesticulación, untaba su ondulante cuerpo de ritmos negros. Don José Padín había preguntado: «¿Hacia dónde vamos?» Y la escuela pública, enarbolando el preciado estandarte de la lengua, reivindicaba, con aleccionantes gestos, las perdidas heredades. De la pluma sobria de Pedreira ya teníamos a Hostos y a Insularismo, y en nocturnas tertulias con Mario y Marcos se recitaban versos de Rosa Nieves, Samuel Lugo y Joaquín López López. Desde el Tribunal Supremo, Córdoba Dávila, con estilo maestro y evangélica intención, proyectaba luz sobre las anacrónicas concepciones del Código Civil. En política un partido —silenciosa labor de llano y montaña— removía tenazmente los surcos atesorantes de las próximas vendimias. En las almas, el porvenir era una verde alborada.

En los primeros de estos convulsivos años cursé estudios en la escuela superior de San Germán. La mañana de mi primera llegada me impresionó el nombre del plantel: Lola Rodríguez de Tió; después me impresionó el nombre y la figura de la maestra de español: doña Coloma Pardo de Casablanca. «¿Será parienta —me preguntaba— de la condesa Pardo de Bazán?» Como doña Emilia, era mujer de porte elegante y de comedidos ademanes expresivos. Su peinado a la antigua llenaba de espiritualidad su perenne sonrisa. En sus ojos negros, un tanto evocadores, asomaba una comprensible bondad. Nunca ocupaba el frente de la clase. Enseñaba caminando por los lados del salón. La buscábamos con los ojos porque su dulce palabra enamorada de los libros era el rosicler de nuestros sueños literarios.

¡Ella también tenía sueños literarios! Pero no eran sueños de gloria; su mayor sueño era que las obras de enjundia regional llegaran a nuestro conocimiento como antesala de ese gran

conocimiento que es Puerto Rico. Así, una mañana cualquiera, desasida de riguroso método, empezaba a escribir un poema en la pizarra. Seguíamos entusiasmados su mano formadora de los versos y, cuando terminaba, se volvía a la clase con gustosa pregunta: «¿Y estos versos de quién son?» Silencio. «Entonces, ¿no lo saben? Son de la sangermeña doña Lola Rodríguez de Tió. Y a propósito, ¿qué saben ustedes acerca de esta ilustre sangermeña?» El resto de la clase lo dedicaba a familiarizarnos con esta poetisa de hemisférica nombradía.

Doña Coloma era esencialmente profesora de regional magisterio. Mujer de cultura, sabía que sin una estimativa de los valores nacionales no puede existir una válida consagración definitiva y, sin esto, la cultura es un repertorio oropelesco. Esta tendencia de exaltación nacional afinaba su pedagogía. Todavía en ese tiempo el maestro tenía el beneficio de la libertad, es decir: enseñar en adivinamiento de las mozas curiosidades que es forma de encauzadores logros. Para ellas el aplauso era sonoro estímulo invariable y lo dispensaba generosamente en una época de la vida cuando la timidez se adhiere al alma como una limitadora hiedra. En su ciencia había ternura y amistad de mano extendida. Por eso su saber nunca fue tapia separadora. Al contrario: toda ella era una invitación a sabias cordialidades. Usando ahora una frase —inolvidable verso— de un poeta querido, podemos decir de esta sangermeña esclarecida: «¡Quien la vio una vez, jamás la podrá olvidar!» En el recuerdo la palabra canta una canción sin derrota e imploramos a Dios: «No nos dejes caer en la tentación del oscuro olvido y líbranos de ese mal. ¡Amén!»

La dulce profesora amiga hace tiempo que está en los cielos. Allá también está, por puro, el Charco Azul. Me es grato imaginármela en sus riberas leyendo, a la sombra de los azules pomarrosales, versos de doña Lola Rodríguez de Tió. A veces, en la pizarra del agua, ella escribe nombres. ¡Que no se olvide del mío!

WALT WHITMAN: UN ENCUENTRO

West Hills, en Long Island, es una de tantas comarcas rurales de esta poblada isla donde la gente luce, todavía, el aire campechano de las criaturas en sosiego. Aquí nació el gran poeta norteamericano. Físicamente corpulento, bohemio en el vestir y distante de las pequeñeces del prójimo, tenía en su sensible interioridad la armonía de los seres superiores.

Long Island tiene gracia geográfica. Mar y ríos la rodean, y a sus exuberantes espaldas la urbe le inventa la geométrica sombra de los rascacielos. Es isla de parajes íntimos y de senderos para el andar lírico. El cielo casi no cuenta: la mirada viaja en gozosa horizontalidad. Los anónimos arroyuelos claros atraviesan las florestas que lindan con las playas ilímites. Lo complicado redúcese a amenidad de paisaje, porque la sencilla hermosura resuelve la complicada esperanza. Y las casas, uniformes y descansadas, parecen, en la expresividad de los colores, impacientes veleros próximos a levar anclas. Los varados en los patios son ilusiones en receso. Sus moradores bregan con el mar como si fuera parte de sus herramientas. El mar está presente en la tierra y en la gente. Por eso, cuando llegada la nieve los árboles encanecen, subsiste, en ilusión cromática, el azuloso verde de los pinares. Es que el mar todavía impone su líquida primavera.

Ésta es agraria tierra de fecundas cosechas. De sus infatigables surcos emergió la visión prístima del numen telúrico del

poeta y, además, la fuerza creadora de su avasallante originalidad. Esta originalidad encontró propicio cauce en el verso libre. Y cantor de los pioneros, él mismo fue pionero de la poesía nueva. Desdénoso de todos los convencionalismos, también lo fue de los convencionalismos métricos. Y fue su nuevo verso resplandeciente casa acogedora de la bella audacia y del himno estremecedor. El hombre de su tiempo se sintió sacudido por la novel estética, pero el hombre moderno la considera cosa propia. Su juventud reside en las cadencias bíblicas de los versos. ¡Alto logro humano es enseñarnos a oír, a través de la poesía, el gran rumor que nace de la tierra como voz aleccionadora del hombre en su empeño de libertad!

En su tiempo —fines del pasado siglo— se llamó a Whitman el poeta de la democracia. Ahora no hay poetas de la democracia. Éstos son tiempos de impugnación y análisis. Lo que se pretendía significar entonces era que en una época de crecimiento y aventura, el poeta visualizó la naturaleza como la expresión de una grandeza creadora para el hombre y que éste podía utilizar para canalizar sus ideales de solidaridad humanitaria. Caminante de su tierra ubérrima, llenó el alma de paisajes diversos; y las errantes visiones de su vital andadura cristalizaron en poemas descriptivos de lugares, personas y ciudades. Así nació *Leaves of Grass*, impresa personalmente por el poeta con dedicación de hombre que vivió el enaltecimiento de la artesanía. Los doce poemas originales se multiplicaron y, a su muerte en 1892, era ya traducida obra de difundida consagración.

Rubén Darío —audaz en el verso azul— le admira desde la hemisférica distancia, y le define en recordada estrofa:

*En su país de hierro vive el gran viejo,
bello como un patriarca, sereno y santo.
Tiene en la arruga olímpica de su entrecejo
algo que impera y vence con noble acento.*

El tema que señorea en su obra es el hombre. Es decir: las pasiones del hombre como deficiencia limitadora y como fuerza creadora. Este tema resumía su controvertible ideología. Olvidada la controversia, ha pervivido el innovador que usó el verso para vulnerar fronteras y acercarse, en triunfo de herméticas geografías, a la humanidad. De estas poesías, inspiradas en universal emoción, la más conocida es su lamentación por la muerte de Lincoln: *O Captain, My Captain!* Ciertamente, para el gran presidente había «terminado el tenebroso camino». Los conceptos del poeta estuvieron a la altura de la tragedia, y su inspiración le vino de sus días de precursora integración heroica. Había sido enfermero de negros y blancos en la guerra civil.

Mi recorrido por esta isla de ruidosas gaviotas y de blancos silencios me llevó a la villa marinera de Huntington. Y en un recoleto parquecito situado en el centro de las calles apareció, inesperadamente, el busto del poeta, tributo pueblerino a una gloria de la vecindad. Mientras lo contemplaba, con sorprendida felicidad, vinieron los pájaros cantores y se posaron en su barba de piedra. Para ellos amigos del alma cantora del poeta, la famosa barba blanca era ahora verde enramada. Al dejar el sitio, y mirando el busto por última vez, dije estas palabras:

« ¡Hombre rotundo y cándido, dale mis saludos a Rubén Darío: vivo como tú en las lejanas estrellas, primeras luces de la calle de Dios! »

EL RINCÓN DE LORD BYRON

En la orilla izquierda del Támesis yérguese lo que es en cierto modo El Escorial de los ingleses: la Abadía de Westminster. Ambos recintos son inmensos sepulcros donde perviven las jornadas de la gloria, de una gloria que el curso adverso de los tiempos torna melancólica. El Escorial es monasterio que nació de la sangre victoriosa en San Quintín. La Abadía es iglesia que nació con Inglaterra. Pensamiento tallado en piedra, llamó Dumas al primero; de la segunda dijo Washington Irving que era la congregación de los huesos de los grandes del pasado.

Sobre las piedras augustas de la mole de San Lorenzo espeja el azul cielo de Castilla. Sobre las góticas torres de Westminster un brumoso cielo proyecta austeridades. Y del mar, del norteño mar, viene el viento cargador de las fantasmales nieblas. El viento que azota El Escorial cuando estalla la primavera viene de la bronca serranía del Guadarrama. No apaga la parrilla de San Lorenzo, y se lanza a la llanura desafiante y mundano, quizás un poco oloroso a incienso de claustro.

La coronación de los reyes y el enterramiento de los grandes del poder y del pensamiento son las ceremonias que se escenifican en la Abadía. Tiempo hubo en que allí se enterraban a los hombres de valía junto a sus señores. Era el premio a la lealtad, cuando servir no era denigrante. En los días que corremos, turbulentos y negadores, la lealtad se enrumba hacia los programas, y sólo en casos excepcionales surge la lealtad a la

persona. La persona se desvaloriza en medio del tumulto protestario. Cunde la disposición destructora. Y ha surgido un goce iconoclasta. Se grita y se aplaude. El grito enronquece el alma; el aplauso aja las manos del espíritu. En El Escorial el enterramiento está reservado a las reales personas. En España se acaban las reales personas. Y también crece el tumulto protestario.

Pero no son los suntuosos mármoles interiores de Westminster los que suscitan la entusiasta admiración. La admiración nace del crucero norte donde están las tumbas de los creadores del imperio; y del crucero sur donde está el Rincón de los Poetas. En este Rincón consagratorio no está la tumba, ni el busto, ni siquiera la tarja conmemorativa de un poeta que yo conocí hace mucho tiempo en la escuela Perry. Su pintura colgaba de una pared central. Y eran dominantes los rasgos de su armoniosa efigie. Era el retrato de Lord Byron. Allí están enterrados todos los grandes de la lírica inglesa. Y un busto perpetúa a Stevenson, enterrado en la lejana Samoa. Nada recuerda al defensor de la independencia de Grecia. Su recuerdo, como el de otros igualmente cubiertos por el olvido oficial, está en la sensibilidad del hombre universal. Y el hombre universal sabe que el universo radica en la emoción básica del país natal.

Apuesto y apasionado, el ideal romántico llevóle a trascender el espacio de la vida cotidiana. Breve su inquieta vida pecadora, una leve cojera lastimó su arrogante juventud. Pero ya su sensibilidad estaba lastimada desde los días de su niñez desolada. Es la desolación de la riqueza cuando falta la ternura de una madre; es la desolación de un alto linaje sin palabras de cariño; es la desolación de la abundancia frente a la escasez de la bondad comprensiva. A este poeta de aguda percepción y de cálida voz cantora le faltó un ingrediente de luz: la temprana luz de Jesucristo.

Su cuello abierto y su flotante corbata dialogan con las rebeldías de la juventud actual. Su grito de inconformidad ante el contorno ambiental denuncia el placer audaz de pertenecer a la minoría. Y poco inclinado a halagar —él tan halagado—, hala-

gaba a los héroes mitológicos. Su vida, aventurera, episódica e inquieta, fue una expresión palpitante de su heroica concepción del destino humano. Si tuvo algo de teatral, ello se debió a que el gesto afloraba en su atractiva personalidad ardiente, y el gesto siempre tiene algo de escena. Era el tiempo del romanticismo, y el énfasis y la frondosidad caracterizaban su literatura. Ahora no hay énfasis. Lo han proscrito los maestros del siglo. En estos tiempos de Vietnam y de motín callejero que llega hasta el campus universitario no se concibe el arte por el arte. El arte se inspira en el dilema del hombre.

Acogido por la posteridad, se le considera hombre moderno, es decir, hombre de acción y de emoción. Y si en su día febril no fue virtuoso, no quiere decir que ahora, para consagrarle, se le considere como tal. La posteridad le hace justicia al artista creador que, al igual que Víctor Hugo, hizo de la literatura una forma estremecedora del pensamiento.

El último esfuerzo realizado por sus admiradores para llevarle al Rincón del Poeta terminó en 1924 cuando la propuesta fue rechazada por el deán de la Abadía, porque «su vida abiertamente disoluta y su verso licencioso habíanle ganado universal reputación de inmoralidad». Transcurridos los años, nuevamente se ha gestionado el sitio que a Lord Byron corresponde en este ilustre sepulcro. Esta vez la gestión ha sido fructuosa, y para abril de 1969, ciento cuarenta y cinco años después de su muerte, se ha prometido instalar una tarja conmemorativa del artista —héroe que dejó en Grecia su apasionado corazón, y en el mundo de su breve actuación, la palpitación de sus versos henchidos de luz mediterránea—. Lord Byron fue un poeta nuestro que escribió en inglés.

Lo consignado me convence que Inglaterra está haciendo algo más que liquidar sus colonias: está liquidando sus prejuicios victorianos.

SANTOS CHOCANO O EL EXCESO

En mis mocedades literarias, cuando a golpe de entusiasmo fui admitido en la peña Mario y Jacobo, Chocano estaba aceptado como el poeta de América. Rubén no lo era de América; lo era de nosotros. Y había razón para que así se titulara al cantor de Oro de Indias:

«La sangre es española e incaico el latido.» Este abarcador verso era una lúcida revelación de su ideario poético, ideario que, a la larga, perfiló nítidamente su personalidad como poeta de la hispanidad y la autoctonía. Eran los tiempos en que las ediciones de Alma América y Selva Virgen se agotaban en la librería La Voz de la Patria. Ahora los libros agotan la paciencia del librero.

Procedente de México, que entonces empezaba su decisiva revolución, visitó, auspiciado por los valores modernistas, a nuestra Isla en 1913. José de Diego y Muñoz Rivera estaban en el puente de la nave. Pero sus catalejos se proyectaban en diferentes direcciones. Los días permitieron la difusión de los detalles de la visita, y en la sensibilidad añorante del pueblo prendió la mágica semilla de su nombre.

Ahora la Academia de Artes y Ciencias ha publicado un hermoso libro: *Puerto Rico Lírico*. Él recoge poesías y discursos pronunciados con motivo de los isleños recorridos del poeta. Por las carreteras, todavía llenas de recuerdos españoles, ya aparecía el norteamericano automóvil. En sus páginas centrales, una foto-

grafía perpetúa el acto del amistoso recibimiento. De las figuras que allí aparecen, ¿cuántos viven? Quizás el único sea el poeta amigo Arturo Gómez Costa. En la foto de referencia, flaqueado por don José de Diego y por don Luis Llorens Torres, el poeta peruano todavía era como lo conoció don Ricardo Rojas en 1908:

«Fornido, alto, ancho de pecho, las manos recias, el paso firme, la cabeza tallada fuertemente, con el pelo corto, la cara pálida, el grueso bigote en punta y la mirada negra, resplandeciente. Toda su persona era una mezcla de capitán de tercios y de gamonal de la sierra. Advertíase en el fondo de su alma una ingenuidad infantil. Decía no haber tenido infancia y ser por eso el más viejo de los hombres; pero en realidad era un niño voluntarioso que nunca llegó, como hombre, a la madurez.» En esta época que don Ricardo le describe tenía trentitrés años. A su arribo a Puerto Rico tenía trentiocho, y el verbo reflejaba su inmersión tropical.

Este cuadro de su persona física armoniza con éste de su personal moral, hecho por el sacerdote chileno Alfonso M. Escudero, uno de sus críticos, del bando de los justos:

«Impulsivo, agresivo, indócil, orgulloso, desbordante, fue un emprendedor fantástico, de gran potencia de trabajo, dominado por el romántico impulso de luchar por luchar. Buen espadachín, gozador de la vida, tenorio impenitente, despilfarró en un año dos veces treinta mil dólares. Yo lo conocí tarde, cuando agriado, amargado, descontento de los demás y de sí mismo, paseaba por las calles santiaguinas su semblante duro y su melancolía de virrey destituido.»

Pero Puerto Rico no recibió al hombre controvertible que siempre fue Chocano, al hombre de energía arbitraria que lo mismo servía a un Leguía virreinal que a un Pancho Villa elemental e iracundo. Andariego impenitente, individualista agresivo, la realidad sólo existía en la parcela de su imaginación deslumbrada. Sentíase cómodo defendiendo la fuerza que mancilla al derecho, porque la fuerza era espada garantizadora del orden.

Confundido a veces por las líricas tempestades de su arte elocuente, considerábase más allá de los juicios de sus contemporáneos. Más que hombre de presente fue hombre de pasado, y en sus gestos y ademanes pervivía la Lima elegante y señorial de que nos habla don Ricardo Palma en sus leyendas.

Puerto Rico recibió al poeta, para quien «los Andes son el gran silencio y las selvas son el gran murmullo». Recibió al poeta épico, de verso grandilocuente para ser declamado en los verdes espacios entre la tierra y el cielo; al cantor de las tristes glorias indígenas y de las ruidosas glorias de los conquistadores; al cantor de los ríos, de las selvas y de las vetustas ciudades. Para estos días nuestra juventud conocía *La Elegía del Órgano*, que con tanto gusto recitaba, en años posteriores, mi sobrina Bernice; también conocía *El Salto del Tequendama*, *Los Caballos de los Conquistadores*, *El Alma Primitiva*, *El Hombre Sol* y tantos otros poemas marciales, sonoros, magníficos, llenos del vigor de su poder descriptivo. Ellos le consagran como el poeta de la historia y la naturaleza.

Con esta vendimia a flor de labios, y en la voz el registro profundo de la estrofa triunfal, a Chocano se le aclamaba como a un artista favorito. Todavía el arte entusiasmaba al pueblo. Y los políticos eran señeras figuras de la cultura. De su poesía intimista, sin embargo, poco se conocía; igual que hoy. En estos poemas está ausente el drama de la historia, y ausente está la lujuriente visión de la naturaleza tropical. Si los primeros, desbordados y caudalosos, nos hacen pensar en Chocano recitando desde una cúspide andina, estos últimos nos hacen concebirlo recitando en un dilecto saloncito, rodeado de efusivos admiradores, en la mano derecha la copa de rojo vino y en sus labios el acierto de su soneto a *Las Orquídeas*:

*Caprichos de cristal, airoas galas
de enigmáticas formas sorprendentes,*

*diademas propias de apolíneas frentes,
adornos dignos de fastuosas salas.*

*En los nudos de un tronco hacen escalas;
y ensortijan sus tallos de serpiente
hasta quedar en la altitud pendientes
a manera de pájaros sin alas.*

*Tristes como cabezas pensativas
brotan ellas, sin torpes ligaduras
de tirana raíz, libres y altivas;*

*porque también, con lo mezquino en guerra,
quieren vivir, como las almas puras,
sin un contacto con la tierra.*

Muchos fueron sus sonetos prodigiosos: *La Magnolia*, *Los Cocuyos*, *La Visión del Cóndor*, *El Estrecho de Magallanes*, *Seno de Reina*, *Blasón*, *La Cruz del Sur*, para mencionar algunos. Pero a este poeta de excesos, a veces, la belleza le venía de la tragedia. Y así durante su visita a la Isla, y en memorable noche guayamesa, la súbita muerte del poeta don Vicente Palés Anés le inspiró un soneto digno de conocerse:

LÁPIDA

*De pie dentro del marco de fulgores
de un escenario en fiesta (lauro y rosa)
recitabas tus versos..., y una cosa
que venía de ambientes superiores*

*puso en tu voz proféticos vigores
para cantar con lira misteriosa:*

*«El Alba llorará sobre mi fosa
y el verde abril la cubrirá de flores.»*

*El escenario te sirvió de puerta
a la Inmortalidad. La Intrusa alerta
apuntó en su pizarra un signo adverso.*

*Y al retirarte, así, con la guirnalda
fresca en la sien, se desdobló, a tu espalda,
como un telón, la Eternidad del Verso...*

Después de Puerto Rico volvió a lo de siempre: caminar, caminar. Llega a Cuba, y de allí vuelve a México y Guatemala. En este último país la turbulencia de su vida inquieta por poco lo lleva ante un pelotón de fusilamiento. Libre de la cárcel, por intercesión del Papa y del rey de España, pasa a Costa Rica, de donde finalmente regresa a Perú. Diecisiete años había durado su ausencia. Este regreso tórnase en acontecimiento que culmina espléndidamente en su coronación como poeta en 1922. Pero incansable ansia trashumante consumía al poeta, y muy pronto pisaba tierras de Colombia, Venezuela, Panamá y El Salvador. Sus recitales seguían siendo un éxito. Todavía la alegría de andar no se había convertido en fatigada desilusión. Todavía el amor convocaba su lírica capacidad erótica. Todavía no había escrito *Nostalgia*.

En el año 1924, ya en la plenitud de sus versos dolientes, vuelve nuevamente a Lima y el gobierno encomiéndale un canto a la victoria de Ayacucho. Celebrábase el centenario de la memorable batalla. Chocano, con su invariable disposición polemizadora, dijo: «Ha llegado, para bien del mundo, la hora de la espada.» El gran Vasconcelos le replica, y un joven izquierdista, Edwin Elmore, solidarízase con el repudio. Las mutuas diatribas periodísticas descienden al encuentro personal. Chocano mata de un pistoletazo a Elmore. Convicto, cumple su condena en un

hospital: máxima condescendencia al máximo poeta. Una vez más, la nube del exceso opaca su vida. A caminar de nuevo. Esta vez hasta Santiago de Chile: la última jornada. Gabriela Mistral le ve partir.

Es el año 1934. Ahora podía repetir sus palabras de otrora: «Yo no corrí, yo no reí, yo no jugué, yo no tuve propiamente niñez. Los únicos entretenimientos de mi niñez fueron los cuentos de mi madre y los relatos militares de mi padre. Mis únicos juguetes fueron los libros.» Esto es triste, porque los libros son solemnes, y los niños no deben saber de solemnidades. La sabiduría de los niños reside en su sonrisa, sonrisa que más aparece en los ojos que en los labios. En esta época se desquita de la orfandad de juguetes y se dedica, con afán de niño, a desenterrar tesoros ocultos. Vivía en un mundo maravilloso, donde los videntes y los augures le señalaban auríferas rutas. Una persona que le acompañara en una de esas búsquedas ilusorias, considerase traicionado por el poeta. Y en la tarde veraniega del 13 de diciembre, mientras Chocano viaja camino de su casa en un tranvía, es apuñalado por su compañero de aventuras. Muere antes de llegar al hospital. Tenía cincuenta y nueve años.

Don José Santos Chocano había muerto como un niño: buscando tesoros. Quizá buscó bajo tierras de América tesoros de legendario encantamiento. A decir verdad, los tesoros no tenía que buscarlos bajo tierra; estaban en la sensibilidad de los que conocieron sus versos: oro de estremecedora calidad. Y ahora que el hombre, cada día más subjetivo y cada día más horrorizado con las visiones de la guerra, le marca linderos a la épica, debemos leer los sonetos del poeta peruano: son logros de la palabra en gracia de aciertos. Casi un triunfo de la intimidad en medio del torrente del Tequendama.

RUBÉN DARÍO EN PROSA

Rubén Darío, de América, es alta voz de España. Y es el recuerdo de su obra innovadora fraternal ligadura, porque su mensaje tiene categórica afirmación de actualidad y está, además, grávido de futuro. Ahora que queda atrás la caravana multicolor del centenario conmemorativo, escribo estas letras para reconocerle al insigne nicaragüense una lejana deuda de emoción. La emotiva deuda me nutrió de claridades, de esas que impulsan el anhelo de llegar a despejadas cumbres, y que conviértense, con el correr de los años, en libradora protección del contorno ambiental, adverso a la cultura en su ideal de desinteresada creación superadora.

Su voz sembradora vivió en hispánica vigilia, y en los innumerables caminos que recorrió su afanar de artista consagrado dejó la huella esclarecida de su amor a España. En gran medida fue vigilia de prosa que asumía la forma de incesante y aplaudida corresponsalía periodística. Son tiempos de vital peripecia. Chile, delgada tierra, le acoge con efusiva hermandad. En las redacciones de Santiago y Valparaíso hizo dura labor anónima que le obligaba, no siempre con éxito, a disimular su cultura histórica y su reiterado antagonismo a la frase hecha. Es su primer contacto con el mundo hemisférico, y determinativo ha de ser en la formación de su ser americano. Desde entonces las patrias, sin excluir a las Antillas, serían amorosos paisajes, iluminadas visiones integradoras del mosaico de su espíritu de gran señor de las letras. Por eso, nunca quedó desmentida su defensa de los valores de una

raza a la que pertenecía por filiación espiritual más que por ancestro biológico.

Las exigencias menudas y cotidianas obligaron a Rubén a seguir esta azarosa carrera. Dentro de los apremios de su vida trasahumante tuvo la suerte de asociarse con «La Nación», el gran diario bonaerense. De esta inicial relación nació su afamado *Canto a la Argentina*. No tardó en ser enviado a España. Después visitaría soñadas ciudades europeas, siempre en función de infatigable periodista de prosa ágil y abarcadora. El secreto acicate de esta posición retribuida con periódicos y revistas está revelado en estas palabras que un día le dijo a otro periodista: «Porque yo he tenido siempre horror a la pobreza, porque es triste. Me gustan las mujeres bellas y bien vestidas, el champaña, las flores. París, sin todo eso, que es su perfume y su poesía, se convierte en una ciudad muy cruel.»

A través de sus crónicas llenas del aliento de la actualidad, el público lector, libre todavía de la sugestión noticiosa, disfrutaba, como si el lunes o el jueves fueran ociosos fines de semana, del espectáculo de una Europa alegre y despreocupada. Una de estas sabrosas crónicas convirtiéndose para Rubén en desabrida instancia. Por error cablegráfico dióse la noticia de la muerte de Vargas Vila ocurrida en Atenas. Rubén, generoso como siempre, publicó una bella necrología en «La Nación». La tituló *Un Suicidio Romántico*. En ella, inocentemente, dijo que el sonoro panfletario colombiano se había suicidado junto a su amada en una retirada villa. Vargas Vila sobrevivió al poeta de los cisnes por muchos años, y a la hora de su muerte tenía una buena cuenta bancaria. Como siempre, mantenía inalterada su condición de misógino.

Artista inquieto y peregrinante, romero de luz y belleza, vivió obseso por el París negador de los convencionalismos burgueses. Y amante de las remotas y exóticas opulencias, hizo de su vivir parisiense gozo doloroso de bohemia noctámbula, casi con-finante con los paraísos artificiales. Le engañó este fascinante es-

pejismo abridor de las doradas puertas de la elegancia. Y para Rubén hízose máxima aspiración: «Vivir mientras pueda hacerlo intensamente, apurando todas las emociones de la existencia. La vejez me espanta por lo que tiene de feo, de impotencia, de frío, de anhelar y no poder conseguir. Pero afortunadamente no llegaré a ese extremo. Llevo ya el enemigo dentro. El pez que me ha de devorar ya tiene la boca abierta.»

Poeta de verso renovador, esteta de rebosante imaginación alada, el reposo hubiera sido su mejor amigo. Sólo lo conoció en sus áureos días de Mallorca, cuando la serenidad estaba en el aire y cada árbol era cobijo de restauradora meditación. Cuatro meses permaneció en esta tierra de sol y viento que, al hacerse íntima y asible en Valldemosa, le restablecía la deleitosa fe en las cosas limpias y sencillas. Este brotar de frutos jugosos, esta gente de mano dura y corazón blando, reponían, en su espíritu «triste de fiestas», los abastos de la esperanza. Y el mar azul calmaba las impacencias de su carne pecadora.

Por estos días trabajó mucho. Era tanta su facilidad en la creación gozosa y era tan generoso su hispánico corazón universal, que me es difícil concebirlo como periodista. Pero lo fue. Su periodismo en esta época tiene el tono de maestro. Y es que ya está emancipado de la política disociadora y banal; es que ha terminado su jornada protocolaria de diplomacia olopelesca. Ahora vive de sus laboriosas madrugadas. Su sagacidad periodística trascendía el plano de lo pasajero, para penetrar en la parcela del porvenir. Y su atildada pluma iba perpetuando la visión de aquella Europa feliz y comunicativa que pereció en la vorágine de la Primera Guerra.

A Rubén también se le acerca la hora de perecer. Alma de ensueños y presentimientos, lírico ebrio de la noche seductora, sabe que la muerte le espera con su extendida mano fría. Su cuerpo estaba gastado, el alma sangrante, derrochadas sus luminosas interioridades. Y en las mesas de la bebida recibía el baldón del elogio de los acólitos. Se iba acabando la vida del amado

de Francisca Sánchez, la rústica mujer que le prodigó todos los amores y supo guardar la obra del poeta como testimonio adicional de su amorosa consagración.

Sale del París de sus triunfos después de escribirle a su amigo Enrique Gómez Carrillo, fino escritor de mundano refinamiento: «Voy en busca del cementerio de mi pueblo natal.» Y ya en la tierra de los dormidos volcanes, bajo el apacible cielo nicara-güense, lejos del placer decepcionante del bulevar iluminado, siente que la vida le renace. Pero ya era tarde, y no pudo, como José Martí, grabar para siempre en el pensamiento la imagen de una estrella solitaria. No tenía Rubén más bandera que la del arte, no tenía más programa que la concordia universal. Perdonémosle esta aparente ausencia de patriotismo, sin que olvidemos que este noble sentimiento a veces se cubre con el manto de las insinceras proclamaciones y otras se nutre de ruidosas causas destructivas. Rubén no era hombre de énfasis. Su solapa subjetiva se adornaba con la pálida flor de la timidez. Por eso no pudo decir como Martí:

*Yo quiero, cuando me muera
sin patria, pero sin amo,
tener en mi losa un ramo
de flores y ¡una bandera!*

Pero dijo, en época anterior, quizás en improvisación nacida de la fiesta honda, cuando el pensamiento tórnase lúcido para ver la negrura de nuestro final destino:

*Y la carne que tienta con sus frescos racimos
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
y no saber adónde vamos
¡ni de dónde venimos!*

En el cementerio de León, su ciudad natal, lo enterraron una tarde de febrero de 1916. Moría con el cuerpo abatido y las alas en vuelo. Este Rubén de fantasías y de manos de marqués, arbitrario, tímido y dispendioso, había trabajado mucho bajo el sol de su pasión de arte. Puede decirse que vivió de la prosa. Pero vivió en verso, y el verso le dio la inmortalidad.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Rodó, el uruguayo insigne, el ético prosador, fue hombre de honrados sentires y de convicciones profundamente arraigadas en el solar americano. Su disposición fue invariablemente hispánica, porque su cultura nació en las linfas greco-latinas. Y por eso el mundo sajón, nebuloso en su expresión geográfica, utilitario, eficaz y sistemático en su expresión intelectual, nunca interesó vivamente a su sensibilidad de pensador y artista que concebía la vida como vocación integrativa de ideales destinados a garantizar humanísticamente la supremacía del espíritu sobre la materia. En esto fue «un soñador a prueba de frialdades y desengaños».

Sus ideas están resumidas en *Ariel*, el luminoso librito —pocas las páginas— aparecido en 1900. Es el comienzo del nuevo siglo y Rodó tenía veinticinco años. Los mismos que Julio Herrera, el atormentado. Y es la hora en que el poema de Rubén *A Roosevelt* conviértese en manifiesto político. Estados Unidos le había ganado la guerra a España y, como consecuencia, su poder empezó a sentirse más allá de las fronteras cargado por el mágico prestigio de la bélica victoria. Desde los tiempo iniciales de la doctrina, Monroe quiso desempeñar el papel de hermano mayor, pero al sur del Río Grande impresionaba como mayoral de relucientes botas.

Desde ese año siéntese abanderado por el mandato de su creciente desarrollo, y el suelo de las circunstancias muéstrase pro-

picio para aventar sus designios expansionistas. Coordina y estimula esta política la vanguardia del Partido Republicano, y cúbreala el atractivo velo de la democracia. Aparece la norma tecnificadora como vehículo para el dominio de la naturaleza, y aparece la corporación, esa inocente criatura jurídica de latente fuerza tentacular. Es una nueva política de expansión inversionista dirigida al logro de mercados que, a la larga, convierte a la democracia en garante de los magnates económicos. Sin protección quedan los valores que informan la cultura y la tradición libertaria. Por el espinazo andino empiezan a correr fríos de recelo.

Ante esta lenta penetración subvertidora de las esencias hispánicas, Rodó se dirige a ese discipulado hemisférico que es la juventud. Lo hace desde la sonora tribuna de *Ariel*. Citando a Montaigne, por razón de la tendencia utilitaria que permea la filosofía de la nueva potencia, dice el maestro: «Nuestro espíritu puede ser objeto de préstamo, pero no de cesión.» «Pensar, soñar, admirar —añade por su cuenta—: he ahí los nombres de los sutiles visitantes de mi celda.» Helénica es la filiación de estas palabras que ya empiezan a estrellarse contra la amarga pared del pragmatismo. Los mil detalles de la vida corriente malogran la idealidad. El hombre debe sobrevivir al aplastamiento del vacío. Rendirse es regresar a la barbarie de los torpes aceleramientos y de los ruidosos goces estériles. Combate la democracia niveladora, porque frustra la misión del hombre superior al ejemplarizar el triunfo de las medianías neutras. Teme que la influencia norteamericana aparte a su gente de la ruta clásica seguida a través de los años como hijos de Dios y de España. Le asusta el prestigio de lo cuantioso porque lesiona la gracia; le asusta el concepto del tiempo porque lesiona el cultivo del ocio fecundo y convierte el trabajo en una periferia sin más. Previene contra la brillantez de los triunfos exteriores. El triunfo siempre predispone a la admiración, y la admiración puede llevar a la adhesión y al culto de la fuerza económica. No se niegue América, progrese y siga siendo lo que es.

Una de las pocas cosas que Rodó admiraba de Estados Unidos era la sinceridad en la profesión religiosa. Y era que su condición de estudioso le impedía pasar por alto la ostentosa catolicidad que le rodeaba. También le impedía dispensar la caridad dominguera, así como la grandiosidad de un ritual que contrastaba con la desesperación de las masas hambreadas e ignorantes. Pero implacable en el señalamiento de los defectos, reiteraba el que consideraba más peligroso para la juventud hispana: la lucha constante para conseguir los medios que hacen posible la comodidad con olvido de las misteriosas idealidades. Y así esencializó su pensamiento. «Los admiro, aunque no los amo.» Después del normativo *Ariel*, muchos libros se escribieron de igual tónica. ¿Fueron excesivos?

Antes de contestar esta pregunta, añadamos otra: ¿Hicieron bien estos libros? O mejor: ¿Hizo bien *Ariel*?

Contestamos en la afirmativa. El valor del luminoso librito es permanente, porque es una obra de arte rebosante de poéticos logros filosóficos. Su prosa de sólida belleza escultórica fue, y sigue siendo en algunos sectores, un mensaje casi evangélico, un devocionario para las juventudes enfervorizadas. Él les marcó metas y les calorizó en el combate. A la subyugación del arielismo hay que unir el prestigio de Rodó. Atildado hombre de letras, también lo fue de espíritu. Su nombradía se ensanchó cuando, en prólogo consagratorio, continentaliza a *Prosas Profanas*, y Rubén se asoma al balcón de América a recibir, con agradecidas inclinaciones, la expresión de los cálidos homenajes. Es este espaldarazo el que precisamente pone en duda el título de Chocano como poeta de América. Se respetaba al crítico uruguayo y se amaba al autor de *Ariel* por algo más que el encanto de la literatura. Veamos.

La vuelta del siglo marca el triunfo de las ideas positivas sobre las ruinas de las concepciones románticas. Este positivismo, que llegaba en oleadas filosóficas, convertíase en aliado del positivismo práctico ejemplarizado por Estados Unidos. Es en este

momento de perturbadora transformación que aparece *Ariel*, y pronuncia su medular alegato reafirmando los valores del humanismo greco-latino. En él va la respuesta de la América hispana: reconoce el predominio económico de Estados Unidos; reconoce su orden político, caracterizado por el deslinde entre lo civil y lo militar; y reconoce su poder ante el mundo. Pero también hace referencia a sus propios méritos, especialmente a las virtudes espirituales de la cultura como suprema finalidad del hombre y como suprema herencia de la vida clásica.

Esta palabra despertó admiración y entusiasmo. Puede decirse que constituyó la base de la resistencia latina frente al arrollador acercamiento de la supremacía norteamericana. Fue una resistencia intelectual que engendró resistencia política. Resistencia casi siempre justificada y, en ocasiones, heroica. Estados Unidos no comprendía a sus vecinos. Quería hacerse admirar por su fuerza, y olvidaba que los méritos no siempre residen en la fuerza. La pregunta ahora es: ¿Tiene vigencia el arielismo?

Contestamos en la negativa. El último bien que hizo *Ariel* se lo hizo a España. Su voz hispánica, llena de resonancias afirmativas, mejoraba la imagen de la vieja metrópolis ante el concepto de sus hijas ya tiempo emancipadas y ahora conscientes del cruel desastre de la guerra hispano-americana. Implícitamente, *Ariel* era una defensa de España, ya que defendía en Hispanoamérica valores y tradiciones fecundados por el genio español. Su impacto detenía la tendencia desviadora que creaba el poder práctico de la abundancia norteamericana, y señalaba, en orientación magisterial, el viejo camino que conduce a la esfera europea. Pero volvamos a la América nuestra.

En lo que a ella concierne ha tiempo que el arielismo cumplió su propósito. Recuérdese que la actitud de *Ariel* era esencialmente adversaria, casi hostil a Estados Unidos. Esta nación ha realizado buenas rectificaciones, aunque faltan muchas. Y frente a estos sucesos conciliadores la hora exige otra postura. Porque no es el momento de sustituir el estilo utilitario norteamericano

por uno basado en la devota profesión del ideal humanista. El momento exige aprovechamiento de civilización y flexibilidad de ánimo. No se puede, claro está, borrar la realidad histórica. Por lo que el optimismo de algunos interesados no borrará las diferencias de espíritu y de actitudes. Sí, es cuestión convenida que no se trata de escoger entre Estados Unidos y Europa. Se trata de determinar qué tenemos y qué queremos. Y en vez de distanciarnos de los americanos del norte siguiendo la norma del repudio sistemático, tratar de conocerlos. Así comprenderemos que nunca seremos como ellos, sin que esta inevitable imposibilidad signifique tapiar la hemisférica convivencia, convivencia que no malogrará nuestro destino de pueblo orgulloso de sus diferencias. Pero esas diferencias no son nuestro único patrimonio. Tenemos suficiente ingenio para incorporar modos prácticos y darle el frente a las exigencias de la vida moderna. En lo esencial seguiremos distintos. Nos conviene tanto un comercio de valores culturales como un comercio de meras conveniencias. A estas alturas todos sabemos lo que tenemos que aprender de los Estados Unidos; ellos están aprendiendo que no basta con intensificar la política panamericanista para asegurar mercados. Su falta de imaginación la suplirán aprovechando las lecciones de la historia. Mientras tanto, si no podemos unirnos por la gracia de la técnica ni por la gracia de las artes y las letras, unámonos para la protección de la libertad y el cristianismo, perennes objetivos del comunismo disociador y, a veces, pretensamente fraternal.

Ariel nos parece hoy —por sus implicaciones políticas— un exceso. Exceso es proscribir las fórmulas del entendido a base de que Estados Unidos y la América del Sur son radicalmente incompatibles. En las relaciones entre los Estados, que forman parte de la cultura, lo que cuenta, como ganancia civilizada, es la satisfacción que se deriva de la mutua consideración y el mutuo respeto: clima ideal para disfrutar de las mutuas conveniencias.

VOLTAIRE

Ahora que el mundo vive la desconcertante culminación de la violencia y el motín callejero adquiere categoría de deportivo pronunciamiento, es propio recordar a un personaje histórico que defendió la libertad sin usar otro medio que el del pensamiento. En esa defensa su energía nunca desmayó; tampoco desmayó el jugoso brío de sus variados recursos intelectuales. Se llamó Francisco-María Arouet. Nada nos dice este nombre; pero su seudónimo es inolvidable: Voltaire.

Su día, como el nuestro, estuvo lleno de violencia. En su tiempo la engendraba el despotismo del Estado y sus instituciones; en el nuestro la engendra un pueblo en la plenitud de sus derechos. Y, asumiendo la forma de tumulto, llega extemporáneamente a las aulas universitarias; se viste con galas académicas y, desde la sobria elevación de los recintos, vocea ardientes demandas que no justifican los desacatos que realiza ni la destrucción resultante.

Es como si las causas perdieran sentido ideológico y el esfuerzo perdiera significación humana para convertir el suceso en una lucha a oscuras donde el grito amputa el vuelo de la palabra. Es una lucha donde los enérgicos gestos inútiles, como banderas prematuramente desflecadas, sirven de marco a una oratoria de vibrantes incoherencias. Éstos son los categóricos síntomas de una generación que ha sustituido el ideal por la acción sin pasar por el intermedio orientador de la anticipación teórica. Es la cono-

cida acción directa, ayuna siempre de objetivos constructivos, pero siempre dispuesta al estallido y la alarma.

La inteligencia, por lo que supone de deliberación y cautela, por la forma en que acompasa el emocionalismo de la conducta, es resultancia de una exploración cultural. Para los grupos protestatarios la cultura es excluyente apocamiento. Lo contrario es cierto: la cultura faculta e inspira. Bajo su signo las causas conviértense en destino. Ésta es la juventud que, cursando estudios, se distancia de los libros para serlo todo a través del heroico espejismo de la acción. Vana pretensión.

Con lo primero que contó Voltaire fue con los libros. Ellos le permitieron expresar la inagotable fertilidad de su organizado pensamiento. Y si bien es cierto que lo mejor de ese pensamiento se perdió en la sabrosa inutilidad de las charlas, ellas le titularon maestro del culto decir. En los frívolos salones elegantes dejó la chispa de su incisivo ingenio, ingenio que convertía la ira en carcajada. Su palabra, contraria a la de Castelar, no era fuego; era luz que alumbraba los discretos rincones de la naturaleza humana. Era la suya sutileza que derrotaba sin inferir agravio. Para este hombre reseco, casi esquelético, la fuerza estaba en la expresiva naturalidad de su palabra festiva.

Hombre inteligente y mundano, triunfó en el arte de hacerse enemigos. ¿Qué otra cosa podía esperar una persona afiebrada en el mantenimiento de ideales ajenos a una época en que todavía la discrepancia y el disentimiento eran delictuosas desviaciones del deber obedencial? Imperaba la fanática superstición, y lento era el resplandor de la Enciclopedia. Al extenderse a toda Francia, sirvió para iluminar lúgubrementemente a las víctimas de una guillotina levantada por la sangrienta nivelación igualitaria. Pero triunfó, además, como hombre de letras y, cosa rara, tuvo éxito en los negocios. El dinero fue siempre asidero de su independencia, sin la cual su talento no hubiera rebasado el adocenamiento de las medianías palaciegas. Por eso supo vencer el amargor que causa la injusticia para reírse de su autor. Así, un día, ya famosas

sus discrepancias, le dijo al regente de Francia al salir de la Bastilla después de un año de encierro: «Monseñor, encuentro muy agradable que Su Majestad se encargue de alimentarme, pero suplico a Vuestra Alteza que no se preocupe más de mi alojamiento.»

Hijo de notario, supo invertir el dinero heredado, sin que la creciente riqueza empañara la donosura de su lúcido espíritu. Y aunque destacóse en la dramaturgia trágica, no hizo cosa de tragedia la quema de sus libros. Después de todo era un acto oficial en el que oficiaba el verdugo. Seguía impertérrito en el disfrute de las cosas amables, y no lo ocultaba. Es hipocresía ocultar estas humanas expansiones. La hipocresía es la peluca de los calvos de espíritu. Voltaire no usó más peluca que la que se estilaba. Sin tener especial valor personal, puede afirmarse que realizó un ideal contemporáneo: que el hombre viva como piense. Los rizos de la peluca destacaban la malicia de su sonrisa incrédula, rasgo definidor en su casi inexistente cara.

Voltaire sabía reírse de sí mismo, y si no lo hacía con más frecuencia era porque estaba ocupado en reírse de los símbolos decrepitos y de unas costumbres todavía enmarcadas en feudales proyecciones. Su risa siempre fue flagelante burla política y sociológica. En estos empeños su vivo ingenio convirtióle en personaje carcelario. Con todo, buen burgués al fin, hubiera deseado ser figura palaciega. No lo consiguió en Francia, pero lo consiguió en Prusia. Famosa es su amistad con el rey Federico. Eran los tiempos en que el rey de Prusia ofendía al de Francia admitiendo espléndidamente en su corte a un escritor que decía: «Estoy cansado de oír que doce hombres bastaron para fundar el cristianismo, y tengo ganas de demostrar que sólo hace falta uno para destruirlo.» Y como si Federico no pudiera oírle, añadía, con aquel sentido de superioridad que habíale inculcado su largo batallar contra curas y ministros: «Yo he hecho más en mi época que Lutero y Calvino.»

Voltaire fue a la vida sin cara trágica, bullente su pensamiento

de fórmulas de justiciera innovación. Hoy la tragedia es la cara de la hora. Y en la insatisfacción personal, el hombre se disfraza con infantiles creaciones llamativas inferiores a la peluca del hombre que al escribir con risa cauterizaba con fuego. Estos disfraces de hoy son asomos de hostilidad. Para curar esta minadora dolencia social puede aplicarse el viejo remedio del autor de Cándido: ejercita tu cordialidad en la vida activa de todos los días, y considera la vida del prójimo como una invitación a la tolerancia.

Historiador del pasado y del presente, fue más europeo que francés. Combatió la guerra porque no creía en la guerra justa. Cada agresor pinta su crimen con el color de la justicia. Y combatió los vehementes movimientos creados por el instinto y el sentimiento. Los consideraba esencialmente transitorios porque se apartaban de la sabiduría de la experiencia. La experiencia es invariable pauta que nos liga a los bienes de la historia sin que sea atoro a la gestión del cambio señalado por las nuevas necesidades.

Por ignorar esta sabia norma, nuestro tiempo ha sido endurecido por el odio batallador y la desafiante intolerancia. Este fuerte sentimiento, encauzado por irreflexivas militancias, ha matizado la actitud vital de insensatez y locura. Aturde y sobrecoge la forma innecesaria en que la muerte se produce. Esta pobre estima a la vida derrota los baluartes del alma, y la libertad, su garantizadora, siéntese arrinconada. En el silencio de su deslucida pretensión formula nuevos programas, consciente de ser insuficiente luz en un tiempo en que el hombre da la espalda a las pacíficas soluciones de la inteligencia y cierra los puños para vitorear la violencia.

CIUDADES

UNA ESTATUA Y UN SANTUARIO

A Astrid Ramírez de Morales, mi hermana.

Aquella tarde, como siempre, el grupo excursionista era heterogéneo. A mis espaldas tres fornidos eclesiásticos conversaban animadamente. Y a ratos se reían sus propias ocurrencias. Llegaron a preocuparme estos extrovertidos eclesiásticos de rotunda risa. ¡Qué ajenos a la telúrica vivencia! En otros bancos, los niños con su risa juguetona y las madres con su invariable aire preocupado me daban la sensación de que aquel paseo era para que los niños durmieran y las madres soñaran.

El verano, tiempo propicio para que el mundo satisfaga su curiosidad neoyorquina, estaba en toda su plenitud. Y la tarde, auspiciadora, permitía las delicias de la navegación. Darle la vuelta a la isla de Manhattan es una rutinaria tarea encantadora. Sueltas las amarras, la embarcación derrotó hacia la bahía. Prontamente una linda cicerone empezó a describir las escenas en un desacostumbrado diáfano inglés. Mi imaginación no seguía fielmente las amenas explicaciones. Siempre he creído que la naturaleza no es susceptible de catalogación, por ser más bien, amplio ventanal de lírica contemplación. Mi abstracción duró hasta que oí la palabra Estatua de la Libertad. Efectivamente, estábamos frente a la isla de Bedloe. Por un incomprensible resorte psicológico pensé en José Martí. ¿Por qué José Martí? Recuerdo entonces que esta famosa estatua fue solemnemente aceptada

por los Estados Unidos en 1886. En ese tiempo Martí era en Nueva York un nostálgico inmigrante que llevaba en su corazón la brasa de la revolución. Se abrió paso con su ceremoniosa actitud cordial en una colonia de cubanos recelosos y escépticos. Su familia había quedado en La Habana y tenía que trabajar como cualquier hijo de vecino. Afortunadamente, su nombradía literaria era ya casi hemisférica, y los buenos amigos de «La Nación» de Buenos Aires le habían concedido honrosa corresponsalía. A virtud de esta encomienda es Martí testigo del solemne momento en que la Estatua de la Libertad quedó inaugurada como tributo del pueblo francés a los primeros cien años de libertad americana. Con ese motivo publica Martí en el mencionado periódico su famosa crónica *Fiestas de la Estatua de la Libertad*. De esa crónica —el periodismo actual no permite cosas tan bellas— no puedo sustraerme a recordar aquella oración que dice: «Estaba áspero el día, el aire ceniciento, lodosas las calles, la llovizna terca; pero pocas veces ha sido tan vivo el júbilo del hombre.»

Atrás quedó la mugrienta estatua —reluciente en el símbolo—, y entramos al East River. Sobre este ancho río se tienden varios puentes. Son acerados caminos que, por la ruta del espacio, unen conglomerados humanos; audacias son estas colgantes estructuras. Una íntima geografía de isletas ribereñas llena de prestigio poético a este río cargado de crédito financiero. No obstante, él está consciente de que la solvencia económica necesita un poco de gloria, y así Governor Island, por ejemplo, proyecta sobre sus turbias aguas hazañosos recuerdos revolucionarios. Al dejar este antiguo fortín, los ruidos comerciales de la ciudad no llegan hasta mí. Por eso el desfile abigarrado en la orilla de la urbe me parece la proyección de una película muda. Sin embargo, los ruidos del mar son parlante filmación: las sirenas, el asmático trajinar de los remolcadores, la algarabía de los *ferry-boats* y el chillido de las gaviotas.

Para volver a llegar al Hudson hay que pasar por el río Har-

len, teórico río que, al confluír con el East River, se eriza de brusquedades. Es el mal genio de esta ciudad de escasos goces estéticos y de plurales dinamismos inútiles. Un poco más allá, una curva angosta nos devuelve al Hudson. Y un tren de lento avanzar sigue nuestra misma dirección. Miro hacia la orilla de Jersey. El sol llena de luminosidad esa formidable pared que se llama Palisades. Sus escarpados riscos parecen abismos en llamas. Por un momento me creo estar frente a los morrillos de Cabo Rojo: sol bermejo en acantilado gris.

Casi dominado por el hermoso panorama, me había olvidado de la linda cicerone que hablaba en desacostumbrado diáfano inglés. Dijo entonces un nombre, y el nombre me despertó el recuerdo de una monja que murió en suelo americano, mientras la metralla y el cañón retumbaban en suelo europeo: la madre Cabrini. Mencionó su nombre porque a la izquierda, en breve planicie de Riverside Drive, está la tumba-santuario de esta desposada de Jesús. Si Martí defendió la libertad del hombre con el heroísmo de su vida resplandeciente, esta santa defendió, en sublime trinchera de abnegación y sacrificio, la noble causa del enfermo y del pobre. Fue su lucha incesante y denodado su esfuerzo. Y llegó hasta la meta angélica de la misericordia humana y del premio divino.

La excursión ha terminado y la embarcación busca su atracadero. Un aplauso resuena para la linda cicerone. Frente al muelle un grupo de hombres y mujeres de color, elegantemente vestidos, abordaban una vecina embarcación excursionista. Su risa y su charla eran audibles en la bulliciosa actividad del estuario. Me dije: «Éstos no son de la Séptima Avenida. Deben ser burgueses ajenos a las actuales candentes controversias. O tal vez sean—también pensé— personas penetradas de las actuales candentes controversias que, humanos al fin, han sacado el día para meterse en fiesta.»

Al despedirme de aquel sector miré hacia el poniente. El sol semioculto parecía una media luna. Hace tres siglos, una nave lla-

mada Media Luna surcó estas aguas en busca de una ruta para las Indias. Se me ocurre que el crepúsculo de aquella tarde fue un homenaje a la intrépida nave exploradora.

A!BONITO

Vencida la última curva del empeñoso repecho del Asomante, el paisaje se desdobra en retozones lomeríos. Sobre ellos se tiende la neblina: ilusión viajera vestida de azul.

Cuando al amanecer conviértese en adolescencia mañanera, la neblina, ya inquieta y transparente, se ofrece a la caricia del sol. Y nace la muerte. Resucita la neblina al amor de cada aurora. Y cada resurrección es dulce muerte.

Así comienza el día en este pueblo de históricos sucesos. Vive la historia en sus casas, en sus calles y en sus campos. Todavía existe en una de sus calles la casona que alojó durante el Año Terrible a un capitán general de ruda mano arbitraria. Y en una vecina ruralía se consagra el sitio donde nació un puertorriqueño de sabia mano orientadora. He aquí a dos hombres distintos. El capitán —Romualdo Palacios— apagó en Puerto Rico las últimas luces de España. El puertorriqueño —Federico Degetau González— ayudó a encender las luces de un tiempo nuevo.

El nombre de España me hace pensar en las bélicas fortificaciones de las colinas que rematan en los llanos de Coamo. En ellas, un día de autonómico régimen el imperio español, víctima ya de monárquicos achaques, dejó oír, en medio del desigual combate, el estertor de la agonía, sin que la agonía manchara la diafanidad de la gloria.

Así se expresa la vida de la historia. Pero en este pueblo la historia también se expresa en la intimidad de los recuerdos. Se

hacen de la paz de sus tardes serranas, del remanso de sus florestas, de la penumbra de sus quebradas anónimas, de las cúspides retadoras, de las frías nochebuenas transidas de villancicos y de la vibración criolla que es el reyar campestre. Y en esta noche de calladas sombras, en que recorro sus calles, me parece que las casas respiran.

En el cielo se han borrado las estrellas. El viento silba la canción de los farallones, y tórnase grave la melodía en la oquedad de las cuevas. Se musicalizan los contornos. Hasta el pueblo llega, contenido, por el laberinto de las calles... Y en los balcones, solos, se mecen los sillones con el mismo ritmo de la pasada tarde. Revelado el misterio de las celosías, respiran también las acogedoras salas, vísperas siempre del cordial comedor.

A la salida para Barranquitas, las claridades del alba le salen al viento, ya en su última ronda. Todavía le veo rozar, veloz, las viejas techumbres, y bajar la voz, con amistosa palabra, para saludar a las añosas maderas. Le veo tertuliar con las casas abandonadas y, finalmente, le veo partir, en ráfaga de auxilio, hacia la mar serena.

En el sosiego de los aposentos guardados por la madrugada leve, las visiones del recuerdo hacen escala en la bahía del sueño. Es un sueño aromado por las flores de Aibonito.

SANTIAGO DE COMPOSTELA

Comienza la tarde cuando el tren sale de Madrid. Prontamente se desdibuja el radiante bosquejo de la capital. En la tersura azul del cielo rebosa la luz. Adelante se desdobra la adusta desolación de la llanura castellana con sus mudos contornos infinitos. Sobre la tierra reseca y menguada, las piedras, como flores yertas, ensombrecen los declives y coronan los montículos amarillos. Pueblos mínimos, tendidos en la tostada sabana, insinúan sus techos rojizos a través de ralas hileras de árboles. Súbitamente, uno más grande, aparecido en la banda derecha del horizonte, copa la ventanilla: Medina del Campo, histórico baluarte que vive bajo la almenada vigilancia del castillo de la católica Isabel. Voy para Santiago de Galicia; en Santiago llueve diariamente, me informan. Y por ello el pensamiento se me fuga en evocaciones de lluvias. Recuerdo cuando de niño el día se cerraba, retumbaba el trueno y el rayo restrillaba su látigo violeta. La lluvia empezaba a caer copiosa e interminable. Yo buscaba recaudo en la falda de mi madre, porque creía que el mundo se iba a acabar. Esta sensación de miedo era el resultado de los relatos de aquellas buenas mujeres de escasas letras que tenían en el habla y en el gesto el encanto misterioso de las narraciones asombrosas. Siempre era al anochecer, terminados los oficios de la casa, que hacían los cuentos. Mientras los oía, el follaje preludiva la queda música del sueño.

El paso de un túnel me devuelve a la realidad. Ha enverde-

cido el paisaje, y en las redondas lomas, cerca de Orense, aparece el manso Miño. El Miño es el teléfono de agua por el que España y Portugal conversan. La aparición de la opulenta amarillez del tojo indica que estoy próximo a mi destino. Ahora la región rezuma humedad y verdura. En la personalidad cromática de Galicia el verde es ingrediente definitorio. Llego con las primeras sombras, pero sin estrellas; ellas duermen detrás de las nubes, bajas y cenicientas. Un caluroso recibimiento me resguarda del azote de un inesperado frío. En el calendario es verano; en la atmósfera comienza el invierno. La noche de Santiago me conduce por el torcido medievo de sus calles estrechas hasta llegar a la carrera del Conde. Aquí está el castillo Jové —Yuya custodiado por un silencio imperturbable—. Me dormí con el tren en la cabeza. Cuando desperté, promediaba la mañana; la ciudad empezaba a desperezarse bajo un cielo lluvioso. En mí ya estaba desperezada la voluntad de la alegría: estaba en posada de cariño.

A esta ciudad no debe llegarse a través de los modernos medios de transportación; lo ideal sería llegar como en los tiempos de las enfervorizadas peregrinaciones: a pie. Así llegaban los romeros penitentes después de recorrer el Camino de Santiago. Venían en busca de la indulgencia plenaria y de la remisión de los pecados. En sus extramuros deteníanse en una eminencia que con el tiempo vino a llamarse el Monte del Gozo. Ello así, porque desde el sitio contemplaban por vez primera las nobles torres de la catedral levantándose de la campiña en medio de la verde amenidad de su jugoso paisaje arbolado. Confundidos, ilustres y humildes formaban la piadosa romería. Pasadas las puertas de la ciudad del apóstol Santiago, el Hijo del Trueno, el anhelo, exaltado por la esperanza salvadora, vencía a la fatiga y marchaban a los lugares que la leyenda vinculaba al culto jacobeo. Se postraban ante tel sepulcro para sentir, como luz de liberación, el sentimiento de la vida eterna. Después, desparramábanse por el recinto urbano, llenando el ambiente de fervor cosmopolita.

Todavía, en nuestros días, la catedral domina la escena san-

tiaguesa y todavía peregrina el hombre cristiano. Ya no vienen San Francisco de Asís, Santo Domingo de Guzmán ni Santa Isabel de Portugal, pero siempre vienen los que quieren cambiar los harapos del alma por vestiduras de Dios. Ésta es ciudad de plazas, rúas y soportales. Bajo los soportales se triunfa de la lluvia, y en las plazas y las rúas el santiagués exterioriza su sed de vida humana. En su conducta hay mesura, pero en su gesto hay simpática acogida que vitaliza la convivencia. Cuando me di a conocerla, lo primero que visité, como cuestión sentimental, fue la Casa de la Troya. El momento perfiló la imagen borrosa de antiguos hechos. Por la plaza de Platerías entré a la catedral. En sus penumbrosos claustros rezaban devotos romeros, y frente al Pórtico de la Gloria la admiración tornábase políglota. La claridad de mi espíritu gozoso se quedó en la penumbra de los claustros. Una tranquilizadora limpieza me acompañaba mientras deambulaba por la asoportallada rúa del Villar. Rebotante de animación estudiantil y de expresividad callejera, se torna ligeramente grave al paso de los frailes. La flanquean librerías y casas rancias, en cuyos escudos perduran esencias medievales. Cada rato me parecía que iba a encontrar a don Ramón del Vallé Inclán, de regreso del mundo de los muertos. Al final me topé con el bello paseo de La Alameda. Lo corona la iglesia de Santa Susana, donde un domingo, de aire frío y cielo azul, recibió Brenda las aguas bautismales. Desde la elevación del atrio, la ciudad parece una masa pétreo sobre la que se cierne la sombra arzobispal de don Diego Gelmírez, batalladora figura de los días formativos.

Hemos dicho que es comunicativa la humanidad del santiagués. Vive prácticamente en la calle y en el café, y su ánimo, estimulado por el aire compostelano, convierte la cordialidad en sonora voz amiga. Todos los jueves el campesino, negro el indumento, callosa la mano labriega, viene al mercado a vender sus productos. Es ocasión para ver la laboriosidad de gente anónima y pobre. Destácase entre ella la mujer. Apartando, con resuelto ademán, las femeniles blanduras, presta su hombro para acome-

ter las jornadas en las que el hombre siempre ha sido capitán. Así era la mujer de que hablaban los clásicos: dulce en la casa, recia en el campo.

Pasan los días y no cae la prometida lluvia. El cielo la anuncia, pero lo que lanza es frío decembrino. La ciudad me es familiar y he llegado hasta las Casas Reales donde vive doña María, la gallega más generosa de Santiago. He concluido que más que los numerosos monumentos de traza renacentista que la adornan, me atrae el monumento a Rosalía Castro, la poetisa que llevó al verso la emoción y la belleza de Galicia.

A la hora del regreso recordé que la noche de la llegada me dormí con el tren en la cabeza. Ahora me llevo a Santiago en el pensamiento.

HUMACAO

En esta ciudad de apacible discurrir, el tiempo me dice su palabra equilibradora, palabra de serena fuerza que siembra en el alma el goce de lo imperecedero. Lo imperecedero mora en la calidad del hombre.

La circunda la gracia virgen del llano, del lomerío y del mar. Por la banda hacia Las Piedras, el río, en la brega de los días, se disfraza de mansedumbre. Estrecho su cauce, por él se desliza la timidez del agua. Pero llega un día en que se impacienta y, colérico, difunde el clamor de su protesta. Su cauce se ensancha y sus aguas enrojecen como venas que, al dilatarse, se rompieran en un grito formidable. Entonces la ciudad entrega el fuero de su apacibilidad, y el gris, como triunfante bandera, arroja los mustios contornos.

Ésta es tarde apacible y el río se disfraza de mansedumbre. Frente a mí, la colina de Roig. Muchas veces he dialogado con ella. En su voz viajan los senderos, y por sus aceras camina el viento. La comparo con un púlpito, púlpito ideal para predicar la palabra puertorriqueña, la incansable palabra que nos ordena urbanizar nuestra vida interior con edificaciones de patria.

En la plaza, el silencio hace escala en los bancos cubiertos por la sombra redonda de los árboles. Al silencio le cantan los pájaros ignorantes de la proximidad del hombre. Pero este hombre no les hará daño. Por el contrario, soñará al compás de sus

trinos. El sueño, como la tristeza, contiene espiritualidad redentora. Redimirse es pensar con la lucidez del corazón.

Muy cerca está el atrio de la iglesia. Por su ámbito camina el recuerdo del Padre Rivera. Sacerdote de nativa fibra, en sus labios el evangelio se mezclaba con Puerto Rico. En el oficio litúrgico, el vino consagradorio por él usado pudiera haber sido agua venida de los puros veneros de la montaña. Y es que el vino de nuestra Isla lo produce la uva del alma.

Atraído por el mar, dejé la ciudad cuando las últimas luces coloreaban las techumbres y en las calles disminuía el animado tráfico. Por la carretera el mar se anticipaba en los giros de la brisa marina. Ya en la playa me encaminé hacia el viejo puerto. Ahora, con sus instalaciones cerradas y su muelle derruido y solitario, siento surgir el recuerdo de los días afanosos, plenos de actividad marítima. Por las inmediaciones destácanse las abandonadas anclas. Casi cubiertas por la creciente vegetación, han visto su historia de esforzada porfía en los mares procelosos reducida a la condición de enmohecidos hierros. Nadie recuerda sus proezas, y en su abandono parecen objetos que no tuvieron linaje de gloria. Y como símbolo de lo que fue aliento de prosperidad, viaje de esperanza, advierto las vías rotas. Ellas resumen la frustración de los empeños interrumpidos. El ambiente tiene semblante de renuncia, la dolorosa renuncia a luchar contra el viento y la marea.

Por eso para el hombre de este litoral ya el mar no forma espuma de leyenda; ya no hace relatos fabulosos en su conversación con la tierra. Parece como si el mar de este puerto envejeciera en su retiro de mangles. Y es así porque lo ha vencido la distancia, la distancia que era ensueño de bahías y de cabos. ¡Quién diría que tiempo hubo en que la distancia moría en el hueco que forma el viento al azotar la vela!

Pero no hay duda: este viejo puerto tiene la belleza de las cicatrices. Las generaciones lo dejaron por muerto. No lo está porque él es un recuerdo del afán puertorriqueño.

En la vecindad se apagó el faro del cabo de Mala Pascua. No se apagará, sin embargo, la luz del espíritu humano. Y el hombre de este litoral, con su bondadosa hospitalidad, siempre será un relato de emoción y simpatía.

CERVANTES EN MADRID

Para Chalia, dulce persona.

En el contorno, en la exterior envoltura, Madrid es, como tantas, ciudad de ruidosa circulación y de ancho aliento comercial. Aupada a un moderno plano, pone a disposición del hombre los recursos y las facilidades que le son imprescindibles en este tiempo de logros técnicos y apuros desquiciantes. Últimamente ha adicionado una atracción que es, más bien, una aportación artística: hacer navegable, en modesta medida, al notorio Manzanares. Mucho tiempo estuvo alicaído este querendón madrileño porque no se sentía río, sino mero hilo de agua, sostenedor de una ha tiempo libresca fama. De pronto renace, y hasta la avenida, que a su lado discurre en frondoso paralelismo, llega la trepidación de los motores marinos. Es como si el mar —sueño castellano— milagrosamente llegara a la meseta. Ahora el Manzanares, acrecido su caudal, refleja en sus aguas ciudadanas el vértigo de una generación en desasosiego, casi ajena al verso y casi abrazada a entusiasmos irreverentes. Ausentes de sus riberas los signos galantes de la vida pretérita, la evocación sentimental refúgiase en el Puente de los Franceses. Cuando se junta, casi extenuado, con el Jarama, su rumor tiene la sincopación de la música de moda. ¡Y pensar que en un tiempo ese rumor tuvo cadencias de vals!

Madrid no ha sido siempre capital. Tiempo hubo en que fue reducido espacio amurallado con el nombre moro de Magerit. Y todavía lo era cuando Cristóbal Colón, como padrino providencial, iba poniéndole nombre a las azoradas islas antillanas, y el bravo Ponce de León, un poco más tarde, abría brechas de colonización en Puerto Rico. Entonces la Corte residía en Toledo. Carlos V era grande, y ya le germinaba su insigne melancolía. A esta ciudad trajo, después de sonados esponsalicios, a Isabel la bella portuguesa. Y para ella quiso construir el Alcázar como palacio de amores que el destino histórico convirtió en trágica fortaleza iluminada por el resplandor de la epopeya. Desde Toledo le tocó al hijo de Juana, la mártir del amor, regir un nuevo mundo descubierto y conquistado por hombres duros y ambiciosos. ¿Pero dudará alguien que en esa civilizadora gesta también intervino la tenacidad redentora de los curas buenos?

España quiso hacer una capital grande que respondiera a su crecimiento imperial. Un día la Corte se mudó. Muchos nobles toledanos se instalaron, obedeciendo esta vez la voz de Felipe II en la nueva metrópolis; otros, aferrados a la regional tradición y revelando ese individualismo tan comentado del español, se quedaron en el amado solar. Madrid surgía. Los bosques fueron talados y más clara se hizo la lontananza castellana. Toledo, en vuelta en las púrpuras desfallecientes de su gloria, descansaba su abatida cabeza en la piedra reluciente de su pasado. Para el eglogico Garcilaso, fiel cantor de la desaparecida capital, las púrpuras convirtiéronse en sombras. Caronte acercó su barca y le condujo por las ilustres aguas del Tajo. Si este linajudo río desemboca en la bahía de Lisboa, de seguro que en las noches de luna soñará el verso estrellado del poeta cantándole a doña Isabel de Freyre, la amada siempre distante:

*¿Do está tu blanca mano delicada
llena de vencimientos y despojos
que de mí sentidos te ofrecían?*

Es inevitable asociar la vida y la muerte de Garcilaso de la Vega con Toledo; también lo es asociar el nombre de don Francisco de Quevedo con Madrid. Él fue el primer gran madrileño de genio literario. Quevedo presencié la consolidación de la nueva capital, y posiblemente asistió, con complicada sonrisa, a los festejos de la canonización de San Isidro, patrono de la urbe. Son días estelares. En sus calles, ya estrechas y laberínticas, se dan los buenos días Calderón, Lope de Vega, Tirso, Velázquez y el propio don Francisco. Son los días de oro en que España revienta en frutos de arte y belleza, y su voz hispánica recorre las dilatadas tierras como un sol sin ocaso. Son los días de la España grande, la que todavía, ausentes los nublados de la intransigencia facciosa, consideramos madre.

El centro antiguo de la villa, y por donde tantas veces cruzarían los personajes mencionados, lo es la plaza Mayor. A ella llegué una noche subiendo por la calle de Toledo. Me salió al paso la estatua ecuestre de Felipe III. En verdad debió ser dedicada a Felipe IV, rey que propició el brillo de la novel capital. Lo digo por el sitio, porque este Felipe la tiene en la plaza de Oriente. Rodea la plaza un dédalo de calles sinuosas. Por ellas enrumbé mis pasos hasta llegar a la Puerta del Sol, escenario de los heroicos sucesos del 2 de mayo. Pero no era momento para recordarlos. Vencida la evocación por el bullicioso y rutilante espectáculo, me di a disfrutar de las nocturnas expansiones. Juciosas expansiones, pues Madrid, metido en cintura por las exigencias laborales, empieza a recogerse pasada la media noche; por otra parte, el ambiente monótono de las triunfantes cafeterías ha desalentado la bohemia literaria, tan amiga del cordial calorillo del café trasnochador.

Ya dije en otra crónica que pasé mis días madrileños en la parte antigua de la ciudad. ¡Cuántas veces en mis paseos matinales me alegré al ver frente a mí pedazos de San Juan! Un día caminé por la calle Atocha y saboreé una quenepa de recuerdo. Ponce me alargaba su cálida mano. Prontamente se perfiló la

plaza de Antón Martín, y el azar, como siempre, me permitió observar una feria a manera de zoco árabe: El Rastro. Sus tiendecillas de antigüedades, objetos de segunda (o tercera) mano y curiosidades, instaladas en medio de las plazuelas, dótanle de un pintoresquismo repleto de simpatía humana. Allí el engaño, grande o pequeño, tiene factura de malicia picaresca que suscita el comprensivo agrado de una filosófica sonrisa.

En mi calle, como en tantas otras, habita la nostalgia. Nostalgia sin partido. Ni de izquierdas ni de derechas. Española nostalgia que flota en el aire y el madrileño aspira como oxígeno de recuerdos. A unos pasos, la del Prado guarda el viejo Ateneo. Para llegar a él hay que buscarlo. Nadie lo imaginaría tan poco ostentoso, tan retraído. El conserje, acogedora persona de fácil palabra, hizo la descripción de la docta casa. Mientras su descripción exploraba históricos recovecos, yo miraba reverentemente la galería de retratos. Recordé mi primera visita al Ateneo puertorriqueño. Entonces dije: «Aquí está Puerto Rico.» Ahora digo: «Aquí está España.» Los bigotes de don Emilio Castelar me hacen olvidar su calvicie; lo que no puedo olvidar es su noble adhesión a la causa de la abolición esclavista en mi país. Cuando me acerqué a la mesa presidencial, el amable conserje no sabía que el gran don Eugenio María de Hostos copaba mi pensamiento. Desde esa alta tribuna —¿lo seguirá siendo?— se despidió de una España que consideraba amiga de sus devociones antillanas. Su palabra en esa memorable ocasión no fue una exposición meramente sabia; tuvo, además, el viril acento de la decepción dolida. La provocaba un ministerio sordo al repetido clamor libertario de las islas oprimidas. Y amargado y fuerte regresó a las patrias clamantes para en ellas dejar la luz de su pensamiento y la sangre de su corazón. Atrás queda el glorioso viejo Ateneo envuelto en la matinal penumbra, y en mi alma se engasta una experiencia por mucho tiempo anhelada.

Esta vez no sigo la calle del Prado. La cruzo. Me recibe la de Cervantes. Aquí está, conservada como su memoria, la casa

de Lope de Vega. Más adelante, en la calle de Lope, encuentro el convento de las Trinitarias. Una tarja, en la hermética fachada, me indica que allí, por disposición propia, está enterrado don Miguel. Esta orden religiosa fue fundada para rescatar a los cristianos cautivos por los berberiscos. Cervantes, próxima su muerte, quizá pensó en su cautiverio de Argel, agónicos días posteriores a la batalla de Lepanto. Pudo su serena alma católica haber suplicado postreramente: «Si los trinitarios rescataban cristianos, que me entierren en su jardincillo a ver si Jesús me rescata de este oloroso recinto.»

Ya sé dónde Cervantes, digo Don Quijote, está enterrado. ¿Dónde estará enterrado Sancho?

EL PARTIDO DE COAMO

A Elfrén Bernier, muy amigo, muy abogado.

¿Existirá todavía el río Cuyón? ¿Existirá la hacienda Carmen? ¿Se visitará la tumba construida por el padre Marcelino Rodríguez a los tres soldados españoles? ¿Qué nombre tiene hoy la Loma del Viento? ¿Dónde está la tumba de don Florencio Santiago? ¿Existe el corpulento flamboyán que con su roja sombra cubrió los cuerpos vencidos de los soldados en derrota? ¿Recuerda Coamo a Ramón Suárez Picó, recuerda su gesta de rescatar una abandonada bandera?

Estas cosas me pregunto mientras desciendo del Asomante. A lo lejos los picos azulean el horizonte, y en los abismos los árboles ancianos, enmarcados en quebradas rehojas, parecen despreocupada adolescencia. Apenas agoniza la última curva; dibújanse, en interminables hileras, unos altos almácigos de amarillos troncos rectos. Sus hermosas copas exhiben un verde desvaído. Es el verde resultante del azote de los vientos costefños.

Atrás queda la montaña. Son los lares de Barranquitas, Aibonito y Orocovis. Y, vencida, delega su azul soberanía en unas armónicas colinas que están a punto de convertirse en incontenible llano. Ya domina la hermosa llanura. Pero la montaña, en esfuerzo de resurrección, la llama con sus manos de niebla. A veces, atraída, deja de serlo para convertirse en repecho aibonite-

ño; otras, indiferente, sigue las abiertas extensiones juanadinas para convertirse en litoral.

Por los lados, en hambreada mansedumbre, los hatos se refugian en los húmedos parajes, última huella de las infrecuentes lluvias. Muy cerca, en goce de libertad, los pájaros viven una democracia de trinos. Sobre los peñascos dormita la mañana. El sol la despierta con su látigo de oro. Y se despereza la delicia verde del paisaje.

Entre grises y verdeantes elevaciones colúmbrase el pueblo. Vamos a pasar por el puente donde el comandante Rafael Martínez Illescas, levantando su sable a la brisa de la aciaga mañana, dijo: «Muchachos, todo va bien...» Un segundo después, su cuerpo rodaba por tierra. El ejército invasor, más que conquistar un baluarte, había silenciado el corazón de un valiente. Y los músicos, impedidos de ejecutar los marciales compases, se convirtieron en camilleros.

Ascendente curva conduce a la explanada donde ubica la coameña ciudad. Por un rato camino al azar. El azar es la dilecta aventura que realizamos bajo el auspicio del recóndito yo, hermano mayor de la suprimida espontaneidad. Llego hasta la plaza que señorea la iglesia. Y digo admirativamente, en gozosa introspección: «¡Qué serena la actitud de este pueblo, qué tranquilo su aire de dignidad!»

En torno, intacto su antiguo encanto evocador, las casas, en hilera de municipal linaje, ostentan el señorío de los amplios balcones. Sobre ellos caen las multicolores enredaderas, sombra perfumada que detiene la calcinante luz. Extensos sus arbolados patios, plantean un caso de filiación: ¿son hijos del monte o son hijos del llano? Tras las celosías adivínase el claroscuro de la sala adornada de sentimentales retratos. Ésta es la sala donde otrora el íntimo diálogo familiar hacía gratas las horas lentas. En memorables ocasiones en ella se bordó el amor al país. Un entrañable hábito —sensación de agradable melancolía— transe el ambiente.

Sin amurallado recinto, nada oprime a Coamo. Tiene dos li-

bertades: la del sur: ilusión de mar; la del norte: reto de montaña. La libertad, más que un disfrute, es un reto a cerrar las prisiones que encarcelan el espíritu. Pueblo individualista, un tanto apartado, tiene la reciedumbre del llano y la comprensión de la montaña. Sus calles, llenas de un ancho llamado a la convivencia, definen la sencillez de su tónica cordial. Por el día lo calienta el sol; por la noche lo refresca el abanico del vecino lomerío.

El pueblo parece vincularse amorosamente a la tierra circundante. Ahí está el campo. Todo un pasado. Todo un recuerdo oreando las expresivas calles en cualquier esquina. Coamo nace del campo. Hasta él llegó el llano. Hasta él descendió la montaña. La iglesia está cerrada; mudas sus campanas. Oigo, en cambio, la voz de La Tahona: suave voz que revive una época difunta. Era el tiempo en que el café se hermanaba con el cañaveral; era el tiempo en que todo se hermanaba en conjunción de mano limpia y espíritu claro.

TOLEDO: PUÑAL Y ESPADA

*Los montes que el pie se lavan en los
cristales del Tajo...*

GÓNGORA.

Cuando salí de Santiago de Compostela traía en la retina del recuerdo la exuberancia del valle de Ulla y la belleza de las Rías Bajas. El valle es la tierra ubérrima y maternal; las Rías son el brazo dilatado del mar, de un mar sosegado que se adentra en busca de los bosques milenarios y del saludo ribereño de los hombres que lo surcan en audaces singladuras pesqueras.

En Madrid me esperaba un caluroso recibimiento, presidido, esta vez, por un julio calcinante. Me instalé en la parte vieja de la ciudad, y prontamente las escolares lecturas fueron señalándome itinerarios de deleitosa identificación. A los cinco días, la idea de ir a Toledo se me hizo obsesiva. Me urgía ver la Ciudad Monumento. Allá me fui una mañana, sediento de evasión, anheloso de fresca ruralía.

Ya en camino, me encuentro la Puerta de Toledo, construida para conmemorar el regreso a España de Fernando VII después del ocaso de Waterloo. Es una puerta magnífica dedicada a un rey malo. Mirándola se me ocurre que Goya, que tan bien captó las voces inconformes, incurrió en desacierto al pintar con tanto acierto el retrato que del hijo de María Luisa se exhibe en el Museo del Prado. Si el Madrid de aquella época era como éste

de la hora presente, tan inmerso en el suceso y la noticia cotidiana, me imagino que pronto olvidaría la inmerecida dedicatoria para admirar, meramente, la bella puerta, difunto el símbolo de un regreso nefasto. Como puertorriqueño, sé lo que le costó al país, en adelantos de libertad, la arbitraria proscripción del ordenamiento constitucional de 1812, primera actuación del restaurado Fernando. Para el madrileño —fácil la donosa campechanía— el problema es menos trágico. Es cuestión de decir: «Después de esa puerta, señor, está el camino de Toledo, una ciudad que duerme porque descansa de su grandeza.»

Tras una breve jornada aparece el rocoso bosquejo de la ciudad. En sus inmediaciones, un merendero ofrece hospitalidad de vinos y vituallas. Una tienda anexa vende objetos de la industria espadera y de la sugestiva artesanía del damasquinado. Estas ingeniosas creaciones —logros de metálica perfección— revelan la viva impronta de la antigua cultura árabe. Jaimito compró un florete y, por un instante, vi al guitarrista *ye-ye* convertido en un mosquetero de Alejandro Dumas. Gloria, su pensamiento en vuelo hacia la amorosa Brenda, se abrió paso por entre las áureas refulgencias en busca de un tierno presente. Y yo, atraído por los artísticos puñales, pensé en el glorioso puñal de Guzmán el Bueno.

Al reanudar la marcha lo hacemos por el paseo de Madrid hasta embocar la Puerta Nueva de Bisagra, agrandada por orden de Felipe II. Ya estamos en el emplazamiento de la ciudad. Por tres partes la rodea el memorable Tajo. Sobre él se tienden dos puentes de piedra: el más antiguo, puente de Alcántara, hechura de los árabes; el otro, San Martín, hechura de los romanos. Estos puentes simbolizan el más alto valor de Toledo: ser encrucijada de culturas. Aquí convivieron en el legendario pasado cristianos, judíos y árabes, unidos al fin por las magníficas gestas y los inmortales logros provenientes del genio creador de estas razas. Hoy las sinagogas del barrio de la judería están convertidas en templos católicos, igualmente las mezquitas del barrio

árabe. Y hoy, como ayer, unidos laboran estos hombres que el destino histórico juntó en esta rocosa elevación castellana. En el fondo cordial de su mirada noto satisfacción y, si se quiere, orgullo. Es la satisfacción y el orgullo de ver deambular, por sus calles cruzadas de pintorescos callejones, gente extraña en trance de genuina admiración, casi asombro.

Preferiría seguir sin rumbo por ese mundo retorcido y misterioso de calles y cuevas, guiado por el azar, haciendo impulsivas decisiones, hasta sentirme envuelto por la grandeza de estos lugares y monumentos. A poco de caminar, me voy desembarazando de lo convencional, y cada perspectiva que asoma me va aliviando de la angustia de lo precedido. Lo lejano me envuelve en un gozo de vivencia grata. Las cosas inmediatas, representativas de la realidad, se le antojan momentáneas ilusiones a mi alma ensimismada. Lo real es lo lejano.

En Toledo, como en Santiago, la catedral es una piedra rectora. Pérez Galdós se la sabía de memoria. Saberlo me sorprende cuando pienso en mis tiempos de doña Perfecta. Pero lo cierto es que este gran don Benito, tan tierno y tan humano, sentía el culto recóndito de la religión alta. En Toledo, como en Sevilla, el río es parte del alma de la ciudad. El Tajo, cantado por Garcilaso de la Vega y por Góngora, a su paso por la ciudad tiene cintura de mujer. En sus aguas se refleja el rojo brusco de sus tajantes barrancas. Cerca crecen los olivos, más decorativos que de abundante fruto. Su follaje se agrupa en la rojiza distancia para ocultar los cigarrales, esos retiros toledanos tan propicios al llamado ensueño.

Pero Toledo tiene, y lo digo en párrafo aparte, otra atracción que imanta la mirada del orbe: Domenico Theotocopuli, El Greco. Nacido en la isla griega de Creta, su sensibilidad artística estaba penetrada de misticismo oriental. En la imperial Toledo, tan llena de esencias orientales, encontró el genial pintor el marco preciso para expresar plenamente ese sentimiento extrahumano que permea su obra. Los retratos que hizo de los santos de la

Iglesia, figuras exaltadas por el incontaminado amor a Jesucristo, revelan la llama mística de su alma. Sin embargo, su cuadro más famoso es *El Entierro del Conde de Orgaz*. A verlo me voy unido a la inevitable multitud cosmopolita. La calle Travesía del Conde me lleva a la parroquia de Santo Tomé. En la iglesia del mismo nombre se exhibe el más admirado de todos los Grecos. Los guías hablan en español, francés e inglés. Por un momento reina la confusión. Miro al pintor, que aparece en el cuadro el sexto de la izquierda, y noto que su mirada busca el cielo. Allá estará el que tanto amó las espirituales figuras alargadas y los vivos colores contrastantes.

Salimos para realizar un recorrido general por la campiña circundante. Bajamos por la calle Cervantes y prontamente cruzamos el puente de Alcántara. La multiseular estructura me hace sentir la sonreída benevolencia de un bisabuelo. Asciende la carretera hasta llegar a un mirador, desde donde Toledo parece una gota de sangre sobre el pañuelo verde de los olivos. Regresamos al promediar la tarde. Todavía no he oído campanas, lo que me recuerda las de Santiago, perennes y sonoras desde el tiempo remoto en que fueron devueltas desde Córdoba a la caída de Almanzor. La plaza de Zocodover está en silencio. Mi locuacidad ha decrecido. Y es que Toledo, recuerdo universal, ya se me anticipa como un recuerdo personal. Hasta el laberinto de las sombreadas callejas llega el sordo rumor del Tajo, hirviente en los riscos de la Virgen del Valle. Siento como que un impulso cantor se me sube a la garganta. Pero dejo que Cervantes por mí cante:

« ¡Salve, oh, Santa Ciudad, peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de las ciudades! »

BOSTON EN EL BICENTENARIO

En 1882 Martí, el iluminado antillano, vivía en Nueva York precaria vida fecunda. Ese mismo año muere, en su apacible retiro de Concord, Emerson, el filósofo norteamericano de enjuta cara y medita-bunda sonrisa. Al glosar el deceso de este provincial penetrado de universalidades, dice Martí en el párrafo inicial de la crónica que publicara en *La Opinión Nacional*, periódico de Caracas:

«Y es que cuando un hombre grandioso desaparece de la tierra, deja tras de sí claridad pura y apetito de paz, y odio de ruidos... Se siente como perder de pies y nacer de alas... La muerte es una victoria, y cuando se ha vivido bien, el féretro es un carro de triunfo.» Estas palabras de acendrada devoción admirativa no constituyen una cita cabal. Las hemos entresacado porque son suficientes para revelar la intacta sensibilidad de un hombre que nunca permitió que el adocenamiento del diarismo opacara las lumbres puras de su intimidad creadora. De la pluma prácticamente vivía entonces, pero ella sólo servía la voz de lo excelso. El patricio cubano conocía la lúcida veta del pensamiento emersoniano. También le agradaba la tónica de su callada vida austera porque también él era austero en el incansable laboreo de la independencia. Y, además, en Emerson estaba presente el atributo máximo del hombre superior: la bondad.

Con estos bullentes recuerdos, mi llegada a Boston tornóse en imperativa necesidad de visitar Concord, el pueblecito donde

todavía existe la acogedora mansión del autor de *Ensayos*. Muy cerca, en las semialtas inmediaciones, Sleepy Hollow guarda su tumba; y a la entrada del puente que se tiende sobre el comarcano río, una estatua ostenta en su pedestal versos suyos glorificadores de los agricultores que, como improvisados guerreros, dispararon los tiros que escuchó el mundo. El verde sosiego de la tarde vernal permitía a los coposos álamos armoniosas musicaciones. Regresé por un enflorado sendero propiciador de evocaciones. Y Longfellow apareció con su luenga barba alba poblada de paternas carifios: ¡todo un poeta desligado de la maldad humana, todo un poeta en trance vertical!

Vetustos edificios de ladrillos rojos y ventanas blancas me advirtieron que pisaba predios de Harvard. Insigne por su calidad como casa de estudios, y consistente baluarte de orientador liberalismo, Harvard me interesa íntimamente porque eterniza sus timbres académicos a las márgenes del río Charles, el histórico río donde se reflejó la galopante silueta de Paul Revere en la noche de sus patrióticos apuros. Algún buen día la universidad, en gesto de quijote justiciero, habrá de investirlo con la clámide de un doctorado honoris causa. El sapiente río lo merece, y en esa memorable ocasión sus aguas sonreirán con agradecidos rumores.

Al abandonar el campus dedico una mirada a la estatua de John Harvard, el munificente ministro. En sus ojos de piedra se revitaliza la podrida madera de La Flor de Mayo, y su además de predicador se hace conspicuo en las desiertas alamedas.

Iniciado el regreso a la ciudad, me sale al paso el llamado sector histórico. Atrae mi atención principalmente los varios monumentos dedicados a perpetuar la hazañosa participación del negro en la historia americana. Es un tributo que impresiona como valedera justicia porque consagra la valentía liberadora del espíritu y porque representa un reconocimiento a una raza despreciada y perseguida. Si para esta raza se van a abrir los portales de la igualitaria consideración, es controvertible materia que,

por serio, empequeñece al hombre cristiano. Para mí es irritantemente claro que el hombre contemporáneo soslaya la solución de este problema de angustia colectiva. Por la absorción de las diarias rutinas, esenciales para los básicos desenvolvimientos, pretende no tener más tiempo que el que dedica al deporte de la banalidad. En esta cuestión, valga decirlo, no basta el entusiasmo creyente de los llamados grupos liberales; éste es asunto de toda la humanidad. Parte esencial de esa humana obligación es que la ciudadanía no desvirtúe con su conducta la aspiración reparadora de la ley. Lograda esta cristiana superación, se harían innecesarias las futuras aportaciones de la escultura. Los mejores monumentos los hace el hombre con el mármol de su sinceridad. Y esto también es arte escultórico ante los ojos tranquilos de Dios.

Se disipan, se atenúan más bien, las graves reflexiones al conjuro de la salinosa brisa que llena de mugientes ecos los rocosos promontorios cercanos a la costa. El mar es Boston; Boston es el mar. Tan es así que, a breve distancia, en Marblehead, están enterrados los legendarios capitanes de la melaza y el ron. Su bragada marinería los llevó a las playas paradisíacas del Caribe, y en hechos de contrabando y piratería dejaron sus nombres escritos sobre arenas que el tiempo no tumba. Este pueblecito está aupado por el mar, y parece como si el mar lo guardara como un alero de recuerdos. Al mediodía le canta con música de Beethoven; al atardecer le canta con música de Chopin.

He llegado, casi inadvertidamente, al Boston Common Park. Dos personas vienen a mi mente: una blanca; la otra negra. Ambas figuras estelares en la formación nacional. El blanco, un rico hombre de académicos logros: John Hancock; el negro, Crispus Attucks, una anónima figura de mustios antecedentes. Para el blanco, usufructuario del régimen colonial, el cierre del puerto de Boston fue un leño más en la crepitante hoguera separatista; en la historia la fortuna usualmente detiene, en este caso la amenaza que para ella surgió llevó a Hancock a memorables auda-

cias preparatorias del procerato. Para el negro los sucesos no representaban nada especial, pero la mañana de la masacre, masacre de tres, Crispus tuvo la gloria de que dispararan contra él. Lo único extraordinario en este suceso fue que los soldados ingleses acusados fueron hábilmente defendidos por John Adams, recio opositor de Inglaterra. Fue como si en aquellos días de incipientes ordenamientos jurídicos se hubiera improvisado lo que hoy llamamos pomposamente asistencia legal. Como resultado de este discutido incidente, Hancock mejoró su fortuna y su gloria, y Crispus convirtió su anonimato en resplandeciente estatua.

En medio de la congestionada actividad de este puerto, confronto una dramática aparición inesperada. Es la fragata *Constitution*, airosamente anclada en la bahía. A su lado unos modernos mercantes rozan con sus popas una acera de la avenida; más que barcos, parecen gigantescos juguetes comunales. Ahora las cubiertas de la fragata no están bañadas de sangre, y sus mástiles no muestran la mortífera huella del cañón; se ve señorial y presta como si el tiempo hubiera respetado sus bravas fortalezas. Pienso en este momento que la heredada distinción de Boston no está en sus universidades ni en sus museos. Tampoco está en su gran prensa. Esa distinción está en las tortuosas y oscuras calles vecinas al puerto; allí donde Boston es forja de historia y la noche es forja de poesía.

Empecé con Martí y con Emerson. Al precio de su sangre Martí logró abundante cosecha de libertad. Emerson, meditador contemplativo, abonó las cosechas de la serenidad con su palabra proclamadora del reino de la razón y el sentimiento. Si el filósofo de Concord viviera, ¡cómo le sorprendería ver que al hombre contemporáneo le han malogrado las amadas cosechas de la serenidad! Y a Martí, el claro varón de Dos Ríos, ¡cómo le dolería ver malograda una cosecha de libertad que aterró con manos puras!

A Crispus Attucks le informaremos por este medio que en

Boston todavía admiran y respetan su estatua, pero que la saña perseguidora del hombre ha aumentado en otros sectores; le diremos, además, que por su raza han muerto muchos blancos, y que esperamos que los perseguidores recuerden algún día que no sólo la ley aspira a terminar la injusticia discriminatoria: también le interesa a la conciencia moral del mundo.

PONCE: CIUDAD DE FORJAS

Los abogados, distantes ya del horizonte embrujador de la literatura, todavía conservan la tendencia a la alusión clásica. Por eso del jurado dicen que es una caja de Pandora. Fue Pandora la Eva de la mitología griega. Hecha por Vulcano como resultancia de una orden de Júpiter, la enviaron a Prometeo para castigarle por haber éste hurtado —hurto mayor— fuego del cielo. En su confección no se economizaron esfuerzos. Venus aportó su belleza; Mercurio, su arte persuasivo, y Apolo, su don musical. Prometeo receló de su presencia. Mujer era. Pero su hermano Epimeteo, cautivado por las gracias ejemplares de aquella belleza prístina, decidió aventurar su vida y a ella se entregó. Era el ayuntamiento del primer hombre con la primera mujer. Como regalo nupcial, Zeus —el Júpiter de los griegos— les envió una caja contentiva de los males y los bienes de la tierra. Pandora, vencida por una curiosidad que no tenía forma de manzana, abrió la caja, y de ella se escaparon los males y los bienes. Sólo quedó la esperanza.

En Ponce queda más: queda la reiteración de la vocación criolla. En su formación no se economizaron esfuerzos. El portugués aportó el vigor de su caudal catastrófico; el vigía, la serenidad de su plácida elevación; el quenepo, umbroso personaje de patios, la delicia de su pulpa carnal; la ceiba, el centenario saludo a las generaciones; las vecinas montañas, al norte, la brumosa holganza de su perspectiva azul, y Caja de Muerto,

islote de caribeño perfil, la advertencia de que todo logro de esperanza va a dar a la muerte.

Así será. Pero en Ponce no se advierten los signos del acabamiento. Y es que el señorío de esta ciudad sobrevive en su plaza de La Abolición, alba de libertad; sobrevive en Las Delicias, plaza donde el coloquio de las palabras tiene confesión de besos; sobrevive en la música grave que se filtra como luz de vitrales desde el ámbito catedralicio a la hora de los inciensos litúrgicos; sobrevive en la española evocación de sus calles y casas, y también sobrevive en el atesoramiento de sus rasgos definitorios.

En la vecindad, Muñoz Rivera, en un tiempo esforzado verbo ponceño, anímase en su estatua para oír, en deleite intemporal, las melodiosas danzas de Morel, ejecutadas con quejumbres de bombardino. Éste es el profundo bombardino a que De Diego alude como sollozo colonial. Estas danzas instauraron una ponceña libertad, como si la música, en aporte emancipador, hubiera creado una regional soberanía.

En arbolado rincón, la calle Cristina llénase del gozoso vocerío de la muchachez estudiantil. Y cuando, reintegrada a aulas, la quietud se tiende abarcadora, oigo un piano en la Escuela de Música, tierna llovizna sentimental.

La tarde vuelca su luz en fastos de púrpura mayagüenzana, y me llama la mano nostálgica del mar. En el puerto cabecea un mercante surto. Sobre su despintada arboladura el sol proyecta el síncope de su luz. La noche es inminente, y de ella surge una estrella que no ríela en nuestro cielo tropical. Es Ponce: estrella polar que pauta nuestro navegar a oscuras en este presente de prosperidades. Este presente, con dolorosa eficacia, facilita el triunfo de los cultos mezquinos. Y ello así porque somos, en esencia, cristianos dotados de las negativas actitudes de una cultura que premia la materia y aplaude tímidamente el espíritu. Es el desencanto de una cultura que no tiene el valor de la defensa propia.

APARICIÓN DE VIEQUES

El ansia andariega no ha formado parte de las disposiciones del hombre puertorriqueño. Se puede asegurar que apenas conoce los lindes de su propio pueblo, y cuando se da a los caminos, apartándose del amor de su batey, lo hace acicateado por imperativos económicos. Por estas razones el trabajador agrícola de la costa, terminada la zafra cañera, hacía sus bártulos, se despedía de la familia e iniciaba las largas jornadas hasta llegar a las umbrosas haciendas de Indiera Fría.

Esto ocurría en los buenos tiempos, ya distantes, de las abundosas cosechas de café. La temporal mudanza de trabajo tenía peripecias de aventura. Si cogía la ruta de Mari, pasado San Germán, el río se le tendía al frente, y ocho veces tenía que cruzarlo. Por la ruta del Rosario la distancia era mayor, y los caminos igualmente malos.

Cuando llegaba a los cuarteles, los hacendados mallorquines, vestidos de dril y con sombreros de ancha ala, le recibían acogedoramente. Por las diminutas ventanas de las vecinas casas, el curioso mujerío asomaba su pálido rostro, los negros ojos encendidos por la llegada de los transeúntes. Al día siguiente empezaba la dura tarea de la recolección.

Por las noches, para disipar el cansancio y la ausencia, se refugiaba en el ventorrillo a oír a sus nuevos amigos en su charla, a veces florecida de cuentos de aparecidos. Y así pasaban los días, arduos, lentos, hasta que terminaba la cogida. La gran fiesta del

acabe le llenaba de alegría, pero más le alegraba la alegría del regreso. En la costa ya se amolaban los machetes para el corte de la caña. Prontamente ajustaba sus cuentas y se perdía por los tortuosos senderos. Entonces aparecía en el llano, la cara descortada, la boca llena de relatos y los bolsillos de reales. Empuñaba el machete, y antes de la salida del sol, se metía al cañaveral. El rocío le enfriaba el calor de la cama.

Hoy, cambiados los tiempos, por las mismas escaseces vuela a Nueva York. Trabaja fuerte y vive estrujado, pero como siempre hay tiempo para el amor, se casa y regresa a vivir al pueblo de su mujer. Y con eso terminan sus andanzas. Vieques, velado de ultramarino misterio, no ha pasado por su pensamiento.

En mis mozas lecturas geográficas, el nombre de Vieques apareció pocas veces. No podía hacerme a la idea de que formara parte de Puerto Rico. Me sonaba como una extraña isla lejana, y esta sensación sembró en mí el deseo de conocerla. El día llegó, y por avión viajé a ella.

Entre la isleta llamada Marina y Vieques, el mar es violáceo. A trechos deja de serlo debido a los rugosos lomos pétreos que parecen cocodrilos tendidos al sol. En la cercanía un punto blanco relumbra: es Lobos con sus calientes tierras calcáreas. Toda la extensión se duerme en un sueño de transparencias. De pronto, la aparición del largo rompeolas altera la quieta lámina del marino paisaje. El rompeolas es una diestra cordial que se alarga para estrechar la de Fajardo.

Al arribo, la tranquila villa ofrece, en sus amplias calles soleadas, el espíritu de su perenne bienvenida. Las fachadas de las casas, en cierto modo, no se parecen a las de Puerto Rico. Este factor, sin embargo, no me hace sentir extraño. Y es porque a la gente la locuacidad le retoza en los ojos en ofrecimiento de amistad. La palabra no se refugia en la reserva de las formalidades y el ademán no pierde el brillo de la espontaneidad; la palabra es como agua suelta que refresca la instancia del encuentro. Como el hombre de la montaña, el viequense es comuni-

cativo; ambos son sensibles a la calorización humana porque sienten en sus vidas la sombra de la soledad. A pesar de sus problemas, no demuestran desaliento. Alegres y confiados, luchan por el regreso a sus fundos para reafirmar, en el goce agrario, el logro de una vida plena. Y ser isla próspera en disfrute de silencio.

En esta isla, como sabemos, se hacían complicados ejercicios de guerra. Cuando esto ocurría, sus playas —áureos remansos— llenábanse de imaginarios muertos y la metralla destrozaba el cristal del aire, toda la comarca envuelta en el denso humo de los teóricos combates. Nada pregunto sobre esto. No soy investigador de estrategias. Sólo me interesa capturar la poesía que hay en la capitulación de la tarde sobre el mar viequense. Mi última mirada es para el Fuerte, lozano aún en la agreste elevación de su emplazamiento. Sobre sus irreductibles paredones el sol se proyecta, desvaído ya, como si no quisiera dejar de iluminarlo. ¡Qué bien ilumina el pasado hazañoso este Fuerte de Vieques!

LA PLAZA DE MI PUEBLO

Era el tiempo mágico en que la vida se me acercaba como el rumor creciente de una ola festonada de enceguecedor cabrilleo. Fascinantes visiones poblaban mis ojos; y hasta mis impacientes oídos llegaban los diversos sonidos y las dispares voces que se van incubando al paso de la humana caravana. La gran transición decisiva, con sus biológicos aportes, iba haciendo jirones la limpia niebla de mi infancia, y en mi desvelada imaginación surgió el sueño conturbador de los pantalones largos. Pero este sueño era de difícil realización porque ya Choba se había ido para la sideral región donde la artesanía sartorial no hace falta. Allí se visten azules ropajes infinitos y las telas las confecciona la mano buena de Dios.

La solución a mi problema no se hizo esperar. De Cabo Rojo —hidalgo pueblo penetrado hasta la entraña del quehacer puertorriqueño— llegó un día Ángel Flores. Instaló su sastrería en la calle Unión. Cuando fui a verle no podía creer que Ángel fuera sastrero. Era de mediana estatura y de pálida trigüeñez; su boca estaba hundida en la ausencia de sus dientes; lucía polainas de montar y con su gran sombrero tejano me daba la sensación de un vaquero avenido a las civiles normas urbanas. Mi entusiasmo y su procedencia caborrojeña, tierra de titulados sastres, acabaron por disipar mis iniciales dudas, y el negocio quedó consumado tras unas tandas de medición y prueba. Ya estaba perfilada la perspectiva de los pantalones largos. Sólo me faltaba el calzado adecuado para completar mi próxima presen-

tación como un ser que había dejado de ser niño. De esto se encargaron mis hermanos. En la tienda de casa quedaban, como restos de los años prósperos de la Primera Guerra Mundial, unos puntiagudos zapatos de nombrada calidad. Me consiguieron unos blancos y negros. A los pocos días Ángel me daba la gran noticia: mi traje estaba terminado.

Postal de domingo

¿Quién duda que una mañana de domingo es la ocasión más propicia para estrenar? Se estrena el día de Año Nuevo y se estrena el Domingo de Pascua; pero cuando se trata de estrenar postura de hombre, un domingo cualquiera sirve. Así, el domingo siguiente de estar en posesión de mi novel atuendo aparecí en el quiosco de la plaza luciéndolo. Mis amigos me vieron aparecer con sorprendida mirada, y por las comisuras de sus labios manaba el agua tenue de la risa. Sufrí las consecuencias de las tijeras absurdas de Ángel, y por un momento pensé que se demoraba mi ingreso en el solar de los hombres. En medio de regocijados comentarios inocentes regresé a mi casa a vestirme de niño.

El quiosco donde había perdido mi primer combate estaba pintado de blanco. En el pueblo era principal centro de tertulia. Los domingos, pasada la misa mayor, siempre estaba muy concurrido. Al mediodía los grupos empezaban a dispersarse, y el silencio, entonces, como un hermano mayor, dejaba en las calles el señorío de su poética autoridad. Interrumpían su vigencia, comenzada la tarde, los repiques de la iglesia llamando para la doctrina. En el atrio de la iglesia, lleno de caniculares resplandores, aparecía el Padre Benito. Del fondo de su negra sotana inmaculada destacábanse sus brillantes ojos, y sobre ellos, los redondos dorados espejuelos que cubrían estrictamente las pupilas. En su risa se mezclaba la tos del fumador empedernido, pero

en ella también había trasuntos de la jota. Sus manos eran diestras en el recorrido del teclado y también lo eran en el apretón cordial. La muchachez le rodeaba y tras él entraba al templo.

Apenas terminada la doctrina, se oía por el curvoso alto del Culminante el pito del tren de las tres. Entonces el pueblo despertaba del letargo de la siesta, y reanimado, caminaba hacia la estación donde el tren todavía suscitaba infantiles curiosidades. Los vendedores —voces letánicas— levantaban al aire las piñas cabezonas —timbre frutal de la comarca— ofreciéndolas a los pasajeros. Los que abordaban el tren, maleta en mano, me daban la impresión de que iniciaban un largo y misterioso viaje. A lo mejor, muchos de ellos no pasaban de La Plata, recia tierra de maizales y algodón, hoy tierra de exuberantes cañaverales cuyas espigas festejan los alivios del regadío.

Fiestas patronales

Durante las fiestas en honor a la Virgen de la Candelaria, y a poco de acallarse el júbilo de la fiesta pascual, el quiosco servía de tarima a la orquesta. Los músicos, luciendo la orgullosa suficiencia de los artistas, nos parecían entes superiores mientras interpretaban los alegres aires. En esas frescas noches la juventud se daba cita en la plaza, y en la animación del simpático jolgorio paseábamos incansablemente alrededor del quiosco, ataviado en esas ocasiones de expresivas telas. En sus inmediaciones se quemaban los fuegos artificiales. El día de la patrona, como grandiosa culminación, se elevaba un globo. En medio de las miradas expectantes se encampanaba hacia el estrellado cielo el pequeño cuerpo esférico. Impulsado por la nocturna brisa occidentalizaba su rumbo, y cuando ya se encontraba sobre las cincuenta —finca de don Juan—, en su interior estallaba la presentida conflagración. Su caída significaba el incendio del cañaveral. Entonces la agraria candelaria llenaba los campos de cárdenas tonalidades. Era, en verdad, un espléndido fin de fiesta

donde las llamaradas estilizaban el genio improvisador de la noche.

Para los días candentes de la política, cuando la oratoria de tribunas aspiraba a ser una prolongación del Ateneo, el quiosco se quitaba de banderías y ofrecía su nunca desmentida hospitalidad. Todos íbamos a la plaza a oír a los renombrados oradores, muchos tan renombrados que cobraban honorarios. Estos patriotas de la palabra política siempre triunfaron en la triste tarea de entelarañar el pensamiento del hombre del pueblo a base de una mezcla de poesía chata y exaltación mabisera. El quiosco, adornado a la prima noche con banderas y gallardetes, amanecía desflecado como si hubiera sufrido el asalto de la energía humana.

El «centro» del pueblo

En su proximidad discurría la quebrada lugareña. Allí eché mis primeros barquitos de papel que naufragaron en sus diminutos rápidos con su cargamento de incipientes ilusiones. Muy cerca estaban, como hoy, las escuelas. Con ellas asociamos los años en que estaban distantes las complicaciones del mundo. Por eso no hay sentimentalismo más puro que el que emerge de su rememoración.

El quiosco era, en verdad, el centro del pueblo. Para la Primera Guerra Mundial, y en ocasión de las patrióticas promociones y de las afflictivas despedidas de los soldados, allí se escenificaban las ceremonias. Y en los tiempos de las paradas escolares, cuando los niños vistosamente uniformados recorrían las calles llevando a la ciudadanía el amoroso mensaje de la escuela, el quiosco era el sitio donde se daban los últimos vítores. En la plaza sin árboles era a manera de oasis.

El blanco quiosco un día cayó abatido por esa fuerza nublada que es, a veces, el progreso. La destrucción lo elevó al rango de cosa querida en el recuerdo. Por eso forma parte del inventario del corazón. Ese inventario, larga lista de valores afectivos, cons-

tituye el subsuelo de la vida. En ese subsuelo reside la autenticidad de lo que somos, y gracias a ella le damos pelea todos los días a esa realidad que pretende, con el imperativo de sus exigencias prácticas, dividir el sereno reino de nuestro espíritu. Este reino, criatura del don imaginativo, nos libra de los atolladeros donde parece la válida esperanza. Esta esperanza es el ideal de vivir sin mezquindades.

Devoción al pasado

Cuando vuelva febrero iré a la plaza de mi pueblo, y ya en el sitio donde estaba el quiosco, veré mentalmente subir a los espacios el globo que tanto me cautivaba cuando era niño. Pero esta vez el globo en su rojo descenso no caerá en las cincuenta; esta vez caerá en mi espíritu para formar una candelaria de emotivas recordaciones.

Estos recuerdos que ahora hilvano pudieran considerarse como una reiteración del concepto de que todo pasado fue mejor. A veces así lo creemos movidos por la realidad de un presente consagrado a los logros de lo útil. Lo útil es la compensación que le viene al hombre por su asidua disposición laborante; pero éste necesita además saberse poseído por el ansia de la belleza y por el culto a las altas expresiones de lo ideal. Negarse estos gustos próceres para aparecer moderno y dinámico es renunciar al jacinto de la sensibilidad. La sensibilidad adviene a lo excelso cuando tiene como raíz nutricia la devoción al pasado, tesorero de preciados legados que guían nuestro destino.

INDICE

LAS EVOCACIONES

El sacerdote ciego	13
Año nuevo en el mar	16
El parque de las palomas	19
La ermita abandonada	21
Evocación del bastón	25
El charco azul	28
La alegría verde del pontón	33
El cementerio de los alcatraces	35
La calle de la Estrella	38
Las garrochas del viento	41
El violinista del mar	43
El Faro de los Morrillos	46
El Composte en mi región	48
La escuela en el recuerdo	54
El Cerro de la Libertad	58
Mis dos hermanas	61
Tonos de La Parguera	63
Las misas de aguinaldo	65
Boquerón	69
La casa de niebla	72
Charla sobre la ausencia	76
Puerto Real: Puerto del pasado	81
El regreso del hermano	87

Las fondas de mi pueblo	90
La crónica del regreso	94
Recuento de la invasión de Guánica	99
Hormigueros	106
El monte de orégano	108
Yagrumos y nieblas	110
Piedras blancas	113
Evocaciones de ruralía	115

LAS SEMBLANZAS

Mi padre	121
Jesús en el recuerdo	125
Coloma Pardo de Casablanca	130
Walt Whitman: Un encuentro	133
El rincón de Lord Byron	136
Santos Chocano o el exceso	139
Rubén Darío en prosa	145
José Enrique Rodó	150
Voltaire	155

CIUDADES

Una estatua y un santuario	161
Aibonito	165
Santiago de Compostela	167
Humacao	171
Cervantes en Madrid	174
El partido de Coamo	179
Toledo: Puñal y espada	182
Boston en el bicentenario	186
Ponce: Ciudad de forjas	191
Aparición de Vieques	193
La plaza de mi pueblo	196